

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN

Primavera 2012 - VOL 1 - NÚM 2

# FUTUROSCOPIAS

[www.futuroscopias.com](http://www.futuroscopias.com)

## LA PLAGA GRIS

por Ricardo García Hernanz

y otros relatos por José Luis Carrasco y Amelia Franquelo





# FUTUROSCOPIAS

Revista de ciencia ficción



Contenidos para Vol. I, Núm. 2, Primavera 2012

## EDITORIAL ..... 4

### La plaga gris ..... por Ricardo García Hernanz ... 6

Una persona aislada en un refugio bajo tierra con la rutina como único anclaje frente a la pérdida de cordura. Hasta que sucede algo que lo sacará de su rutina, haciéndole enfrentarse a una situación que ni en sus sueños había previsto.

### Visiones ..... 26

Segunda historia ..... por Jose Luis Carrasco.

Lluvia celestial ..... por Amelia Franquelo.

Principios y finales ..... por Ricardo García Hernanz.

### Tres pares de botas sacudieron el polvo ..... por José Luis Carrasco ... 38

El clan nómada Seletiste llega al pueblo de Netsis. Malkiel, líder de la familia, planea una estancia tranquila, pero Netsis es un punto estratégico en la tundra, frente al poderoso desierto, y llama la atención de otra tribu. Y cuando dos clanes que peregrinan por el tiempo se declaran la guerra, ¿quién puede predecir su duración?

### Los agentes de la selección natural ..... por Amelia Franquelo... 60

Él solo quería ser un detective como los de las viejas películas. Llevar una vida aparentemente gris, salpicada por los estallidos de color de un puñado de emocionantes casos. Ver pasar el tiempo fumando cigarrillos sintéticos en su despacho, con una taza de sucedáneo de café y esperando la llegada de un cliente que le saque de su obsesión particular: Los salvajes y misteriosos animales híbridos que han irrumpido en la frágil paz de una humanidad que se cree con el poder de controlarse a sí misma y al mundo que la rodea.

### Retazos de un futuro incierto..... por Ricardo García Hernanz ... 90

Edición y maquetación: Ricardo García Hernanz.

Corrección y ayudante del editor: María Requena Castañol.

Corrección de 'La plaga gris': Melina Grinberg.

Ilustraciones por Omar Moreno, Aitor Moreno, Alejandro Monge y Ricardo García Hernanz.

Portada y contraportada por Ricardo García Hernanz.

Diseño de la página web por  info@rojo2.com

Contacto: correo@futuroscopias.com <http://www.futuroscopias.com>



*Futuroscopias revista de ciencia ficción se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.*

*Esta licencia aplica a este número de la revista como un todo único. Todos los derechos de las obras publicadas en esta revista son propiedad de los diferentes autores, quienes han cedido los derechos para su publicación únicamente en este número de la revista. Los autores se reservan los derechos de otorgar a sus obras cualesquiera otros usos que consideren en el futuro. Todos los relatos de esta revista son obras de ficción y cualquier parecido con la realidad es casual.*

# EDITORIAL

## Es ciencia y es ficción.

La ciencia ficción siempre ha basado su desarrollo en el esfuerzo de los autores por intentar adivinar en mayor o menor medida cómo se desarrollarían los avances para permitir al ser humano ir más allá del punto donde se encuentra en cada momento de la historia. En algunos casos, como puede ser el terreno de la *space opera*, estas elucubraciones invaden el terreno de la fantasía para mostrar avances que a primera vista parecen inalcanzables o directamente no factibles. En estos casos los autores priman el deseo de contar una historia por encima de la verosimilitud de los hechos científicos, pero aún así la ciencia suele formar parte de la construcción del entramado que hace que la historia se desarrolle de manera coherente. En otros casos, como la denominada ciencia ficción *hard*, los hechos científicos se evalúan y extrapolan de investigaciones reales intentando mostrar el posible avance de las investigaciones actuales.

De cualquier forma, la ciencia siempre ha sido un elemento importante para el género.

Vivimos en un mundo en el que el hombre ha erradicado enfermedades que eran mortales hace menos de cien años y hemos logrado arrinconar las grandes epidemias gracias a las campañas de vacunaciones y el desarrollo de fármacos. En este mundo hemos logrado poner en órbita satélites que nos permiten comunicarnos casi al instante con otra persona en cualquier punto del planeta. El conocimiento es cada vez más accesible gracias a proyectos colaborativos globales tanto por parte de individuos como de organizaciones.

Todo esto se ha conseguido gracias a los esfuerzos y el trabajo a lo largo de los siglos de equípos que, en su mayoría, han permanecido en las sombras, privados del reconocimiento que se merecen en aras de la investigación y el amor por el conocimiento.

Podríamos creer que el caldo de cultivo para las historias de ciencia ficción cada vez es más fértil y se nos abren infinitas vías para explorar esos mundos posibles partiendo de la situación actual.

Pero analizando la situación encontramos hechos que pueden dar al traste con esta creencia.

Vivimos en un mundo en el que los espacios informativos dedican largos minutos a diario para comentar hechos triviales mientras reducen a su mínima expresión las noticias relacionadas con la ciencia, a excepción de que esta noticia se convierta en sensacionalismo digno de revista *pulp*, como la reciente alarma producida ante el encendido del colisionador de hadrones.

Vivimos en un mundo en el que somos informados de forma detallada sobre cualquier hecho banal relacionado con elementos como puede ser el deporte, el cine o la música. Elementos que sin duda despiertan un interés en la población y que suponen parte de la necesidad de ocio y cultura que tiende a complementar la vida de cualquier persona, pero cuando queremos información sobre los descubrimientos que la ciencia realiza día tras día los encontramos relegados a las últimas páginas de la prensa escrita o mostrados como meras anécdotas para rellenar espacios en los medios más generalistas.

Si se quiere buscar información fiable, uno tiene que conocer la prensa especializada y saber dónde buscar la información que se pretende encontrar.

¿A qué se debe esta gran diferencia a la hora de mostrar apoyo a uno u otro ámbito de la vida?

Los antiguos griegos miraban a las estrellas e imaginaban que las luces que iluminaban sus noches eran los ojos atentos de los dioses y criaturas de su mitología, siempre vigilantes. Entre ellos surgieron los primeros hombres en plantearse que esas luces que colgaban de la bóveda celestial se movían de acuerdo con unas leyes que había que desentrañar y así fue como la primera filosofía dio a luz a la ciencia.



Con el paso de los años, el camino de la ciencia fue pavimentándose cada vez más ancho y más firme. El conocimiento fue alejándose de la creencia y se cimentaron corpus científicos que sentaban una base para la experimentación que permitía avanzar, apoyándose las investigaciones nuevas en todo lo desarrollado anteriormente.

Con la llegada del siglo xx vimos cómo la tecnología avanzaba siguiendo una curva exponencial en la que el adelanto cada vez era mayor debido a los conocimientos anteriores y al mayor número de investigadores y apoyo por parte de instituciones públicas y privadas. En este último período es cuando se han visto los mayores avances en medicina, tecnología, física, exploración espacial, ingeniería.

Parece que no vemos el límite al cual podemos llegar.

Pero en este ecosistema de medios, investigadores y descubrimientos existe un factor que marca el avance de la ciencia: la economía.

Antes de la Revolución industrial, el motor de la ciencia era el descubrimiento y el ansia de conocimiento. Los científicos eran individuos que dedicaban su vida y su fortuna en investigaciones que a la larga serían provechosas para continuar el avance de la ciencia.

Con la llegada de la Revolución industrial y la economía de mercado, la ciencia se puso al servicio de los beneficios y los empresarios y Estados aparecieron como los nuevos mecenas de la investigación en todos sus ámbitos. Pero estos mecenas tenían como acicate un ansia muy diferente de los antiguos científicos. El ansia por el beneficio económico.

Durante la Segunda Guerra Mundial se produjeron los mayores avances en medicina, ingeniería y logística gracias a la inversión realizada por parte de las naciones, inmersas en una economía de guerra, que creían necesaria una financiación de la ciencia para lograr los mayores resultados posibles en un espacio de tiempo limitado y con la urgencia que la situación imponía. El beneficio residía en la necesidad de mejorar los ejércitos y paliar los efectos de la contienda.

Durante la guerra fría, el mero hecho de ganar una batalla propagandística hizo que se inyectaran fondos casi ilimitados para lograr una victoria moral sobre el otro bloque en materia de exploración espacial. La industria aeronáutica y computacional se vio beneficiada de este impulso.

Estos tres ejemplos muestran que para que la ciencia avance y se cimente, se necesita de la financiación, ya sea pública o privada. Ya no nos encontramos encerrados en nuestro cobertizo intentando desentrañar los misterios del átomo. Los retos son mayores y para poder superarlos, el coste es mayor.

En la situación actual de crisis financiera vemos cómo la investigación y la cultura se llevan la peor parte en la política de austeridad marcada para calmar la inestabilidad de los mercados, condenándonos a una economía de subsistencia que no potencia la creación de nuevas tecnologías y nuevos descubrimientos como motor de la sociedad.

Tenemos objetivos cercanos en el horizonte. Curar el cáncer y el sida. Alargar la vida en condiciones de calidad. Mejorar nuestro abastecimiento energético mientras logramos un equilibrio con el medio ambiente. Incluso hay quien se atreve a vaticinar que debemos salir del planeta y explorar el sistema solar como parte de la solución a nuestros actuales problemas de contaminación y superpoblación.

Ahora no debemos cesar en nuestros esfuerzos para conseguir estos objetivos, pero sobre todo no debemos dejar que nuestros gobernantes cierren las puertas a la financiación en aras de una macroeconomía que late con el pulso de mercados que solo buscan el beneficio económico. Debemos buscar el beneficio en todos sus ámbitos y la inversión en investigación siempre ha hecho crecer la economía de los países a la par que ha mejorado la calidad de vida del ser humano.

Por eso, desde esta editorial queremos partir una lanza por la investigación. Necesitamos mejorar como especie para poder mejorar como individuos.

El editor.



*"Sigo aquí. Entre las frías paredes del cubículo 3862. Pasillo Delta. Subnivel cuatro. Refugio 296: La Lata. Mi nombre es Pizer y no me cabe la menor duda que soy uno de los últimos seres humanos que sobreviven en este planeta."*



# LA PLAGA GRIS

*Por Ricardo García Hernanz*

*Ilustración de Aitor Moreno Melcón*

## PRÓLOGO

Me veo corriendo por un campo de trigo mientras huyo de un sonido atronador. Son las campanas de una lejana torre de piedra igual a la que he visto cientos de veces en aquella vieja guía para turistas de Italia. Un

a estructura que nunca he visto en persona, solamente en fotografías deslucidas y gastadas. Las piernas desnudas se laceran con los tallos aún no madurados, verdes y fuertes. En mi cabeza tengo un pensamiento de pánico, de urgencia. En mi pecho una sensación de ahogo y de falta de aire. Corro hasta el límite de mis fuerzas sin que parezca que la torre se aleje de mí.

De repente en el horizonte aparece una línea apenas trazada. Sigo corriendo al límite de mis fuerzas. Según pasan los minutos empiezo a distinguir la línea más claramente, es una pared que se pierde en el horizonte a izquierda y derecha. Lisa, sin ranuras, como de un solo bloque. Sin posibilidad de escalarla ni de escapar de ella. El sonido de las campanas empieza a retumbar con un eco producido por el muro. No sé cuánto tiempo corro, pero cuando por fin al-

canzo su superficie parece que han pasado horas. El muro, una línea apenas vista al principio, se ha convertido en una pared de una altura que no alcanzo a medir. Extiendo la mano y toco su superficie, lisa, pulida, artificial. De repente el sonido de campanas hasta ahora monótono se intensifica. Me tapo los oídos intentando evitar el dolor del sonido retumbando en mi cabeza.

## PARTE I - MAÑANA

El sonido de la alarma del reloj me despierta.

Sigo aquí. Entre las frías paredes del cubículo 3862. Pasillo Delta. Subnivel cuatro. Refugio 296: La Lata.

Mi nombre es Pizer y no me cabe la menor duda que soy uno de los últimos seres humanos que sobreviven en este planeta.

Permanezco quieto mirando al techo aunque me haya despertado, retrasando el momento de empezar con la rutina. La rutina es lo único que me hace seguir adelante aunque creo que hace bastante tiempo que dejó de mantenerme cuerdo. El aire de mi cubículo está cargado con el olor de mi propio cuerpo y

el ambiente comienza a resultar asfixiante. Me mojo los pies con el vapor condensado en la puerta de plástico del fondo y la empujo hasta que entra el aire frío del pasillo. Por la abertura se filtra una luz mortecina y pálida que no invita a salir. Como un gusano me voy deslizandopoco a poco fuera de la vaina de metal donde paso las noches, el ataúd, como lo llamaba mi padre, esas cajas donde antes se enterraba a la gente cuando morían antes de tener que reciclar todo como abono. Antes del incidente.

Podría dormir en cualquier cubículo. En cualquier parte. En cualquier lugar del complejo. Pero duermo en el cubículo 3862. Mi cubículo. Necesito algo a lo que llamar hogar y la Lata nunca ha sido un sitio agradable. El metal es frío y por las noches la humedad me hace tiritar con violencia. Los quemadores del subnivel cinco se apagaron hace años. Ahora solo cuento con las mantas, el saco térmico y el mono de lana para mantener mi calor corporal. Ojalá tuviera una de esas estufas que he visto en los viejos catálogos de venta por correo. Estaría dispuesto a cualquier cosa por una de esas estufas.

Al poner los pies en el suelo noto el frío y la humedad producida por la condensación de la noche. Las planchas de acero no absorben las gotas de agua que se forman en su superficie. Froto durante unos segundos mis articulaciones para que entren un poco en calor antes de ponerme en pie.

Con los pies descalzos me acerco hasta las letrinas y vacío mi vejiga. Pulso el control de reciclaje y compruebo el estado del filtro. Aún le quedan más de treinta descargas pero empieza a amarillear por los bordes. Demasiado óxido. Tendré que limpiarlo antes de tiempo. Los aparatos son viejos y ya no funcionan como deberían.

En la taquilla saco el par de calcetines de lana arrugados de dentro de las botas viejas donde los dejé ayer y repito el ritual de vestirme. Me despojo del mono de lana que uso para dormir y me visto con el mono de lana que uso para pasar cada una de las interminables jornadas de mi encierro. Está ligeramente húmedo y tardo un rato en entrar en calor. Un ligero olor a moho se nota en toda mi ropa aunque es difícil saber cómo olían las cosas an-

tes de la Lata, cuando se podían secar en el exterior al aire y a la luz del sol. El sol. Me gustaría poder verlo de verdad y no a través de imágenes del circuito cerrado o en las viejas fotos de las revistas y catálogos. Ajusto el cinturón de herramientas a mi cintura y dejo las mangas fuera, colgando sin vida como un espantapájaros sin su esqueleto de ramas y palos.

Frente a las taquillas se encuentra un lavabo, el único que está disponible. El resto los he ido tapando con planchas de metal junto con mi padre cuando decidimos que era mejor mantenerlos así en vez de tener que realizar labores de mantenimiento en ellos. En un espejo gastado y deslucido sobre el lavabo me devuelve la mirada un rostro de piel arrugada y cabello canoso con una ligera barba, una pelusa blanca que apenas contrasta con mi pálido rostro. Otro ritual. Saco el tazón de metal con la brocha y la pastilla de jabón, la lleno con un poco de agua y comienzo a hacer espuma. Podría dejarme crecer la barba. Todos los días pienso lo mismo. Podría dejar de cuidarme. Pero por suerte la rutina es más fuerte que mi desidia y continúo con estas monótonas rutinas sin pensar más en ello. Hace tiempo que se acabó el suministro de loción y ahora uso ginebra diluida. Durante la construcción de la Lata, cuando abastecieron los almacenes del subnivel siete, debieron creer que una gran cantidad de ginebra nos haría la vida más fácil. Una generación de topos ciegos y alcohólicos. Mi padre la usaba para limpiar las mesas, como hizo su padre y el padre de su padre. Tengo cientos de botellas de ginebra pero no tengo loción para afeitarme. Si al menos tuviera con quién emborracharme. Me gustaría poder hablar con los que diseñaron la Lata y organizaron sus suministros. Les contaría unas cuantas cosas sobre las necesidades diarias de un ser humano.

Termino de lavarme la cara y peino mis canas en una coleta. Debería afeitarme la cabeza de nuevo. Esta es una rutina que he retrasado demasiado tiempo. Pulso el control de reciclaje del lavabo y acciono la bomba para rellenar la cisterna a través del filtro. Esta es una rutina que nunca se olvida.

Cierro el mono de lana y me dirijo al subnivel tres. Tengo que subir por las escaleras ya



que los ascensores dejaron de funcionar por falta de mantenimiento. Mea culpa. Nunca entendí los sistemas de relés ni los circuitos que los hacían funcionar y cuando se paró el primero solo logré soltar los frenos del cajón al manipular los controles. Me rompí un brazo en la caída que siguió. Después de eso decidí que era preferible que fueran fallando poco a poco hasta que no quedó más remedio que usar la escalera. La revisión de los ascensores era una rutina que no eché de menos en aquel momento. Ahora tengo cincuenta y siete años y mis rodillas ya no están en su mejor momento. El funcionamiento de los ascensores es algo que de veras se echa en falta.

Ilumino los peldaños metálicos con una linterna de carga automática, un viejo modelo que lleva una dinamo interna que las carga con el movimiento. Veinte peldaños por tramo. Cuatro tramos por nivel. Siempre llevo dos linternas en mi cinturón. Usar sistemas redundantes es una de las cosas que aprendí de mi padre. La redundancia nunca ha hecho mal a nadie, más bien al contrario y mientras pueda permitírmelo haré uso de ella.

En el subnivel tres preparo mi desayuno. Se hace extraño comer solo en una enorme sala de bancos corridos con capacidad para cientos. Muchos días ceno en el subnivel dos pero siempre me obligo a desayunar y almorzar en este comedor polvoriento. No enciendo los fluorescentes del comedor, las luces de la cocina iluminan los bancos más cercanos y aquí es donde desayuno. No necesito malgastar las baterías aunque creo que estas durarán hasta mucho después de que me haya ido. Pero nunca se sabe.

Zumo y cereales tostados rancios con leche en polvo. El agua vuelve a tener ese sabor a cobre de las tuberías estancadas. Tendré que revisarlas esta semana. Una tarea fuera de la rutina, pero también necesaria. Mientras desayuno las siluetas de las sillas apiladas encima de los bancos metálicos me observan en silencio. Se escucha un ligero sonido como de roer metal. Empezó a sonar cuando preparaba el desayuno pero no parece aumentar en intensidad. No le presto más atención. La caja de cereales muestra una foto de una gran pradera. Nunca he caminado entre los campos de trigo.

Solo puedo imaginar cómo sería con fotos como esta. Las cápsulas vitamínicas complementan mi desayuno como cada día. Cada semana. Cada mes.

Recojo el cuenco y el vaso y los meto en el lavador automático. Aún necesitaré varios días para llenarlo y poder utilizarlo. Por suerte no me faltan bandejas, platos y cubiertos que utilizar.

La siguiente rutina consiste en bajar hasta el subnivel cinco y activar la circulación del aire. Treinta minutos bastan para renovar el aire del complejo y limpiar de polvo los filtros exteriores. Repetiré esta operación tres veces más a lo largo del día para mantener los filtros exteriores limpios ya que salir al exterior no es una opción viable.

Después del ruido de los ventiladores la Lata parece demasiado silenciosa. Solamente escucho el goteo sin ritmo producido por la condensación y algún que otro crujido del metal a causa del óxido. Es lo más parecido a una vieja casa de madera cuyos tablones de madera hablan del paso del tiempo. O al menos debe serlo ya que solo he leído sobre ello en los libros de la biblioteca del subnivel tres.

Las tareas de mantenimiento continúan. Vuelta a las escaleras hacia el subnivel dos, donde tengo que comprobar si se ha recibido algún mensaje en el sistema de datos. Es uno de esos sistemas que nunca dejan de funcionar, se radia un mensaje de alerta indicando la geolocalización del refugio con la esperanza de encontrar respuesta de alguno de sus refugios gemelos. Nunca he escuchado una de esas respuestas, ni mi padre. Ni el padre de su padre. Pero existen registros de contactos de antaño, cuando aún existía una red de comunicación entre los diferentes refugios. Los contactos se hicieron cada vez más esporádicos hasta que dejaron de transmitir. Puede que fallasen los sistemas de contención o que fallasen los sistemas de soporte vital. O quizá fallaron los relés del sistema y nadie supo repararlos. O puede que simplemente se hayan cansado de radiar. Pero nunca dejo de comprobar los sistemas de emisión/recepción de radiofrecuencia. A veces incluso paso alguna noche en el subnivel dos escuchando alguna conversación almacenada en las antiguas grabaciones solamente por

escuchar alguna otra voz aparte de la mía. Quiero pensar que estos ecos del pasado me ayudan a no volverme loco.

Antes de entrar en la sala veo que algo no va bien. Las luces de la mayoría de las pantallas están apagadas y en una de ellas se muestra niebla estática. Esto es del todo inesperado. Me adentro y enciendo la consola del terminal para realizar un diagnóstico de los sistemas. Puede parecer que sé lo que estoy haciendo pero me limito a repetir las operaciones que algún técnico escribió en el manual de operación. Pulso botones e introduzco comandos cuyo significado desconozco y veo cómo comienza un proceso que suele durar unos diez minutos. Es la tercera vez en toda mi vida que realizo esta operación, la primera vez tenía trece años y repetía los pasos que mi padre leía de este mismo manual de operación. La segunda vez fue hace tres días.

Solo hace tres días.

Me acerco al túnel de salida, subo la escala hasta la escotilla y pego la oreja. Aquí en la oscuridad intento escuchar algún signo del exterior. Solo se escucha ese ligero crepitar, como esas termitas que roen madera que he visto en los viejos docudramas en el sistema de entretenimiento. Ese sonido sordo que empezó esta mañana mientras desayunaba. Necesito los sistemas de datos y vigilancia para saber qué está ocurriendo fuera.

Bajo a tiempo para ver cómo se completa el diagnóstico y veo que el sistema indica un fallo en las cámaras exteriores aunque el sistema de radiofrecuencia vuelve a funcionar correctamente. Una sobrecarga en el sistema exterior hace que no se puedan reiniciar las cámaras. Casi con toda probabilidad se trata de un cortocircuito producido por la falta de mantenimiento y por ello las cámaras han dejado de funcionar.

Solo hace tres días y ahora esto. No puede ser una casualidad.

Existe un sistema de defensa pasivo. Su uso solo está registrado en los archivos más antiguos, aquellos que se guardaron en los primeros días tras el cierre de la escotilla y el aislamiento del refugio 296. Nunca más fue necesario. Busco en el archivador y encuentro un amarillento manual. En su portada reza: R296-

M320. Sistema defensivo de pulso EM. Manual de operación. Solo personal autorizado.

Supongo que ser el único habitante de esta Lata me convierte en personal autorizado.

En él se describe un protocolo muy exhaustivo sobre las operaciones a realizar antes de utilizar el pulso. Tardo dos horas en leer todo el proceso hasta que llego a un resumen abreviado de los pasos que hay que realizar que me ahorra seguir leyendo sobre relés, sistemas dobles de seguridad e ingeniería electromagnética.

El primer paso es desconectar los sistemas secundarios. Esto puede hacerse desde la misma sala de administración del complejo. Se trata de un proceso automatizado. Tecleo los comandos en el terminal y veo cómo se van apagando las luces principales. Las comunicaciones y las cámaras les siguen.

El sistema me alerta de la necesidad de realizar operaciones de forma manual.

En la pantalla se muestra el mapa del refugio y se iluminan las zonas donde se deben realizar las acciones. El subnivel siete. Los almacenes de frío y despensa de la Lata.

Llevo mi linterna aunque los pasillos de acceso permanecen iluminados con la luz de emergencia que da a la Lata un aspecto rojizo. Son cinco niveles de escaleras hasta alcanzar las grandes compuertas de las cámaras. Bajo todos los tramos más lentamente de lo que me gustaría, con cuidado de no resbalar con algún resto de condensación. Mi vista ya no es lo que era y lo último que querría es pasar otros tres meses intentando curar un hueso roto. Ya no soy joven y no sé cómo respondería mi viejo y cansado cuerpo.

En unas grandes salas en la base de la Lata se guardan los alimentos. Normalmente las conservas no necesitan de frío para su conservación, pero la atmósfera protectora y el frío ayudan a evitar posibles problemas de descomposición y mantiene los gases que podrían fermentar en el interior de los envases a niveles bajo control. Todo aquí es un protocolo de seguridad para que las cosas duren más tiempo del establecido. El sistema se controla desde el interior de las cámaras frigoríficas donde se guarda la carne congelada. Las manos se van embotando según voy apagando los in-



trruptores helados uno a uno. El sistema está preparado para poder realizar paradas de mantenimiento de corta duración sin que los alimentos sufran una pérdida de sus propiedades. Después de veinte minutos deberían arrancar de nuevo sin problemas para continuar conservando comida para cientos de personas.

Después de desconectar la despensa subo hasta el subnivel cinco donde se encuentran las calderas y los sistemas de soporte vital. Noto el calor que empaña mis anteojos y me templan las manos. El control aquí es más sencillo. Se cierran los accesos de gas y se colocan los pestillos de seguridad en las válvulas. Permanezco cinco minutos hasta que los sistemas de calefacción se apagan completamente y el continuo zumbido que suele acompañar la vida en la Lata disminuye en intensidad. Empezaré a sentir la bajada de temperatura en unos minutos.

De camino a los niveles superiores me entretengo en recoger un jersey, unos guantes y un gorro de lana. La hilera de taquillas parece más sombría si cabe a la luz roja de los diodos de emergencia. Noto cómo se empieza a condensar mi aliento y en cada respiración noto cómo el aire que entra en mis pulmones es cada vez más frío. Una camiseta interior y un jersey bajo el mono de lana deberían bastar para evitar la pérdida de calor.

Solo queda desconectar los sistemas principales. La ventilación y el sistema de control del soporte vital. Subo de nuevo hasta la sala de control y compruebo desde el terminal que todas las paradas se han realizado correctamente y en el orden establecido.

Mierda. El sistema de reciclaje del subnivel cuatro no ha sido apagado. Me entretuve cogiendo algo de abrigo y se me olvidó desconectar los sistemas de los aseos y la cocina.

Vuelvo a bajar maldiciendo mi memoria. Más escalones que añadir a mis ya cansadas piernas. Llego a la cocina y en la parte interior apago el sistema de control de reciclaje de aguas.

Bajar, subir, volver a bajar.

Repaso mentalmente el protocolo. Mis rodillas se quejan del esfuerzo, me falta el aire y tengo que ayudarme de la barandilla para superar el último tramo de escaleras. Lento, viejo, cansado.

Finalmente llego a la sala de control. Treinta minutos en total. Según establece la guía de operaciones todo este proceso no debería tardar más de diez minutos y aún quedan por desconectar los sistemas primarios de ventilación y el sistema de soporte vital. Pero no cuenta con que todas las operaciones se lleven a cabo por un único operario. El manual fue escrito por los constructores de la Lata, hace demasiado tiempo y con una previsión de 450 ocupantes encerrados en esta tumba metálica.

Dios maldiga a los que lo escribieron, muertos y enterrados hace tanto tiempo.

Me siento de nuevo frente al terminal y me quito los guantes. Tecleo las últimas instrucciones con las que se apagarán los sistemas primarios. La ventilación y el sistema de soporte vital que controla los filtros químicos que hacen que los niveles de dióxido de carbono y oxígeno de la Lata se mantengan a un nivel tolerable. Se lo que pasaría si no se volvieran a activar.

Con un zumbido que decrece se apaga el sonido de los ventiladores y vuelvo a oír el sonido del exterior.

Solo queda el sistema de protección exterior. Una barrera eléctrica de diez mil voltios que impide a nadie acercarse a la carcasa exterior. Es el último paso en el protocolo de seguridad y solamente debe desactivarse en los segundos antes de activar el pulso o salir al exterior. Es importante seguir los protocolos.

Mi padre y yo ensayamos este protocolo todos los meses para agilizar el proceso. Eran otros tiempos, yo era un adolescente y fue en esta época cuando mi padre se esforzó en enseñarme todos los protocolos, todas las rutinas. Me enseñó a habituarme a las labores diarias que garantizan mi supervivencia. Más adelante me di cuenta de que mi padre odiaba estas labores tanto como yo, pero no fue hasta mucho después que me percaté de su necesidad. Después de su muerte dejé de realizar los ejercicios. Solo quedaba yo y ni una sola vez se produjo un contacto con el exterior ni una amenaza de intrusión. Las labores de mantenimiento fueron aumentando y creí que no era necesaria tanta práctica. Esta es una de las rutinas que abandoné y ahora pienso que quizá fue un error.

En silencio escucho a la perfección el crujir y roer de algo metálico. El sonido se propaga por la carcasa de los niveles superiores de la Lata y no soy capaz de determinar el punto donde se está produciendo. Parece como si ocurriera en todas partes a la vez, aunque sé que eso es imposible ya que la Lata está hundida en el subsuelo y solamente la escotilla en el subnivel uno da a la superficie. Y la zona de acceso está protegida por el sistema externo. El resto de subniveles se hunde en un suelo rocoso de granito que llega a los cincuenta metros de profundidad.

El exterior es un yermo de restos azotado por los vientos, la lluvia y la erosión que una superficie devastada es incapaz de regenerar. Es imposible que nada haya llegado hasta aquí atravesando ese infierno y mucho menos que hayan conseguido llegar tan abajo, pero tengo que cerciorarme.

Enciendo la linterna y bajo nivel a nivel escuchando detenidamente.

El exterior de la Lata se compone de una aleación de acero de sesenta centímetros de grosor que actúa como una campana amplificadora del sonido, pero cuando llego al tercer subnivel noto que el sonido decrece.

Viene del nivel superior. No podía ser de otra manera.

Recargo de nuevo la linterna y vuelvo a subir. Mis rodillas me están matando. Debería haber incrementado el programa de ejercicios diario para mantenerme en forma. Media hora de bicicleta y media hora de musculación ya no parecen ser suficientes. O quizá es esta maldita humedad que está en todas partes. O quizá al quitar los sistemas de calefacción el frío se me está calando en los huesos y mis rodillas se están quejando más de la cuenta.

Cuando llego al terminal mi respiración se ha vuelto trabajosa y el aliento condensado se escapa de manera visible por mi boca a cada respiración. Me tomo un momento para beber un poco de agua de mi botella mientras descanso.

Entonces lo oigo de nuevo. Y me doy cuenta por primera vez.

Al principio no lo noto, pero cuando mi respiración se calma y empiezo a escuchar en silencio aparece un patrón claro y distinguible.

No es un sonido aislado y aleatorio. La intensidad aumenta y disminuye a intervalos regulares. No parece producido por el azar. ¿Qué puede estar produciendo este sonido de esta manera tan regular? ¿Puede haber sobrevivido algo en el yermo del exterior? ¿Debería activar el sistema de defensa?

Dudo durante diez minutos mientras veo cómo el sonido ya se ha convertido en una constante que no puedo dejar de oír. Es un sonido casi imperceptible bajo los sistemas de soporte y su zumbido habitual que llena los silencios del refugio, pero en el silencio se puede determinar claramente que existe un patrón. Debo utilizar el periscopio, aunque suponga salir a la antecámara de la exclusiva, el sistema de espejos me dará una visión del exterior. Tengo que descartar un posible contacto antes de activar el pulso. Si se tratase de un superviviente estará protegido por algún tipo de traje con algún tipo de defensa. No alcanzo a imaginar cómo pueden haber construido algo así con el material que se encuentra en un refugio a no ser que su refugio estuviera mejor pertrechado que la Lata.

¿De qué manera han recorrido las cientos de millas que separan la Lata del refugio más cercano? O quizá no vienen de ningún refugio y es una de esas expediciones de rescate que los antiguos habitantes de la Lata estuvieron esperando durante décadas. ¿Pero por qué ahora precisamente? ¿Y de dónde podría proceder?

Me encamino al oscuro agujero que parte del techo hacia arriba, hacia el exterior. Una escalerilla parte de la base de la pared y se interna en el túnel. Recargo las linternas y comienzo a subir. Aquí el espacio es más angosto y el sonido más fuerte. Una sensación de desazón me inunda. No quiero estar aquí. Esto no me gusta. ¿Y si todo es algún tipo de alucinación producto del aislamiento y de mi mente cansada?

Cuando llevo subidos unos diez metros llego a la pequeña antecámara que precede a la escotilla. Está oscuro y solo unos pequeños indicadores luminosos me sugieren las dimensiones de este pequeño habitáculo, así como dónde se encuentran la escalera, la escotilla y el sistema de espejos. Levanto el pesado tubo para liberar el mosquetón que hace las veces

de tope y comienzo a subir el periscopio con una manivela. Está ligeramente oxidada y cuesta mucho esfuerzo hacerla girar. Hace mucho tiempo que no se hace mantenimiento aquí y desde luego que yo no lo he realizado nunca desde que me quedé solo en la Lata. Quizá mi padre hiciera alguna limpieza periódica pero eso supondría que puede hacer más de quince años que nadie revisa el mecanismo.

Hubo una época en que mi padre y yo vivíamos prácticamente aislados el uno del otro. Solo nos juntábamos para desayunar y podíamos pasar semanas sin dirigirnos la palabra el uno al otro. El aislamiento y la rutina hicieron mella en nuestra relación. Llegó mi adolescencia y las hormonas me habían convertido en un joven irascible e insatisfecho, alguien que prefería pasar los días leyendo las antiguas novelas que almacenábamos en la biblioteca del subnivel tres. Me gustaban particularmente las novelas que trataban sobre el oeste. Las grandes praderas y las casas encaladas de la frontera. Los desiertos y los duelos en las calles enmarcadas en el sonido de las campanadas a medianoche. Era un mundo agradable al que escapar. Los protagonistas y villanos de las historias eran mis amigos y confidentes permitiéndome alejarme de un padre que no me entendía y no sabía qué hacer conmigo.

Con el paso de los años las hormonas se calmaron y mis lecturas se volvieron más sosegadas. Lentamente recuperé la relación con mi padre. Estaba en la treintena y ya era el momento de asumir mi situación e intentar llevarla lo mejor posible. Hablar con mi padre se convirtió en otra rutina más que añadir a la interminable lista diaria. Una rutina que haría que no cayéramos en la locura que podía producir el aislamiento en el que nos encontrábamos. Quizá la rutina más necesaria, la rutina que más echo de menos.

Después de unos minutos he logrado subir por completo el tubo y tengo el visor a la altura de los ojos. Vuelvo a colocar el mosquetón y deajo que el tubo descansa sobre su propio peso.

Estoy sudando. Demasiado. Debería haberme quitado algo de ropa para realizar este tipo de esfuerzos. Tengo la ropa totalmente empapada y empiezo a notar el frío que comienza a callarse en mis huesos. Ahora sería una locura

quitarme la ropa, tendré que aguantar y contar con no coger frío y que no me vuelva a producir dolor de espalda. La última vez estuve una semana de la cama a la silla del subnivel dos y de ahí de vuelta a la cama. Y eso son lujos que no puedo permitirme con tantas cosas por hacer.

Dejo de pensar en ello y limpio el visor que se ha empañado con mi respiración caliente por el esfuerzo. Miro por él y no veo nada. El exterior está oscuro. Giro el visor intentando obtener alguna imagen pero parece que el visor está taponado por algún tipo de escombros, polvo, hierros o basura. No se distingue nada. En uno de los giros atisbo una luz mortecina en una esquina, pero no logro distinguir ninguna forma, solo las grietas iluminadas por las que se filtra la luz hacia la base del periscopio.

Voy a tener que levantar más el visor. Más esfuerzo. Más sudor.

Bajo de nuevo hasta el sistema de alzado y la manivela. Vuelvo a accionarla. Subo el sistema otro metro más o menos y al final cuesta un infierno mover la manivela. Coloco de nuevo el mosquetón y vuelvo a subir por la escalera hasta la altura donde ha quedado el visor.

Ha resultado ser un esfuerzo inútil. A duras penas veo un paraje lleno de escombros amontonados en torno al tubo que sirve de sistema de visión. La luz ilumina la zona de alrededor pero no me permite ver más allá de unos metros. Como suponía los escombros se han acumulado y una fina capa de polvo reclama todo lo que alcanzo a ver a merced de los vientos que azotan la superficie. Aquí en la oscuridad me doy cuenta de que quizá esperaba ver algo más, algo que supusiera el final de la rutina o por lo menos un paréntesis en una vida que ha dejado de tener mucho sentido seguir viviendo.

Después de bajar y asegurar el tubo decido bajar a la cocina. La rutina de la comida no puede esperar.

## PARTE II - MEDIODÍA

El BIOS-3 se completó en 1972. Consistía en un pequeño hábitat con capacidad para tres personas que pretendía ser un experimento de



ecosistema cerrado y auto-regenerativo. La ciudad de Krasnoyarsk recibió el experimento con el entusiasmo que le imponía el Partido y acogió a los científicos con los brazos abiertos. Había que agradecer que pusieran en el mapa a esta pequeña ciudad perdida en la estepa siberiana.

El cultivo de alimentos ocupaba el 25% del espacio y el reciclaje de oxígeno el 50%. Se utilizó una variedad de alga *chlorella* para el reciclaje. Para conseguir una atmósfera respirable se aprovechó la fotosíntesis para filtrar y transformar el dióxido de carbono en oxígeno. Pero esto no era suficiente, fueron necesarios filtros de complejo mantenimiento para la purificación total del aire. En este primitivo sistema solo se alcanzó el 85% de reciclaje de líquidos y ningún porcentaje de reciclaje de residuos orgánicos.

Diversos experimentos en aislamiento fueron llevados a cabo en el sistema que se mantuvo en funcionamiento hasta 1984.

Al BIOS-3 le siguieron el BIOS-4 y el BIOS-5, que aumentaron la eficiencia de los sistemas de reciclaje y que aprovechaban variedades transgénicas de *chlorella* para reducir el tamaño y aumentar el rendimiento de los filtros primarios y secundarios del ecosistema. En el BIOS-6 se logró el 100% de capacidad para alimentar el ecosistema aprovechando la energía geotérmica. Al complejo se accedía por la superficie pero se hundía varios centenares de metros en el interior. En la base del ecosistema unas barras de plomo recubiertas de acero perforaban la corteza doscientos metros hacia el interior, produciendo el intercambio de calor en electricidad que abastecería todos los sistemas. El sistema había logrado el 100% de eficiencia y reciclaje.

La Lata se basa en los diseños del BIOS-6. Los refugios creados a lo largo de las siguientes décadas eran una evolución de los diseños a los que se había añadido almacenaje frío para alimentos en conserva. Los sistemas ecológicos autosuficientes disminuían su eficiencia con el aumento de población con lo que los diseñadores de los refugios se decidieron por una solución mixta para intentar conservar el 100% de eficiencia en los sistemas de reciclaje.

Todos estos datos se explican en el manual R296-M101 cuyo título es: Diseño del refugio. Manual técnico. Continúa durante 488 páginas de datos, planos de ingeniería y explicaciones sobre la dinámica de temperaturas, lo que quiera que sea eso. Tampoco es que me haya resultado muy útil, como casi todas las lecturas de manuales que he realizado. Mi padre insistía en que debía leer el mayor número de ellos pero disponer de tiempo para revisar una biblioteca destinada para un equipo de al menos cincuenta operarios resultaba algo más que imposible. Y más para un joven que se preocupaba demasiado por darle desahogo a sus hormonas adolescentes consultando las viejas revistas que había encontrado escondidas en una mampara de los baños del subnivel cuatro.

Lo que no explicaba el manual era un procedimiento para un contacto exterior. No se contaba con ello. Quizá por eso no escribieron ningún protocolo, ninguna rutina. Se encerraron a metros bajo tierra con una mínima esperanza de ser rescatados por una sociedad que se había hundido ante su propia supervivencia. Una humanidad sin ninguna esperanza de salir nunca de esta tumba. Un gigantesco mausoleo a la cultura y los errores humanos. La cuarentena contra la plaga sería larga y no se tenían muchas expectativas de que volvieran a salir a la luz del sol ni sintieran el viento meciendo los campos de trigo. O al menos eso creían entonces y así lo dejaron por escrito, o mejor dicho, no se preocuparon por prever cuál sería el procedimiento en caso contrario. No existe protocolo para un contacto exterior pero sí existe un epígrafe sobre cómo abrir las compuertas. No está muy detallado, solamente una serie de pasos para proteger la seguridad del sistema. Es peligroso salir al exterior y más peligroso volver a entrar. No se puede dejar entrar nada del exterior. El peligro de contaminación es demasiado alto.

Aunque, ¿demasiado alto para quien? ¿Para la comunidad de ocupantes de la Lata? ¿A qué se reduce eso? Solo quedo yo. Un anciano cansado.

¿Y si fueran algunos supervivientes después de tanto tiempo? Algún alma con quien conversar, compartir la comida, in-

cluso discutir. Echo de menos las discusiones y las charlas.

Mi padre me explicó que la plaga había terminado con cualquier esperanza de vida en el exterior. Solamente el aislamiento bajo tierra nos había permitido sobrevivir y nos debíamos considerar afortunados. Millones habían sucumbido y solo unos pocos elegidos estaban destinados para la salvación. Ni mi padre ni yo éramos de esos elegidos. Solamente éramos el subproducto de un subproducto que se encontraba en el eslabón final de una cadena endogámica que había ido reduciendo la población de la Lata a lo largo de las generaciones, hasta que solo quedamos él y yo. Padre e hijo sin ninguna posibilidad de perpetuar esta existencia monótona y ciega. Una subcultura con fecha de caducidad.

Lo que no estaba previsto era ningún tipo de traje de contención. Si quiero salir tendré que improvisar algo que seguramente no sirva de mucho, pero creo que el riesgo merece la pena. Al fin y al cabo mis viejos genes no tienen ya ninguna posibilidad de perpetuar esta oscura y oxidada existencia.

Decido sellar con cinta las juntas de algún tipo de traje improvisado el tiempo suficiente para evitar una contaminación o un daño masivo del traje. Lo ideal sería utilizar algún tipo de sistema redundante. Un traje dentro de otro traje o algo similar. En el almacén de mantenimiento del subnivel siete recuerdo haber visto un traje de frío que podría servirme para apañar algo. El traje de frío es algo más parecido a una armadura que a un mono. Es como las imágenes que he visto de los antiguos astronautas. En su momento me sentí fascinado por la idea del hombre saliendo del planeta al espacio. Habíamos llegado a la Luna o al menos eso aseguraban los viejos documentales que se guardaban en el archivo del subnivel tres. Ahora somos animales escondidos en una madriguera sin más escapatoria que soñar con aquellas proezas de la humanidad. Somos una raza extinta que se ha apagado en la inmensidad de una galaxia que tan solo habíamos empezado a soñar con explorar.

El traje de frío consiste en un sistema semirrígido, protegido por un casco y que lleva un depósito para el filtrado de aire a temperatu-

ra ambiente. Solo lo he tenido que utilizar una vez, cuando falló el sistema de válvulas de intercambio térmico. En el subnivel siete es donde se encuentran las barras y los sistemas térmicos que extraen el calor y lo transforman en la electricidad que alimenta la Lata y, como todo sistema de intercambio de energía, al consumirse el calor se produce un efecto exotérmico que hace bajar la temperatura. Esto fue aprovechado por los ingenieros de la Lata para los almacenes de frío donde se conservan la mayoría de los alimentos de todo el complejo. El problema era que cualquier tipo de operación de mantenimiento o reparación en estos sistemas se producía en un ambiente helado de temperaturas bajo cero, y por eso la Lata contaba con diez trajes de frío.

Recapitulo todo lo que puedo necesitar de los niveles inferiores para intentar evitar tener que bajar de nuevo. En el subnivel seis necesitaré coger un depósito de aire adicional. Redundancia. Cubriré las juntas con cinta aislante reforzada para proteger las zonas más sensibles del traje de frío y además me servirá para anclar la linterna a mi brazo. Esto me dará más movilidad. El contador electrostático es otra de las cosas que llevaré. Este lo llevaré sujeto con una cinta al hombro. Utilizaré un mono interior de plástico que fue diseñado para la circunstancia de que se detectase alguna contaminación de algún tipo en el interior. Es un mono completo que se ajusta al cuello y está construido con un polímero sintético de alta resistencia. No se tiene constancia en los registros de que se haya usado.

Una vez que creo tener todo controlado me dispongo a bajar. Tardo más de quince minutos en bajar los siete niveles y no dejo de pensar en todo momento en lo que me van a hacer sufrir mis rodillas en la subida.

Después de un largo rato he vuelto arriba y me siento de nuevo frente a las pantallas de los sistemas de la sala de control en el subnivel 2. Ahora el sonido es más fuerte que antes, cada vez más intenso. No puedo quitármelo de la cabeza.

La programación del nivel de contención es un protocolo sencillo que requiere que primero se aíslen los sistemas eléctricos del subnivel 1 de los del resto de la Lata. Se separan

todos los sistemas de alimentación del soporte vital en dos zonas, la superior y la inferior. Se sellan los conductos de aire y agua entre ambas zonas y por último se desactiva la energía para reactivarla con la nueva configuración. Este es el punto más crítico. Cualquier fallo en los sistemas dejará a la Lata sin la protección exterior y, teniendo en cuenta que este protocolo no ha sido utilizado desde hace años, el riesgo es considerable.

El proceso de introducir los comandos es largo y tedioso. Sigo el manual de operación y espero largos minutos hasta que toda la secuencia ha sido introducida y compilada en el procesador. Una vez introducidos todos los comandos de la nueva configuración dejo el sistema preparado para la fase final de desactivación-activación de la energía.

Ejecuto la secuencia y durante unos minutos escucho cómo las válvulas se abren y cierran y los paneles se mueven crujendo y chirriando por la herrumbre y la falta de mantenimiento. Esta es una rutina que solo realicé una vez con mi padre y nunca creí tener que repetir. El procedimiento conllevaba un riesgo que no estaba dispuesto a asumir realizando tareas de mantenimiento periódica. Ahora solamente rezo para que ninguno de los sistemas falle por la falta de uso.

Decido postergar el momento de salir y bajo al subnivel tres para comer algo. Abro una lata de crema de copos de avena y las caliento en un viejo quemador de la cocina. Mientras se calienta aprovecho para calentar las manos al calor del fuego. Desde aquí veo una cocina perfectamente ordenada y almacenando polvo. Un comedor vacío. Sillas que nunca volverás a ser usadas y un espacio enorme que me empujea aún más si cabe.

Me sirvo el puré en uno de los cientos de platos que se almacenan en las estanterías y me sirvo un vaso de agua. Después de unos largos minutos en los que intento recordar cómo sabía el agua antes de que se filtrase este sabor a cobre me veo mirando el plato lleno. El vaso vacío. No puedo comer y dejo el plato encima de la mesa. No lo limpio. Ya tendré tiempo de continuar con esta rutina más tarde.

Vuelvo a subir a la sala de control y activo la última fase del protocolo. Una vez entre en

la zona donde se encuentra el sistema de alzado del visor exterior y cierre la escotilla que lo separa del resto de la Lata solo tendré que activar el último relé en el panel de control para que la zona quede aislada y poder salir al exterior. Anoto el código numérico de seguridad que me proporciona el sistema y subo todo el equipo que llevaré a la sala. Una vez comprobado todo empiezo a vestirme con el traje. Primero el mono. Se cierra con una cremallera zip plástica y en el cuello lleva una goma elástica que se ajusta perfectamente, incluso demasiado apretada. Después me pongo el traje de frío. Reviso las juntas una y otra vez, reforzando con cinta extra algunas de las zonas que más movimiento tendrán. Finalmente limpio el visor por dentro y me coloco el casco. Giro el pasador que sella el traje y abro la válvula que alimenta el suministro de aire. El aire tiene un sabor extraño. Seco y como a hollín. Paso la cinta que sujeta el contador por el hombro y sujeto el depósito de aire con una mano mientras me afianzo a la escalera con la otra. El traje y el mono interior hacen que mis movimientos sean torpes y lentos. Después de unos minutos me encuentro con el casco pegado a la abertura que contiene la salida al exterior. Dejo el depósito en un saliente y me preparo a usar las dos manos para abrir la escotilla.

### PARTE III - TARDE

Giro la válvula exterior y veo cómo la presión hace que el aire de la Lata se escape hacia el exterior, cuya temperatura era inferior. Se intercambia calor en forma de vapor que empaña el visor del traje. Termino de abrir la escotilla hasta que la entrada queda totalmente abierta y me asomo. Es media tarde pero a través del casco todo es oscuro, uniforme, gris en esta luz mortecina. Por encima de mí un cielo gris cubierto de nubes no me deja ver el cielo. Había tenido la esperanza de poder ver el sol.

Enciendo la linterna e ilumino un paisaje formado por montones de piedras y cascotes, restos de construcciones y alambres cubriendo la extensión en forma de extrañas cordilleras y



cañones hasta donde alcanza el haz de luz. Permanezco un momento asombrado por la calma que se respira en el exterior.

Finalmente la rutina hace su trabajo y salgo de este estado de ánimo. Compruebo el nivel de presión del traje y aparentemente no existe ninguna fuga. Compruebo el nivel del depósito. Marca 90%. Esto me daría una autonomía de tres horas completas. Eso es mucho más tiempo del que tengo intención de permanecer fuera. El contador no indica ninguna actividad.

Subo por la escalera con esfuerzo por el frío y la rigidez del traje hasta que puedo poner un pie en un charco lleno de barro. Nada se mueve entre las ruinas, nada hace ningún ruido excepto el goteo insistente del agua que se almacena en algunos puntos y cae buscando filtrarse hacia las entrañas de esta tierra apagada. Cierro la escotilla tras de mí y giro la llave de seguridad que cuelga de mi cuello. Tecleo el código alfanumérico y activo el sellado electromagnético: diez dígitos alfanuméricos que he escrito en una cinta adhesiva y he pegado en el dorso de mi guante.

Una vez asegurado el refugio empiezo a iluminar las zonas más cercanas buscando signos de la plaga. Aunque nunca he visto la plaga consumiendo más que en las antiguas películas que se grabaron antes de sellar la Lata sé perfectamente lo que estoy buscando. Movimiento. El patrón de ruido que percibía dentro debe ser la consecuencia de algún tipo de movimiento en el exterior.

Por primera vez me percató del olor del exterior que se filtra a través del sistema de aire. Es un olor nuevo, húmedo. Supongo que es así como huele la tierra mojada, pero sin ese matiz de óxido que siempre acompaña al aire de la Lata. Es un aire fresco, limpio. No está viciado. Es un olor muy agradable.

Esta zona parece haber sido consumida casi totalmente. No veo restos de vida orgánica de ningún tipo y los aparatos que alcanzo a iluminar han sido consumidos hasta quedar solamente los armazones de metal oxidados. No queda rastro de los plásticos y fibras que recubrían estos armazones.

Giro sobre mí mismo rastreando a mi alrededor con el contador electroestático, pero solo

alcanzo a registrar fluctuaciones que vienen del sistema de bombeo del traje. Decido alejarme un poco de la escotilla y subir por una de las laderas de escombros que me rodean para tener una mejor visión del terreno a mi alrededor. Empiezo a subir sujetando el depósito adicional con una mano y me percató de que va a ser más difícil de lo que creía. Tras unas primeras pisadas firmes la ladera se convierte en una riada de piedras y restos que baja y se transforma haciendo que cada paso que doy tenga que ser afianzado para no correr el riesgo de ser sepultado por los restos que quedan encima. Finalmente alcanzo una arista de esta pequeña montaña y decido subir por ella para evitar una avalancha. La subida es lenta y me lleva unos quince minutos alcanzar una cima que se encuentra como a cincuenta metros.

Cuando por fin puedo alzar la vista de mis pies y mirar alrededor la primera sensación que tengo es de vértigo y una náusea que me recorre el estómago. Aunque he visto muchas veces a través del visor el exterior nada me prepara para la desolación que se muestra ante mí. Se me nubla la vista y tengo que ponerme a cuatro patas mirando fijamente al suelo para recuperarme y lograr no vomitar el contenido de mi estómago vacío. La extensión inabarcable que se alza ante mí ha sido demasiado para mi sentido del equilibrio, que inmediatamente me ha mareado haciéndome bajar la vista. Soy un animal encerrado que nunca ha podido dirigir su mirada más allá de sus barrotes y que se enfrenta por primera vez al horror de una extensión de la que solo ha leído en los libros.

Poco a poco me voy recuperando y empiezo a levantar la vista. Primero un poco más allá, unos pocos metros, luego quizá unos cientos y por último toda la extensión que alcanza la vista. Me apoyo en el esqueleto de lo que parece ser una vieja y desvencijada silla y observo un paisaje sacado de la pesadilla de un loco. Lo que debería haber sido un mar de hierba y trigo ahora es un desierto de polvo y piedras. En algunos puntos alcanzo a distinguir la forma de algún vehículo o restos de aparatos reducidos a un simple esqueleto oxidado. Recuerdos de otra época. Fósiles que habitan este mundo hacen mucho tiempo olvidado, este museo de los horrores en que se ha convertido el exterior. En

el horizonte se distinguen algunas formas que supongo eran edificios. Ahora son como el resto del paisaje, estructuras sin vida a las que el tiempo y los vientos van reclamando hasta que se desintegren finalmente.

Nada salvo el viento recorre esta extensión de tierra yerma y mucho menos se ven restos orgánicos de cualquier tipo de vida. Aquí y allá se ven humaredas de polvo que llenan un cielo gris y plomizo cubierto de nubes oscuras. El viento sopla fuerte llenando mi visera de suciedad.

La visión me quita el aliento y me muestra los resultados de la plaga. El orgullo del hombre. Un titán desencadenado que nos consumió en nuestra propia osadía.

No conozco los detalles mas allá de la información que se almacenó en los refugios, pero todo comenzó con el desarrollo de la nanotecnología molecular. Robots miniaturizados que se encargaban de hacer trabajos de precisión en fábricas donde cada vez se hacía más necesaria la automatización y los trabajos de precisión. En algún momento nos atrevimos a dotar de autonomía a los robots proporcionándoles la capacidad de generar su propia energía interna con el combustible que se les suministraba. Y todo fue bien por un tiempo. Se logró que la calidad de vida mejorase. Los avances de nanotecnología en medicina hicieron posible cualquier reparación en nuestros cuerpos, ya fuera por causa de accidentes o por la edad. La fuente de la juventud eran unos pequeños mecanismos del tamaño de motas de polvo que eran capaces de autoabastecerse.

Y entonces llegó la mutación. Nadie sabe cómo sucedió ni si fue producto del hombre o del azar. Algunos lo achacaron a la evolución. Había llegado el momento de que otra forma de vida tomase el control y esta vez no estaría basada en el carbono.

En un primer momento la plaga creció exponencialmente en una rápida expansión. El sistema terminó en cuestión de horas con grandes cantidades de territorio hasta que se encontró una forma de combatirla. Se utilizaron los satélites meteorológicos para detectar las grandes emisiones de calor que producía la rápida replicación y se realizaron acciones de limpieza utilizando bombas de pulso electromagnético y

posteriormente con microondas desde los satélites defensivos para limpiar los focos más pequeños. Estábamos conteniendo la plaga a costa de nuestro avance y nuestros aparatos electrónicos.

Entonces fue cuando se descubrió que la plaga había modificado su programación para evitar su propia destrucción. Cambiaron sus pautas de crecimiento, se ralentizó su consumo de energía. La marca de calor que dejaban se mantenía en el umbral climatológico de la zona donde se encontraban, haciendo casi imposible la detección desde los satélites. La plaga había encontrado la forma de ocultarse.

Llevó años que surgieran de nuevo con fuerza. El ecosistema del planeta tenía mecanismos inherentes a sí mismo que compensaban el crecimiento de la plaga. Tormentas solares, calor, clima. Todo ello afectaba a la plaga que poco a poco iba aumentando su crecimiento intentando encontrar el equilibrio que le permitiera crecer y evitar su destrucción.

Y en este proceso es cuando realmente su programación dio un salto. La plaga se volvió aeróbica. Igual que nosotros en el pasado habíamos salido del agua para dominar la tierra, ahora ella llegaba a los cielos para dejar caer sobre nosotros un lento y disperso ataque que nos impidió centrar nuestros esfuerzos en la defensa. La plaga gris llovía sobre nuestro futuro, ahogando nuestras esperanzas.

En este escenario fatal la ya diezmada humanidad solo aportó una solución. Enterrarse en lo más profundo de la tierra, en refugios cerrados y protegidos con mecanismos de sellado electromagnético y esperar a que la ecofagia acabase con los recursos energéticos del planeta. Esperar a que la plaga, en su propia curva de crecimiento, terminase con los recursos que necesitaba y finalmente se desactivase.

Y aquí fue cuando la vieja humanidad volvió a sacar lo peor de sí misma con lo que llamaron el proceso de selección.

Resultaba irónico que en una sociedad en la que se protegió y primó a los discapacitados en un intento de mantener una ficción igualitaria ahora se prescindiera de ellos en el primer momento. La nueva sociedad que pudiera sur-

gir después del desastre debía contar con lo mejor de cada casa. La inteligencia y excelencia física se primaban. Las discapacidades eran discriminadas abiertamente.

En los disturbios que anticipaban la llegada de la plaga a los grandes núcleos urbanos siempre se producía una serie de comportamientos que se reproducían en un patrón veloz y similar al de la plaga que seguiría. Fuera de los centros donde trabajaban los militares y las comunidades científicas, los saqueos y los tumultos se cebaban primero en las mujeres, luego en los ancianos y por último en los discapacitados. El fuerte imponía su ley en el zoo mientras los carceleros los confinaban a un rincón de la jaula cada vez más pequeño. La angustia se cebaba en aquellos que sabían que no tenían ninguna posibilidad y estos arremetían contra aquellos que tenían más a mano. Los niños y los ancianos.

Durante los meses en que mi padre languideció tumbado en una camilla, apagándose poco a poco, resultaba irónico recordar que en el tiempo anterior a la plaga posiblemente no hubiera sobrevivido, nunca hubiera entrado en el sorteo y habría sido abandonado a su propia suerte junto con los cientos de miles de desafortunados que no entraron en el sistema.

Siete mil millones de humanos difícilmente tienen cabida en unos pocos miles de Latas repartidas por el globo. La criba fue brutal y la ética, la moral y la compasión fueron puestas cara a la pared para no tener que enfrentarse a su mirada inquisitoria, todo en aras de la supervivencia de la especie.

Entre las filas del ejército se realizaron los primeros sorteos y de ahí surgieron las brigadas de control. Una fuerza armada cuya única misión fue mantener el orden mientras se realizaba el proceso de selección. Los militares establecieron un férreo plan de actuación y se ciñeron a él desde la seguridad de su posición. Ellos estaban dentro y no tenían nada que temer.

A estas alturas ya había quedado claro que de nada servía tener dinero si no podías aportar algo al sistema que se pretendía perpetuar. El pragmatismo militar se cebó en los poderes económicos, que por primera vez en mucho tiempo se dieron cuenta de que no podían com-

prar su seguridad con las cifras que acumulaban en sus fortalezas financieras que poco a poco iban cayendo víctimas de la plaga. De nada servía todo su dinero y sus posesiones en un nuevo orden que primaba la valía por encima de todo.

Una vez descartada la elite política y económica debido a su inutilidad, la violencia del proceso se cebó en los parias que durante siglos habían alimentado a esa elite dominante. Una vez más eran sacrificados por un fin superior.

La humanidad se diezmó a sí misma y lo que quedaba de ella se metió en su agujero y rezó en la oscuridad.

Fuera de ese agujero en la tenue oscuridad que me muestra la gruesa capa de nubes de polvo intento avanzar fuera del perímetro que rodea la entrada de la Lata. Caminar sobre esta superficie de escombros cubiertos de polvo es difícil. Los vientos y la falta de plantas ha hecho que todo esté erosionado, quebradizo y polvoriento.

Más de una vez resbalo en mi avance, subiendo una arista o un pequeño montículo, y vuelvo a caer al punto de inicio.

No sabemos a ciencia cierta lo que ocurrió en los años que hemos permanecido encerrados en la seguridad de nuestro agujero. La paranoia por los protocolos de seguridad no permitían que se usase tan siquiera el periscopio para ver el exterior por el miedo a que la plaga pudiese aprovechar cualquier resquicio en el sistema de sellado y lograrse acceso a la Lata. Con el tiempo y el paso de un par de generaciones el interés por el exterior disminuyó. Vivíamos y moríamos en nuestra pequeña sociedad endogámica aclimatados a nuestra jaula. Lo que quedaba de nuestra humanidad había perdido toda esperanza de recuperar la superficie.

Me contó mi padre que de todos los habitantes de la Lata solo un pequeño grupo de técnicos siguió mostrando interés. Se formó alrededor de ellos un pequeño culto centrado en el estudio de la plaga y se fueron aislando cada vez más del resto de habitantes que continuaban con sus rutinas, intentando sobrevivir en las nuevas condiciones a las que se habían visto confinados. Con el paso del tiempo estaban tan



aislados que comían en su propio laboratorio, empeñados en encontrar una solución a un problema que hacía tiempo que había resignado al resto.

Los militares al principio apoyaron a los técnicos en sus investigaciones con una mentalidad castrense de contraataque. Sus férreos esquemas mentales eran los que peor se habían aclimatado al nuevo orden y sufrían ataques de rebeldía en los que proponían salir al exterior para poder reconquistar la superficie de alguna manera. Pero estaban aislados en esta nueva sociedad que ellos habían iniciado con sus purgas y selecciones. La humanidad sucumbía a un nuevo tipo de síndrome de Estocolmo al que ni tan siquiera los psicólogos de la Lata podían escapar. No había esperanza de salir, con lo que el esquema mental lógico era asumir la situación e intentar sobrellevarla lo mejor posible. Muchos militares se volvieron violentos. Se cometieron asesinatos y se produjeron muchos suicidios. En una decisión unánime, lo que quedaba de la cúpula militar asumió su situación y entregó las armas para su destrucción. Se cedió el control a un consejo civil que pasó a gobernar el refugio con el pragmatismo de un hormiguero.

Cada hombre tendría su función y esa era una parte del engranaje para el objetivo del grupo. Ya no se luchaba por la supervivencia en un entorno hostil. Ahora se vivía en un nuevo entorno regido por los protocolos y las rutinas. Así fue como perdimos la principal razón que nos hace ser humanos. El ansia de explorar y conquistar aquello que está a nuestro alcance e incluso más allá. Ahora en el exterior mirando hacia el cielo y viendo el tenue brillo del sol a través de las densas capas de polvo entiendo ese espíritu que hizo que el hombre se internase en las estrellas intentando llegar a superar su propia mortalidad.

Salgo de mi ensimismamiento y recorro el siguiente trecho entre los escombros. Paso a paso. Aquí no hay rutinas ni protocolos. Colocas un pie, asientas, cambias el punto de apoyo y te agarras al siguiente saliente. Una vez estabilizado levantas el otro pie, la bota se posa sobre un montón de polvo que cede, asientas tu centro de gravedad y cambias el punto de apoyo de nuevo. Y así paso a paso. Metro a metro. Me

lleva casi media hora recorrer una distancia ridícula. El traje no hace que mis movimientos sean fáciles. Las juntas no están diseñadas para escalar montañas de escombros y además han comenzado a hacerme rozaduras en las ingles y las axilas. Dentro de este traje estoy cubierto de un sudor que se enfría rápidamente por efecto del viento exterior. La condensación hace difícil mirar el contador, hasta que en un momento dado lo dejo caer en su correa. Ahora es un peso muerto que cuelga en mi lateral golpeando repetidamente a cada movimiento que realizo.

Al llegar a lo alto de una pequeña colina me encuentro con una pendiente pronunciada que desemboca en un largo valle de escombros y ruinas. Unas estructuras metálicas que recuerdan a un viejo parque de juegos se alzan en el centro y a lo lejos, entre el polvo y la condensación de mi visor, alcanzo a ver otra pendiente que sube.

Permanezco unos segundos recuperando el aliento y esperando a que la vista se aclare. En la parte baja de la pendiente me parece percibir un ligero movimiento, una pequeña nube de polvo que se levanta. El haz de luz de la linterna solo muestra una nube de partículas en suspensión. Puede haber sido un pequeño derrumbe producido por mi subida al borde de la arista o podría ser cualquier otra cosa.

Intento bajar poco a poco alumbrando con la linterna sujeta a mi brazo y cuidando de no perder el depósito adicional. La redundancia del sistema me resta movilidad y en un momento dado el peso me desequilibra haciéndome perder el centro de gravedad. Sin nada a que agarrarme me precipito al fondo del pequeño valle.

Ruedo durante unos segundos totalmente desorientado y golpeándome en el visor y los brazos. Detrás cae rodando una pequeña avalancha de piedras y escombros. Cuando al fin me detengo durante unos segundos cae sobre mí una lluvia de polvo y tierra. Mi agitación y un aumento en mi respiración ha tapado totalmente mi visor debido a la condensación de mi aliento. He perdido el depósito adicional de aire que debo haber soltado durante la caída. Espero unos segundos a que se aclare mi visor solo para descubrir que la linterna se ha apa-

gado. Es ahora cuando me doy cuenta de que he cometido un error imperdonable. Tanta redundancia, rutinas y protocolos y solamente he traído una linterna. Si no logro hacer que se encienda la que llevo estaré bastante jodido para encontrar el camino de vuelta en este paisaje devastado pero a la vez uniforme. Cuando me dispongo a soltar la linterna de la cinta para intentar agitarla veo que el cristal protector y el diodo de luz están rotos. Una sensación de desasosiego me inunda y las lágrimas llenan mis ojos mientras niego la realidad de la situación.

Poco a poco voy calmándome pensando en las diferentes alternativas. No estoy tan lejos de la Lata. Me encuentro en el fondo de la pendiente, no debería resultar muy difícil volver a subir y encontrar la escotilla aún sin luz.

Cuando el visor empieza a enfriarse el empañamiento se va transformando en pequeñas gotas que empiezan por rodar la parte interior del casco, aclarando mi visión poco a poco. Mis ojos comienzan a aclimatarse a la escasa luz que tengo a mi alrededor y es entonces cuando escucho un sonido familiar, como de roer. Giro mis ojos lentamente dentro del casco hacia una silueta oscura que se alza a unos pocos metros de mí. Es una estructura no uniforme de metal y lo que parecen cables que se alza sobre una multitud de patas que la hacen avanzar muy lentamente, de manera monótona y regular. Parece que emite algún tipo de pulso o eco allá por donde pasa. Una tenue luminosidad surge desde la parte inferior de lo que podríamos denominar su tronco. La criatura cubierta de polvo parece como si estuviera rastreando el suelo, buscando algo.

Los técnicos intentaron descubrir si había algún estado evolutivo en la forma de actuar de la plaga. Se dudaba de su evolución más allá del estado larvario de autoreplicación inicial, pero temían que pudiera darse el caso de que lograsen construir organismos complejos y evolucionar hacia algún tipo de estado de consciencia. Si ese fuera el caso las posibilidades de la humanidad de salir de su agujero y recuperar su trono en el nicho ecológico se verían frustradas. Una nueva forma de vida habría tomado el control y no seríamos más que una especie en vías de extinción. Un recuerdo del pasado.

Con esa remota posibilidad en la mente observo la sombra que ha aparecido a través del visor exterior del traje y permanezco en silencio. Paralizado. Pensando en mis posibilidades. Pero la cruda realidad es que no tengo absolutamente nada con lo que defenderme. Ni tan siquiera sé si podría haber improvisado algo que pudiera defenderme contra eso. Observo a la criatura que avanza sobre los restos metálicos de algún tipo de aparato y me quedo totalmente quieto esperando que no se haya percatado de mi presencia.

## PARTE IV - ANOCHECER

La luz se va volviendo más tenue a medida que pasan los minutos. El constructo parece no haberse percatado de mi presencia y se afana en algún tipo de patrón en sus acciones. Gira unos grados, avanza unos centímetros y realiza un movimiento radial mientras la luz en su inferior pulsa a ritmos regulares. Es un comportamiento metódico de rastreo y decido esperar para intentar predecir su movimiento.

El giro regular con el que inicia cada ciclo parece que le irá alejando de mí, pero a un ritmo lento y siempre y cuando no se encuentre con algún obstáculo que le haga variar su comportamiento. Más calmado decido esperar mi oportunidad. Cuento con que la progresiva falta de luz jugará a mi favor para evitar que me detecte, aunque jugará en mi contra para encontrar el camino de vuelta. Intentaré crear algún tipo de distracción que me permita poder levantarme y subir la colina mientras el constructo centra sus sensores en otra cosa.

De todo lo que llevo encima solamente se me ocurre soltar la linterna sujeta a mi brazo y lanzarla lo más lejos que pueda confiando en que centre su atención en el ruido que produce al caer y que esto cambie el patrón alejándolo de mi posición, dirigiendo su atención más allá de la pequeña colina que veo en uno de los laterales del valle. Esto me daría unos minutos para levantarme e intentar escalar el camino de vuelta hacia la escotilla. Al fin y al cabo la linterna no me va a servir de mucho en el camino de vuelta. Una vez en la seguridad de la escotilla podré pensar que hacer.

Espero un tiempo indeterminado a que sus movimientos lo alejen hasta un punto en el que parece que no tiene línea de visión conmigo y me dispongo a desprender la linterna. Centímetro a centímetro voy tirando con lentitud de la cinta que sujeta la linterna intentando hacer el menor ruido posible. Cuando logro soltar la linterna me incorporo lentamente quedándome agachado todo lo que puedo. Noto las contusiones producidas durante la caída como un eco sordo enviando señales de aviso a mi cerebro. He permanecido tanto rato agachado que el frío me ha entumecido las articulaciones haciendo que cada movimiento sea un horror de dolor y cansancio. Me coloco de rodillas agachado y miro hacia el punto donde ha desaparecido la criatura. Me llega un débil sonido del movimiento que producen sus patas y que parece cada vez más lejano.

Ha llegado el momento. Es ahora o nunca. Me levanto apoyándome en una estructura metálica cubierta de polvo, despacio, con la lentitud de quien intenta no hacer ningún ruido, rezo por que no se produzca ningún desprendimiento de los escombros que me rodean. Cojo impulso con el brazo y trazo varios arcos para conseguir el mayor impulso posible. Mi hombro se queja por un movimiento que lo fuerza más de lo que debería y en un último esfuerzo lanzo la linterna, que vuela en una trayectoria no lo suficientemente lejana como para caer donde pretendía. No espero a ver cómo cae. En cuanto veo la linterna volar contra la penumbra de la poca luz de la tarde me incorporo y comienzo a subir la colina con todas las fuerzas que me quedan.

Lo que sigue es una carrera entre mis pulmones y mis piernas por aguantar el esfuerzo extra que estoy realizando. Resbalo un par de veces y me parece tardar una eternidad en subir esta colina. En mi cabeza resuena el retumbar de mi corazón como si fueran las campanas de la vieja torre de mi sueño. La adrenalina hace su trabajo y durante el tiempo que dura la subida no noto dolor en mis articulaciones. No miro ni una sola vez hacia atrás. Cuando llego a lo alto de la pendiente paro unos segundos tratando de encontrar la zona donde se encuentra la escotilla. Casi se ha hecho de noche y a través del visor nuevamente empañado se hace

complicado encontrar las referencias que había memorizado. Sin estar totalmente seguro de tomar la dirección correcta comienzo a correr entre los hierros y rocas hasta que finalmente encuentro una montaña de escombros reconocible, la entrada del refugio se encuentra a 10 metros pasada la estructura de hierros que tengo delante.

Me acerco a todo correr y cuando llego a la escotilla me dejo caer sobre los brazos apoyándome y dejando que la tensión acumulada me derrumbe. Aún no. Aún no debo descansar. Un último esfuerzo y podré volver a la seguridad de mis rutinas, a la seguridad de la Lata.

Busco la llave de seguridad que cuelga de mi cuello. Aliviado veo que sigue aquí. La introduzco en la ranura y la giro... No se produce ningún sonido, ningún movimiento. Nada ocurre. Me desespero y giro repetidamente la llave mientras miro hacia detrás buscando la luminosidad que me anuncie la llegada de la criatura. Después de unos segundos me doy cuenta de mi error. Idiota. Primero hay que teclear el código de seguridad que desactivará la protección. El código que apunté en cinta en el dorso de mi guante. Lo miro y veo una serie de dígitos manchados de barro y que a duras penas puedo distinguir en la luz que queda. He perdido la linterna, mi única fuente de luz y ahora tendré que jugar a adivinar lo que escribí hace una hora escasa.

Tecleo los dígitos uno a uno. Una secuencia de 10 dígitos, lo suficientemente larga como para que no la recuerde. El primer intento me devuelve una luz roja que me indica que el código introducido es incorrecto. El segundo intento también es infructuoso. Es entonces cuando recuerdo el contador, busco en el lateral y lo alzo apretando el botón de encendido. Una luz retroilumina su pantalla y me indica una fluctuación de movimiento detrás de mí. Mi corazón vuelve a bombear con rapidez y el visor se empaña aún más con la condensación producida por mi respiración entrecortada. Alzo mi guante y lo coloco junto al contador para poder aprovecharme de la luz. Tecleo los dígitos y las prisas me hacen equivocarme de nuevo. Maldigo mi suerte mientras repito el proceso de nuevo. El contador indica movimiento cada vez más cercano. Una luz amarilla



me avisa de que el sistema de protección se está desactivando.

Pasan unos largos segundos hasta que la luz se torna verde y giro la manivela todo lo rápido que puedo. Abro la escotilla y a punto estoy de perder pie con la escalerilla y caer, pero la estrechez del tubo de acceso me sujeta evitando mi caída. Saco el brazo y con un último esfuerzo tiro hacia mí de la tapa metálica de la escotilla.

Una vez que cierro la escotilla me dispongo a girar la llave y pulsar el botón del sellado. Con mis ojos acostumbrándose a la luz de emergencia que ilumina la Lata bajo todo lo rápido que puedo hasta la zona donde se encuentra el sistema de alzado. Una vez allí acciono el sistema de limpieza de la antecámara. La zona del mecanismo de alzado es una zona estanca separada por escotillas tanto del exterior como de los niveles inferiores. Aquí se instaló un sistema de limpieza basado en calor. Esto va a ser desagradable.

Pulso el botón de limpieza y las baterías arrancan expulsando humo negro y polvo a partes iguales. En la pared lateral se activa una bombilla de alarma que avisa que el procedimiento de limpieza va a comenzar. El indicador del visor en la pared va subiendo su aguja, cuando llegue a 100 se activará el proceso y entonces sabré si el sellado de las juntas del traje funciona. Durante unos segundos el ambiente de la cámara pasará a 100 grados y posteriormente un sistema de intercambio de calor bajará la temperatura por debajo de los cero grados. El mecanismo busca producir roturas por estrés en cualquier mecanismo tecnológico. El proceso se repetirá cuatro veces durante las cuales sufriré el estrés en el interior del traje. Si se ha producido alguna fisura me quemaré, si el traje ha permanecido intacto solamente me sentiré como un pollo viajando del horno a la nevera en cuestión de segundos.

La aguja alcanza el 100 y durante unos segundos todos los músculos de mi cuerpo duelen como nunca me han dolido. Noto cómo la tensión dentro de mi cabeza aumenta y parece que va a estallar. Casi pierdo el conocimiento y me desplomo en el suelo de la antecámara y cuando creo que no puede ir peor, de repente, todo cesa.

Cuando el proceso ha terminado me quito el casco y lo dejo caer al suelo. Tomo una bocanada del aire rancio y viciado del refugio, pero este aire me parece muy fresco en comparación con el aire del interior del traje. Descuelgo el contador y lo dejo caer también. Saco mis guantes e intento activar mis manos frontándolas una contra la otra.

Cuando he logrado recuperar la movilidad bajo al subnivel 2 y una vez allí empiezo a quitarme el traje. Es un proceso lento. Las articulaciones lanzan punzadas de dolor cada vez que me muevo. El traje está totalmente manchado de polvo y barro seco. Lo dejo a un lado y me acerco al aseo a beber un poco de agua y mojar mi cara. Cuando alzo mi cabeza y me veo en el espejo veo que mi cara está totalmente roja y a la vez bastante demacrada. El pelo me cae aplastado por el sudor sobre la frente y el aspecto general es el de un muerto en vida. En el silencio de la Lata mi risa resuena. Una risa ronca y sonora. Es la risa de quien sabe que no tiene nada que perder, de quien ha sobrevivido al horror y ha vuelto para contarlo. La risa de quien está vivo al fin y al cabo.

Vuelvo a la sala de monitores. Cuando llego a los controles me desplomo sobre la silla frente a las pantallas llenas de estática. Abro el manual R296-M320 y me dispongo a activar el sistema de defensa.

El mecanismo básico para la protección y el sellado del refugio es el mismo que se utiliza en una jaula de Faraday. El refugio funciona con un diseño ruso que recuerda a las muñecas *matrioskas*. Se trata de cuatro vasijas cada una interior a la otra. La capa exterior es de un metal de alta impedancia que mantiene una carga baja constante y se monitoriza constantemente. Si se produce un desfase en la corriente se genera un microimpulso subiendo la tensión de la corriente como sistema de defensa pasivo. La siguiente es una fina capa de lonsdaleíta hexagonal basada en el carbono, un material más duro que el diamante y que se logró sintetizar en el Instituto de Física Prokhorov de Moscú. Esta capa proporciona la integridad estructural del refugio sin tener que recurrir a una estructura de celdas, lo que hace más sencilla la habitabilidad. Después viene la jaula de Faraday propiamente dicha que previene la

inferencia de los campos eléctricos de las capas externas de la Lata. Y por último la estructura interna de acero de sesenta centímetros de grosor. Todas estas capas de aislamiento se mantienen sujetas las unas a las otras con bastidores de polímero reforzado que hacen que la estructura funcione como una pequeña campana que amplifica el sonido exterior de lo que quiera que se encuentre ahí fuera.

Este diseño complejo es necesario para realigar un pulso electromagnético con total seguridad para la electrónica de mantenimiento del refugio.

Vuelvo a repetir el protocolo que realicé esta mañana cuando apagué todos los sistemas.

El sistema de ionización comienza a calentar las moléculas de ozono. El indicador va subiendo poco a poco. Cuando alcance el 100% se disparará liberando un campo eléctrico durante unas milésimas de segundo. El alcance tenderá a disminuir según se aleje del refugio, pero la alta intensidad eléctrica fundirá los nanomecanismos de los que se compone la plaga recorriendo las líneas de conducción de los microcircuitos integrados. Aún siendo de tamaño microscópico nada escapará a la intensidad del pulso en cientos de metros a la redonda.

Cuando el sistema se encuentra al 100% se enciende un piloto en el panel de control con una cuenta atrás de diez segundos. Me preparo para el apagón que se producirá a mi alrededor.

Cuando el contador llega a cero se apaga todo. Permanezco en la más absoluta oscuridad, en silencio, intentando escuchar el rastro de la plaga en las paredes exteriores. Nada parece moverse, nada parece escucharse, solamente el sonido de mi respiración y el retumbar de mi corazón contra mis sienes.

En la oscuridad, empequeñecido, me doy cuenta de lo insignificante que resulta todo. Un cubículo, dentro de un nivel de la Lata, rodeado de paredes hechas a medida para proteger los restos de una civilización que aspiraba a conquistar las estrellas y se tuvo que conformar con la tediosa tarea de sobrevivir a una de sus creaciones. Los hijos siempre matan a los padres.

La ironía de todo ello me golpea y comienzo a llorar desconsoladamente. Pienso en la

imagen de mi padre tendido en la cama de la enfermería. Agotado, viejo. Miles de arrugas surcando un rostro blanco como la cal que empezaba a tornarse del color de la ceniza. El sonido de los sistemas de soporte vital como único acompañamiento mientras sus ojos vidriosos me miran sin comprender qué está ocurriendo. Los últimos años fueron duros. La demencia lo asaltaba en brotes cada vez más fuertes hasta que no fue capaz de reconocermme. Tuve que recurrir al encierro. Un prisionero sin memoria leyendo una y otra vez los mismos libros de la sección infantil de la biblioteca. Todos los días el mismo ritual de miedo cuando me acercaba para darle de comer. Todos los días viendo cómo se apagaba poco a poco y sus cansados músculos se iban negando a responder. Los ataques de impotencia de una mente cansada que no sabía qué estaba ocurriendo y finalmente la sensación desvalida de no poderse valer por sí mismo. Nunca tuve la oportunidad de una última conversación, una despedida, un último abrazo. Le aseaba mientras permanecía sentado en un taburete dentro de la ducha con la mirada perdida en el infinito, mientras mis lágrimas se fundían con las gotas de agua que salpicaban. Y finalmente, cuando ya no quiso comer, el momento duro y terrible de tomar una decisión largamente postergada. Pienso en cómo miraba hacia el techo con la mirada perdida. Una capa de fina piel mortecina sobre los huesos. Y el silencio cuando se apagaron las máquinas y dejaron de hacer funcionar sus pulmones.

Este es un silencio similar. El silencio de la muerte.

Cincuenta y siete años, tres meses, diecisiete días. Todos y cada uno de los cuales he pasado recluso en este refugio. El último superviviente de una gran familia que había ido menguando según pasaban las generaciones desde que la humanidad tuvo que refugiarse en La Lata. Una raza que se fue extinguiendo hasta que nos quedamos solos mi padre y yo. Y ahora aquí estoy yo. Solo en la oscuridad de la soledad.

## PARTE IV - NOCHE

Un goteo ocasional producido por la condensación me saca de mis pensamientos. El viejo sistema de emergencia se reactiva y mis ojos vuelven a vislumbrar las sombras conocidas. El resto es rutina.

Vuelta a reactivar todos los sistemas. Abro el manual para seguir los pasos uno por uno, esta vez en orden inverso. Lo primero es la barrera eléctrica desde la sala de administración. Después vuelta a las escaleras. Activar el sistema de control del soporte vital, la ventilación, el sistema de reciclaje, las calderas y los sistemas de soporte vital y por último los almacenes de frío. Otros veinte minutos de rutina. Esta vez lo realizo en el orden correcto.

Y el último paso es el reinicio. En el sistema de monitorización de la sala de control veo que la pantalla negra muestra en verde unas solitarias letras: Reinicio del sistema en marcha. Tiempo estimado de recompilado: 127 minutos.

Dejo el sistema realizando los ajustes necesarios. Decido dejar los ficheros de registro y analizar el exterior para mañana, ya he tenido demasiadas emociones para un día.

Bajo hasta los aseos del subnivel 4 y me meto en una de las duchas sin siquiera quitarme la ropa. Abro el grifo y dejo que el agua caliente me caiga encima, empapando toda la ropa. Poco a poco me voy desprendiendo del jersey, el mono y finalmente la ropa interior. Me apoyo contra la pared y permanezco un largo rato bajo el agua caliente, llorando, vaciando mi mente y mi cuerpo de todo lo vivido en el día de hoy. Cuando ya no me quedan lágrimas voy recuperándome poco a poco. Me incorporo y salgo a la sala, que a duras penas se distingue por el vapor acumulado.

Ya en mi taquilla me seco metódicamente con una vieja y áspera toalla lavada mil veces. Saco el viejo mono de lana que uso para dor-

mir y me percató del olor corporal que desprende. Otra rutina más que dejo para mañana. Termino de vestirme y me encamino al cubículo 3862. Pasillo Delta. Subnivel cuatro. Refugio 296: La Lata. Mi nicho particular. Un gran mausoleo para un único ocupante. Me arrastro dentro notando cómo crujen mis huesos y una vez dentro me acurruco contra la vieja almohada, compañera de tantas otras noches. Me tapo con la manta intentado apartar el frío de mi cuerpo. Un día más en el refugio. Cierro los ojos. Espero soñar con campos de trigo.

## EPÍLOGO

—Hemos perdido la señal de la sonda 342. Hace un segundo recibíamos la señal de la radio-baliza y ahora solo recibimos estática.

—¿Hemos logrado recopilar algún dato antes de que se abortase la transmisión?

—No, señor. Los datos que recibíamos eran intermitentes, pero no hemos detectado ninguna actividad que nos haga pensar en algún superviviente en la zona. Las métricas que hemos recibido indican un rastro residual de energía en el interior pero los niveles registrados no han resultado significativos para indicarnos que el asentamiento estuviera habitado. El sónar no mostraba actividad nanotécnica en la zona de sondeo pero a la vista del resultado debimos pasar algo por alto.

—Señor, la sonda 343 ha empezado a emitir. ¿Activamos el protocolo de contacto?

—Alférez, anote en la bitácora que el refugio 296 también ha caído víctima de la ecofagia. La zona está muerta. Abra una nueva entrada en la bitácora. Iniciando protocolo de aproximación al refugio 297. Comiencen la monitorización de la sonda 343.

## FIN







# VISIONES

*Ilustración de Omar Moreno Melcón*

Quizá la peculiaridad más llamativa de todas las que presenta la raza humana sea su ánimo explorador. Es curiosa porque no es una cualidad inherente a todas las personas, a diferencia de lo que sucede con el resto de especies animales nómadas que habitan la Tierra, que comparten en grupo y sin excepción la necesidad de trasladarse. Muchos pájaros recorren miles de kilómetros en sus migraciones, los rumiantes se enfrentan a inmensas expediciones para buscar pastos más frescos, algunos peces y mamíferos acuáticos pasan su vida recorriendo el globo (y pasando de entornos de agua dulce a agua salada). Pero lo hace toda la especie, no solo unos pocos. Y en definitiva, estas enormes expediciones se resumen con un objetivo: encontrar. Encontrar comida, calor, pareja, agua. Aprendido en la manada por llevar desde el comienzo de la especie recorriendo la misma ruta con el mismo objetivo o cincelado en los genes como un impulso irresistible. Entre las personas esto no es así. Muchas son felices permaneciendo toda su vida en el mismo lugar, conociendo solo de oídas la existencia de tierras diferentes. Pero a menudo nacen personas con el irresistible impulso de la exploración. Dejando de lado seguridad, comodidades e incluso a los de su misma clase. Pero saben que hay algo más allá que no conocen, como ante la sed o el hambre, se sienten impulsados a satisfacer esta perentoria necesidad utilizando todos los medios a su disposición.

Ante esa necesidad de exploración hemos cartografiado toda la superficie de la Tierra, hemos visitado los polos, subido a las montañas más altas y bajado a las profundidades del océano. Hemos llegado hasta la Luna y hemos vuelto, atreviéndonos a mirar mas allá del abismo infinito que suponen los límites del Sistema Solar. Allí nos esperan nuevos mundos, incontables galaxias y la esperanza de que algún día nuestras ansias de descubrimiento nos lleven más allá de los límites de nuestro pequeño planeta.

Pero parece que hemos pulsado un botón de pausa y no se ve cercano el momento en que vayamos a dar el salto que nos hará conquistar las estrellas. Los numerosos recortes a proyectos de investigación científica han hecho que la exploración ocupe uno de los últimos lugares en las actuales prioridades de los Gobiernos. Deprimente.

En este estado de ánimo, un pensamiento cruzó mi mente como un pequeño picor que no podía dejar de sentir. ¿Que ocurriría si un desastre en órbita detuviese para siempre la exploración espacial? ¿Y si eso fuera causa de que el ser humano dejará de mirar más allá de su entorno inmediato?

Así surgió el tema central de las «Visiones» de este número de la revista, como un exorcismo contra una posibilidad remota que sinceramente deseo que no ocurra.

Disfruten con lo que nos han preparado nuestros autores.

El editor.

## SEGUNDA HISTORIA

### por José Luis Carrasco

3 de marzo,

He vuelto a casa. El viaje ha sido rutinario, por no decir aburrido: tormentas eléctricas, vórtices girando en el océano, como suele pasar en aguas profundas y uno de los motores, solo uno, por suerte, ha sido alcanzado por un rayo y hemos tenido que tomar tierra con escolta.

Al deshacer la maleta y ordenar los papeles he encontrado el billete de monorraíl a Kioto y me he acordado del viejo Toshiro. Es extraño, lo conocí hace apenas tres días y ya no me acordaba de él en absoluto. Ha sido una suerte haber visto el billete, de otro modo creo que todos mis recuerdos de esta historia se habrían esfumado.

Toshiro es un ingeniero retirado que ahora dedica sus muchos ratos libres a la pesca. Pasa con seguridad de los noventa años y asegura haber trabajado medio siglo en una fábrica de aluminio. La edad debe confundirle, porque yo hago negocios con todos los productores de aleaciones de Asia y no he reconocido el nombre de su empresa. En realidad, si lo pienso un poco, no ubico ninguna fábrica en muchos kilómetros a la redonda. Qué raro.

La vivienda del viejo Toshiro es un desastre. Ajena a cualquier interés por el orden y la limpieza, su cocina olía a rayos. Eso sí, la biblioteca se conservaba cuidada y sin una pizca de polvo. El hombre conserva todos sus libros normales y, además, una copia de cada uno en braille. Llamaba la atención su descomunal colección de mitología griega. Kioto sigue siendo una ciudad religiosa, pero nunca imaginé encontrar enciclopedias de tal calibre, y me resultó irónico que un hombre ciego atesorara con tanto mimo esos tomos.

Nadie en el barrio le hace mucho caso. Toshiro protesta de una inmerecida fama de loco y se le nota con ganas de hablar. No ayuda su propia condición: un accidente le dejó ciego y calcinó sus cabellos. Él llama al suceso «el gran apagón». Estaba pescando en la isla de Toshi, a la que viaja cada verano de vacaciones, cuando una gran llamarada descendió de los cielos,

privándolo de la vista y quemando toda su piel. Desde ese día ha sufrido pesadillas cada noche y rehúye el contacto de sus vecinos. No quiere ir al médico para tratar sus dolencias por las abrasiones. Sigue yendo a Toshi una semana al año, a pescar, aunque protesta porque últimamente solo saca chatarra y basura. Dudo que hubiera salido de casa de no haberme oído pedir ayuda al perderme por su barrio. La historia me pareció una fantasía total. A mí, al menos, no me sonaba ninguna catástrofe de esa envergadura, pero sentí pena y nos servimos un té para continuar la charla en su salón.

Aparte de su accidente, al señor Toshiro le importa todo un bledo excepto los mitos. Se pasó el rato divagando sobre la creación del universo, de cómo emergió Gea, la Tierra, del Caos, y dio a luz a Urano, con el cual engendró a los titanes, de los que descienden Zeus y los demás dioses. En un momento un poco incómodo, Toshiro agitó los brazos y subió el tono de su apagada voz al intentar explicarme que la Historia se acabaría pronto, igual que él había terminado de leer los libros de su casa. Y que solo restaba que otra persona empezara a leerlos de nuevo. El anciano temblaba y babeaba, y al tratar de asirme por un brazo derramó mi taza de té y las pastas por mi camisa y la alfombra.

Se deshizo en disculpas y recuperó la compostura, y aunque yo no saqué más el tema, la comodidad del encuentro se había perdido. Recuerdo otro detalle curioso: el señor Toshiro cogió de una estantería un paquete de pañuelos y me dijo que me limpiara. Antes de tirar el té. Yo me quedé con la boca abierta. Él no pareció darle importancia.

Nos despedimos en la calle, y cuando ya marchaba hacia la estación volví a escucharle. Me ordenaba consultar las hemerotecas. Repitió la palabra al menos cinco o seis veces. Asentí para quitármelo de encima, pero el hombre lloró tanto que para tranquilizarlo apunté su encargo en el billete usado del monorraíl.

El trayecto fue agradable y distraje la cabeza un rato con una revista. Las reuniones anuales con los representantes del accionariado siempre me provocan migrañas. Además los encontré más caprichosos que de costumbre. Se quejaban de lo caro que resultaba el mantenimiento de los aviones comerciales e

insistieron, más de lo razonable, en que abandonáramos la línea y nos centráramos en medios de locomoción de gasolina. Ni quisieron que mentara los coches eléctricos. Demasiada poca autonomía para viajes largos. Hasta protestaron por la mala cobertura de las comunicaciones telefónicas y alguien propuso una locura total. Creo que no me atrevo ni a escribirlo o se me quedará como una idea fija. Se portaron como verdaderos bárbaros.

A lo que iba: volver al piso ha sido una bendición. Cada vez soy más perezoso para actualizar el diario, pero hoy me he sentido liberado. Unas líneas más y me meto en la ducha. Desde aquí veo el billete del monorraíl. Esa palabra tan rara y tan larga, «hemeroteca», vuelve a mi mente. No lo puse antes por no sonar inculto, pero no he sabido qué diablos significaba hasta consultarlo en el diccionario, en casa. Quizá sí podría ir y echar un vistazo. Cuando miro internet mucho rato me duelen los ojos, y nunca encuentro nada al consultar las páginas de los diarios.

Lo he pensado mejor y voy a apuntar la sugerencia del accionista, aunque solo sea para hallar la manera de rebatirlo. Insinuaba el buen hombre, sin la mayor muestra de vergüenza, que el telégrafo resultaba mucho más fiable al viajar por hilos y que deberíamos adoptarlo y renunciar al teléfono. Y encima la práctica totalidad de sus compañeros aplaudieron con fervor. Absurdo. Aunque sí concedo que últimamente se oyen fatal las conferencias. No sé, quizá me cerré con demasiado fervor a la propuesta. Voy a la hemeroteca y luego sigo escribiendo. Tengo la sensación de que cada cosa que ha sucedido hoy está conectada de alguna manera.

Así que «el gran apagón». ¿Cómo lo he podido olvidar? Fue un cataclismo impresionante. La estación espacial internacional, en correcto funcionamiento durante décadas, interrumpió todo contacto sin motivo alguno con la base y en treinta minutos se precipitó a la Tierra, consumiéndose entera en la atmósfera. No había caído en la cuenta, pero desde entonces se abandonó el programa espacial en todo el planeta. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Los periódicos informaron con gran detalle y he impreso las ediciones de los días sucesivos. Ocurrió en el Pacífico occidental, en las coordenadas, 34.532°N 136.9126°E, frente a la bahía de Ise. Tiene gra-

cia, pero es muy posible que... ¿cuál era su nombre?... el señor Toshiro fuera la persona más cercana a la colisión. Eso explicaría su ceguera, la caída del pelo y las pesadillas.

Quisiera preparar la cena, pero estoy cansado y no me apetece utilizar el hornillo. El microondas lleva estropeado una semana y no encuentro técnicos que se ofrezcan a repararlo. Ni que mi dinero fuera peor que el de los que les llevan la radio o la batidora. Creo que voy a echarme un rato y luego ya veremos.

Un vendaval ha sacudido las ventanas a portazos. Al despertar, he encontrado el jarrón en el suelo, roto en añicos, y las flores desparpilladas. Tampoco ha sido buena idea la siesta, no he tenido más que malos sueños. En uno me encontraba frente a una caja rectangular. Dentro, ardía un fuego azulado de una potencia enorme que abrasaba mis dedos. Con unas pinzas extraía el fuego. Luego comprobaba que la calle entera estaba llena de cajas de diferentes tamaños. Me he lavado la cara en el baño para despejarme. Mi frente ardía, y la sangre bombeaba mis venas a toda velocidad. Sentado en una silla del despacho y después de tomar una aspirina, he afrontado las cosas de otro modo. Ojalá pudiera parar un segundo, tomármelo con calma y no dar tanta importancia a estos asuntos, porque me están pasando factura. Tengo frío. Froto mis manos y me duelen; están peladas, como quemadas por el sol. Es la última vez que paseo por Kioto sin crema protectora.

El calor que emana de la taza de café me alivia. No hace falta beberlo, tan solo pongo las manos alrededor y noto su calidez. Aspiro el aroma y juego a balancear el líquido y encontrar formas curiosas en los surcos. Por la superficie exterior de la taza descienden regueros como estalactitas o pináculos de una catedral que apuntan eternas al cielo. Lo cual me recuerda el gran apagón del señor Toshiro. Me pregunto si habré soñado nuestro encuentro en esta siesta maldita. Las piezas de la historia encajan con una simplicidad diabólica. Toshiro, el hombre que pesca en Toshi. Dos nombres muy parecidos. Un ingeniero que ha trabajado en el mismo sector que yo. El inconsciente no se ha esforzado mucho para imaginarlos. Y qué casualidad que justamente presenciara él la hecatombe del Pacífico. El ciego vidente de la espiritual Kioto.

Miro, sin embargo, el billete, con la palabra «hemeroteca» escrita en él y concluyo que fue real, y en mi cabeza desbordan los fogonazos mezclados. Me asomo, por ejemplo, al pasillo. Desde aquí veo la cocina, con el microondas roto. He ido a verlo. Lo he abierto con un destornillador. Tenía un fusible quemado. Basta con reemplazarlo y el microondas funcionaría. No entiendo por qué los técnicos dicen que es imposible de arreglar. Yo, que no sé nada de electricidad, lo he descubierto. Ha sido el sueño. Sus imágenes me han ayudado a entender. Igual que el señor Toshiro supo de la mancha de té en mi ropa.

Oteo por la ventana. Nubes pasajeras corren con prisa y a través de ellas, un avión, y opino que es un descalabro abandonar su uso. Me siguen picando los dedos. No sé por qué le di la mano a Toshiro, un gesto occidental que rara vez admito. Temo que me haya contagiado algo. Consulto las especialidades del centro médico de mi zona. Echo en falta dermatología y otro puñado de ellas. ¿A qué aludía Toshiro? Algo del fin de la civilización.

La vuelta al Caos.

El señor Toshiro tuvo suerte. Solo perdió la vista. Para los demás, el reloj gira al revés. No debo estar así, quieto, sentado. Algo más escapará de mi razón. Ignoraré un principio físico, rechazaré la electricidad, escogeré un caballo antes que el tren. El proceso ha comenzado. Ya negamos las estrellas.

Los periódicos nunca reaccionaron al abandono de la carrera astronómica. Cerraron las secciones de ciencia, preguntándose, como sus lectores, qué significaban esas quimeras. En cambio, yo las comprendo. Desde mi encuentro con aquel pescador, desde que nuestras manos chocaron, las comprendo. He hecho una prueba más y me he sentado frente al juego de ajedrez de mi ordenador. Nunca lo había abierto. No conozco las reglas, no he jugado en mi vida. Muevo una pieza y de inmediato sé la que va a mover la máquina. Primero el peón, luego el caballo, luego el alfil, al que dejan sitio libre las piezas anteriores... Sigo sin saber la lógica del juego, pero veo lo que pasa... y lo que va a pasar.

En los restos incandescentes de la aeronave, que ahora duermen en el fondo marino, viajaba la amnesia. Quizá sea un trauma colectivo y nada más. La constatación de que somos hu-

manos y que podemos fracasar. Quizá algo más llegara dentro de la nave. Un virus, una enfermedad que nos lobotomiza, una entidad inteligente, quién lo sabe.

Pero la explosión traía un efecto secundario. Nos ha dado, a unos pocos, la clarividencia. ¿Lo recibió Toshiro por la proximidad? ¿Pescó el anciano un fragmento de la estación, ahora chatarra, y su contacto le concedió el don? Me pregunto si yo lo podré transmitir a otros por el tacto, igual que él a mí, o si tendré que convencer a la gente solo con mis palabras. Pronto lo sabré. Mientras nos queden medios de expresión en masa, aún quedará una oportunidad. No hay mucho tiempo.

Ojeo un libro de mitología. Los dioses son caprichosos. Maldicen a la humanidad y al mismo tiempo escogen al héroe que debe salvarlos. Perder la vista y el cabello es mi destino. Igual que mi amigo el pescador, igual que el sacerdote de la Antigua Grecia, Tiresias, la ceguera del mundo físico me dejará ver la realidad futura.

Yo no soy un ermitaño como el señor Toshiro. Yo soy ordenado, comunicativo, y persevero. Yo hablaré al mundo de la evolución. Llevaré un bloc de notas mañana a Kioto, cuando vuelva a visitarle. Tengo muchas preguntas para él. Sé que recordará el camino. Mis pesadillas van a iluminarme. Para que termine el reino del Caos y el tránsito hasta los titan y los nuevos dioses nos alcance pronto.

## LLUVIA CELESTIAL por Amelia Franquelo

La primera vez que mi padre subió a la estación espacial yo era demasiado pequeña como para darme cuenta de lo que eso suponía. Es más, ahora puedo decir que no tenía ni idea de qué quería decir eso para mí, para él, para nuestra pequeña familia o para la humanidad. La pequeña cabecita que descansaba sobre sobre mis hombros pensó que él se iba porque yo había sido mala aquella tarde. Porque no quise prestarle mis juguetes a mi primo y porque aunque Mamá me regañó yo no le hice mucho caso, y seguí pensando que la razón estaba de



mi parte. Entonces él hizo su maleta, recogió algunos de sus libros, nos dio un beso a cada una y se fue con viento fresco.

Ella me explicó que volvería, que tenía trabajo que hacer. Incluso cometió el error de decirme que Papá se iba al cielo, a ver las estrellas. Así que lloré desconsoladamente durante horas y ella tuvo que poner patas arriba varios ministerios para conseguir una comunicación con él. Al principio ese tipo de contactos estaba restringido y se reducía a conversaciones telefónicas que incluían únicamente sonido, sin imágenes. A pesar de que escuchaba una voz al otro lado del auricular yo no estaba nada convencida y tenía la teoría de que él nos hablaba «desde el otro lado». No iba desencaminada, claro, pero no era tal y como yo creía. Simplemente estaba a cientos de kilómetros por encima de nuestras cabezas; haciendo alguna cosa secreta, misteriosa y de vital importancia para la humanidad. Durante años seguí diciendo en el cole que mi padre estaba en el cielo, rodeado de gordos angelitos, y que hacía pipí con ellos para provocar la lluvia. Mis amigos me miraban con cara de asco y se aferraban a sus juguetes. Algunos incluso lloraban cuando llovía y se negaban a jugar en los charcos del patio. No quiero ni pensar lo que Freud habría tenido que decir sobre mis ideas respecto a mi padre y sus labores espaciales.

Cuando me hice mayor y decidí que quería ser astronauta como él, mi visión del asunto cambió. Descubrí la cantidad de información que había que aprender para poder subir allí arriba. Las incontables horas de entrenamiento y prácticas en laboratorios con microgravedad. La parafernalia patriótica que envolvía todas las operaciones espaciales, cubriéndolas de toneladas de sinsentido y formalidades protocolarias. Años y años de mi vida adquiriendo datos inútiles que en teoría me podrían salvar la vida a 400 kilómetros de la superficie terrestre.

Pasó el tiempo, pasé cientos de exámenes. Hasta que un día por fin estuve dentro del programa, era una de las elegidas para representar la gloria de mi país. Llevar al espacio lo más refinado de la tecnología de mi cultura. Hacer grandes experimentos que nos llevasen a todos a lo más profundo del espacio. Una fiesta de descubrimientos de incalculable valor en bio-

logía, física, medicina, mecánica, cristalografía, materiales... ¡Y una mierda!

Subir allí arriba es, sin lugar a dudas, una gran cagada. Te preparan psicológicamente, claro. Pero una de las bases de esa preparación consiste en no contarte toda la verdad sobre lo que te vas a encontrar dentro de La Gran Lata Voladora. Ventiladores corriendo las veinticuatro horas del día que provocan un ruido atroz, objetos volando de acá para allá. Si no amarras bien tus pertenencias desaparecen en cuestión de minutos. La comida es indescriptiblemente mala. Lo que hubiéramos dado por una grasosa hamburguesa chorreante de queso y ketchup. Habría sido una comida mil veces más saludable que la caca enlatada y envasada al vacío que nos entregaban. En ningún sitio venían los ingredientes de los mejunjes que devorábamos a falta de algo mejor, supongo que con el objetivo de que no lanzásemos aquella mierda al espacio. Por si todo esto fuera poco los pequeños módulos estaban llenos de cámaras, cables y demás circuitería. Todo convenientemente etiquetado e identificado. El espacio que quedaba para moverse era bastante reducido. Cuando no nos daba la luz del sol podía llegar a hacer un frío espantoso en alguno de los laboratorios. Aun así trabajábamos a destajo. Bueno, al menos lo intentábamos. No penséis en absoluto que se trataba del trabajo sofisticado o puntero que nos vendían a todos en la Tierra. No éramos más que administrativos espaciales. Constantemente registrando mediciones en cacharros que se caían a pedazos, heredados de la madre MIR. Escribiendo en cuadernos amarillentos con lápices y bolis Bic. Así pues, solo había dos cosas que hicieran merecer la pena el viaje a la ISS: las vistas y el sexo.

Mi padre, grandísimo cabronazo, por supuesto nunca confesó nada sobre lo segundo. Sus interminables relatos siempre tenían que ver con la observación de la cercana Tierra desde las escotillas. Los fogonazos de las tormentas sobre la superficie de África. Los huracanes avanzando lentamente sobre las islas caribeñas. La inevitable aurora boreal con su tonalidad verde alienígena. Pero de lo otro no dijo ni palabra. Supongo que mi madre no lo habría encajado bien. Él mencionaba el regalo

que suponía la camaradería de la tripulación. El compañerismo allí en las estrellas. Hagan sus conjeturas tal y como las hice yo cuando tuve uso de razón. Para ello tengan en cuenta que en su época casi todos los astronautas eran hombres.

Mis mejores polvos han tenido lugar por encima de la atmósfera terráquea. Antes, durante o después de una interminable jornada de trabajo repetitivo y aburrido; de charlas con estudiantes llenos de acné de medio mundo; de formales conversaciones con emocionados politicuchos de mi país. Todo un rollazo de no ser por el añadido de excitación y placer. ¿Qué sentirían ustedes sabiendo que se la están machacando dentro de un cacharro que ha costado millones? Millones que han salido de las economías de variados países del mundo. Usted y unos pocos elegidos están flotando en medio de la nada y qué mejor manera de celebrar el júbilo de haber llegado a dominar los cielos que echando un buen casquete.

A eso nos dedicábamos todos, con fruición, en cuanto el inevitable estrés espacial mordisqueaba nuestros atrofiados tobillos. También se podía correr en alguna de las cintas que había a tal efecto en un par de módulos. Hacer deporte en los improvisados minigimnasios. Pero el efecto no era el mismo. La sensación de liberación y abandono de la microgravedad a lo que realmente beneficiaba era a un buen orgasmo, compartido o en solitario.

En mi actual viaje tuve la suerte de encontrarme, por fin, con Vasya Shishkin, toda una leyenda de las estrellas, que además estaba a punto de retirarse. Una de las rusas, Svetlana, me había comentado que el tipo era una máquina a sus cincuenta y tantos años. El Oso de los Urales, lo llamaba. Al parecer, semejante macho descendía de una familia de mineros siberianos, hombres curtidos en mil batallas. Un ejemplar que sin duda alguna no podía perderme. El hecho de que esta fuera su última ascensión a la estación espacial dotaba a mi plan de un chispeante tono de homenaje. «Por los servicios prestados, Vasya», pensé mientras me encaminaba a uno de los tres módulos deportivos. Pero resultó que no se encontraba allí, sino que estaba sustituyendo al astronauta brasileño en los paneles de mando. ¡Qué demonios! Si va a ser un auténtico homenaje, el me-

jor sitio para llevarlo a cabo es el módulo de control. Me aseguré de informar a Svetlana, para que evitara que nos molestasen y me lancé a por mi presa.

Lo primero que hice fue dejar un par de mensajes para posibles visitantes en las dos secciones adyacentes. En la primera até mi sujetador, immaculado y prominente, a un par de enganches en las paredes, de tal modo que quedó colgando en medio del habitáculo y resultaba imposible evitarlo al pasar por allí. En la siguiente, evitando de milagro ser descubierta por Vasya, abandoné mis bragas en el mismo estilo. El Oso de los Urales golpeaba con contención el monitor de uno de los equipos, cuya imagen no cesaba de parpadear. A su alrededor, miles de objetos, más o menos inútiles, colgaban de cuerdas y pinzas rodeando a Vasya, como si nos encontrásemos en un extraño bazar árabe. El habitual exceso de ruido ambiental hacía que mi compañero fuese aún ajeno a mi presencia, así que tosí lo más discretamente que pude, por encima del sonido de los potentes y molestos ventiladores.

El ruso se volvió con parsimonia, como buen cosmonauta, y entornó sus azules ojos hacia mí. Miró a la cámara que colgaba a unos centímetros sobre mi cabeza y luego pulsó distraídamente un botón sobre el tablero de mandos que tenía a su alcance. «*Goryachaya devushka*, sabía que vendrías», dijo. Era evidente que la perra de Svetlana se había ido de la lengua, pero a mí eso me daba igual. El tono de su voz era profundo y sus palabras, llenas de significado, fueron el mejor cumplido que podía recibir en aquel momento. Eso y la larga mirada que regaló a mis tetas y mi entrepierna. Su sonrisa de aprobación dejó claro que todo lo que observaba era de su agrado, resultaba palpable que no veía el momento de probar lo que le había tocado en suerte. Palpable por el bulto que se había dibujado, torcido hacia la derecha, bajo el velcro de sus pantalones deportivos.

Impulsándome en la pared me lancé sobre él. Mis dos trenzas negras flotaron enmarcando mis facciones orientales. La sangre de generaciones de colegialas japonesas corría, algo aligerada, por mis venas. Mi flamante y maduro siberiano se despojó de su aburrida camiseta blanca y me impresionó con sus pectorales y

sus bíceps. Podría haberle musitado algunas bonitas palabras en ruso que había aprendido para la ocasión, pero el tiempo de hablar había quedado obsoleto. Alargó uno de sus brazos hacia mí e intentó cogerme por la cintura. Yo hice una finta y apoyé mi muslo sobre una de las paredes llenas de objetos. Estuve a punto de engancharme con un par de cables y aquello me distrajo de Vasya, que consiguió cazarme entre risas y soeces exclamaciones en su idioma. A pesar de estar en sus brazos di una voltereta, giré sobre mí misma y me solté de su precario abrazo. Estaba claro él que no sabía aún con quién estaba jugando.

Viendo que la cosa no iba a ser sencilla, le pareció que era buen momento para arrancarse los pantalones e igualar así la situación. Según los soltó, yo los recogí y los utilicé para hacerle una presa. Eso le cogió desprevenido, lo que me divertí mucho. Decidí aflojar un poco, pues lo mismo me estaba excediendo y mi víctima era demasiado madura para luchar tan fuerte. Pero resultó que el viejo animal de los Urales se estaba haciendo el ancianito jadeante para engañarme.

Tras un par de minutos más de combate en microgravedad le dejé enterrar sus afiladas facciones entre mis sudorosos muslos. Estaba más que dispuesta ya para recibir sus atenciones. En el espacio una siempre lo está. Los anticonceptivos de última generación que proporciona el departamento de salud de la misión son estupefactos. Eliminan la molesta menstruación durante todo el viaje e incluyen un suplemento de testosterona que aumenta tanto nuestro deseo como nuestra resistencia. Por otra parte, todos tenemos más que garantizada nuestra salud, dada la cantidad de revisiones médicas que se nos realizan. Estamos más sanos y a punto que un ejército de actores porno.

La lengua de mi bestia rusa afinaba mi instrumento como si se tratase de un carísimo violín. Sus embistes eran de lo más vehementes, pero en absoluto torpes. Sabía perfectamente qué cuerdas pulsar y cuáles dejar para el momento del *allegro molto vivace*. Sus brazos aprisionaban mis muslos y mis glúteos con pasión. Pero yo aún quería más. Le agarré de las manos con suavidad y conseguí darle la vuelta y colocarme al revés, de tal modo que yo tam-

bién tenía acceso a partes interesantes de su potente anatomía *ruski*. ¡Qué delicias tenía reservadas para mí! He de decir que Svetlana había exagerado la magnitud de los atributos de Vasya. Tenía una polla de tamaño manejable, con un simpático lunar en el glande. Pero entendía que el virtuosismo de su actuación haría crecer su miembro en mis recuerdos, tal y como habría ocurrido en las memorias de todas las anteriores mujeres. Me apresté a atraparla con mis manos antes de que el bamboleo la hiciera escapar lejos de mi alcance. En nuestra agitada flotación a lo largo de la cabina de mando habíamos ido enredándonos sin quererlo en los cientos de cables, asideros, amarres y diversos artilugios sujetos a otros artilugios. Por fin nos hallábamos atrapados en nosotros mismos, exactamente en el lugar en el que queríamos estar.

Cuando consideré que había despertado suficientemente el deseo de mi *partenaire* decidí que era hora de pasar a palabras mayores. He de admitir que hacía rato que me costaba pensar, pues el héroe de la patria se encontraba enfrascado en un imposible *prestissimo* alrededor de mi alegre clitoris, a la vez que acariciaba mis pezones con un lento y disociado movimiento. No sin esfuerzo, me desembaracé de mi afinador y logré convencerle de que debíamos encajar nuestras anatomías en el sentido más biológico del término. Luchando con la maraña de cables y pateando aquel monitor que nunca terminó de funcionar bien, nos fundimos en un abrazo casi tan espacial como animal. Yo no podía parar de reír mientras intentaba buscar el rostro de Vasya entre la amalgama de clavijas, cuerdas y objetos que habían logrado escapar de su cautiverio sobre las paredes del módulo *Zarya*. «¡Pelvis, *devuska*! ¡Pelvis!», me gritaba Vasya entre jadeos, apuntalándome tanto con su mirada como con su SS1-Scud. Yo le clavaba las uñas en los brazos, sosteniéndome cómo podía, aunque era evidente que ya se encargaba de mantenernos unidos la maraña de cosas a nuestro alrededor. Entrecerré los ojos y decidí que era el momento de abandonarse por fin. Notaba las tirantes en los músculos de todo mi entrenado cuerpo. Las fibras contrayéndose más y más, preparándose para una descarga total y salvaje.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, sin distinguir, como siempre en el espacio, arriba-abajo o izquierda-derecha. Esa sensación de no estar en ningún sitio y en todos a la vez era lo más impagable del sexo en microgravedad. Empecé a escuchar sus gritos, por encima de la cacofonía de la ventilación y otra serie de ruidos que se mezclaban con los latidos de mi corazón. Sus gritos que, seguramente debido al potente orgasmo que estaba sintiendo, me resultaban cambiantes; ora profundos, ora agudos.

Dejé derrumbarse mi atención casi hasta la inconsciencia y cuando abrí los ojos unos segundos más tarde me costó enfocar la mirada entre el maremágnum de cosas que flotaba a mi alrededor. Incluido Vasya, que incomprensiblemente parecía tener mucha prisa por soltarse de nuestra presa, algo que iba a resultarle harto imposible a menos que utilizase una cizalla. Entonces me di cuenta de que no estábamos solos. El resto de tripulantes de la estación al completo intentaba atravesar la entrada y unirse a nosotros. Svetlana llevaba mi sujetador y mis bragas en las manos, apretándolos con fuerza; sus nudillos blancos por el esfuerzo. Pensé que iba a hacerlos trizas si insistía un poco más. Menudo insigne público que habíamos tenido durante nuestra epopeya. Menos mal que el ruso había apagado la cámara del habitáculo, porque si no, el grupo de guardia en la Tierra iba a estar más que cachondo a estas alturas.

Supongo que todos gritaban vitoreando nuestra actuación. O eso quise creer en el tiempo que tuve hasta recoger los pedazos de mi cerebro que entre los acolchados cojines del sopor poscoital.

*«...sobre el Pacífico. Inesperadamente, algún error mecánico o informático ha provocado esta tremenda y terrible tragedia de la que la humanidad tardará años en recuperarse. Especialmente consternada está la familia del héroe de la patria Rusa Vasya Shishkin, que iba a retirarse en menos de una semana. Uno de los baluartes de la carrera espacial, que sin duda hizo todo lo que pudo por salvarse, a él y a sus seis compañeros a bordo de la Estación Espacial Internacional. Muy emotivas han sido las declaraciones de su hija Katia, quien ha insistido en que su padre era un héroe para todos y que ella se quedaba muy*

*tranquila sabiendo que su padre había muerto haciendo lo que más le gustaba».*

## PRINCIPIOS Y FINALES por Ricardo García Hernanz

1963

—No la jodas, Shepard —se dice a sí mismo mientras ajusta los últimos controles de navegación. Realmente es más una rutina que un procedimiento de seguridad. Casi todo es automático. Se trata de una comprobación de los indicadores que ya están monitorizando desde la sala de control del Mercury.

Después de completar la lista de chequeos no queda nada por hacer más que esperar.

No puede dejar de pensar que cada componente de toda la chatarra sobre la que está sentado ha sido construida por empresas que han pujado a la baja para conseguir el contrato. ¿Qué clase de confianza puede darte eso frente a lo desconocido? Cuando la estructura comienza a vibrar con la secuencia de calentamiento de los motores, decide que lo mejor que puede hacer es intentar pensar en algo intrascendente.

El presidente había puesto el listón muy alto ante el Congreso hacía un mes escaso. Antes de que finalizara la década había que poner un hombre en la Luna. ¡La Luna! El presidente no sabía lo que estaba prometiendo, al fin y al cabo era un político y sus promesas tenían que hacerlas realidad otra gente. Y esa gente se puso manos a la obra y empezó por donde era lógico empezar. Poner un hombre en órbita.

Los rusos se habían adelantado. Habían subido a Gagarin tan solo 23 días antes y les habían ganado la primera batalla de esta carrera espacial, como la habían bautizado los medios. Ellos tenían a Korolev y sus cohetes R-7 y los estadounidenses a Von Braun y sus cohetes inspirados en los V-2 nazis como fuente de propulsión. Solo cabía esperar que la tremenda cantidad de dinero que se estaba inyectando desde el Gobierno llegara a las manos adecuadas y acelerase el proceso. Y en ese proceso es



donde entraban las contratas y los precios de los componentes.

El cohete Redstone en el que se encontraba había costado la friolera de 1.994 millones de dólares. Y esta tremenda cantidad se veía empuñecida si se comparaba con los números de la auditoría de la NASA desde que comenzó a funcionar, primero con el proyecto Gemini y ahora con el Mercury. Y aun así Shepard era consciente de la necesidad de abaratar costes y no podía dejar de pensar en si todos esos componentes y botones que tenía delante de él se comportarían correctamente.

Finalmente, control de misión da luz verde al despegue. Comienza con una vibración que se va incrementando paulatinamente.

Combustible correcto. Presión de la cabina correcta. Niveles de oxígeno correctos. Baterías correctas. El proceso de comprobaciones es tedioso pero necesario.

Pasados un par de minutos, la vibración desaparece y el vuelo comienza a ir suave. El resto va como la seda.

Alcanza el vuelo suborbital siguiendo la ruta planificada y observa la bola azul y blanca que llamamos Tierra.

—Aquí Freedom-7 —informa Shepard—. Nubes sobre Florida. Puedo ver Okeechobee. Identifico la isla de Andros y los arrecifes. El control es suave. Retropropulsor uno, muy suave. Retropropulsor dos. Retropropulsor tres. Todos los retropropulsores han sido activados.

—De acuerdo. Los tres retropropulsores se han activado. Repliegue de vuelta el periscopio —informa control de vuelo.

—Negativo. Cambiando a modo manual.

—De acuerdo.

—De acuerdo. No tengo luz verde. Repito. No tengo luz verde. Veo unas correas desprendiéndose. He escuchado un ruido. Voy a intentar procedimiento de anulación. Anulación activada, luz verde.

—De acuerdo.

—El periscopio se está replegando. Estoy en vuelo manual. Preparado para reentrada.

—De acuerdo. Modo de reentrada, cambiado a modo automático.

El control de vuelo dirige la reentrada de manera remota. Para Shepard el trabajo ha terminado.

El vuelo dura 15 minutos en total. Un tiempo escaso, piensa Shepard, le gustaría quedarse más y disfrutar de ese momento, pero los políticos han conseguido su objetivo y los técnicos de la NASA han decidido que solo permanecería el tiempo necesario para recoger los datos necesarios para la siguiente fase del proyecto.

Más tarde, a bordo del USS Lake Champlain, Shepard contesta las preguntas de los periodistas por radio desde la cámara de aislamiento donde deberá permanecer la cuarentena obligatoria. Una vez terminado el protocolo y la atención a los medios, tres técnicos del control de misión de a bordo se acercan a la cámara y le preguntan con rostro preocupado.

—¿Que ha pasado ahí arriba Shepard? ¿Qué pasó con esas correas?

Shepard está acostumbrado al férreo control de calidad de los técnicos, que siempre ha chocado con la actitud desenfadada de los pilotos del proyecto Mercury. Se gira hacia ellos.

—Parece que alguno de vuestros chicos no contó con que no habría gravedad ahí fuera. Las correas se quedaron flotando y se engancharon con el periscopio. Ahora flotan ahí arriba por los siglos de los siglos. O quizás alguien decidió ahorrarse unos dólares. ¿No creéis?

Los técnicos anotan sus palabras mientras repasan los diagramas y planos del control de misión, anotando algo que Shepard no llega a ver.

—Venga chicos. Fue resuelto de manera ordenada. Siguiendo el manual. No os preocupéis.

Un marinero se acerca y da unos golpes en la ventana de la cámara donde se encuentra.

—Comandante Shepard. Su esposa se encuentra en la radio.

—Caballeros, si hemos terminado me gustaría hablar con mi esposa para decirle que estoy de una pieza.

Los técnicos de control de misión terminan de anotar y se marchan, mientras Shepard coge el trasmisor.

—Hola Louise. Ya soy el americano que ha volado mas alto y mas lejos. ¡Lo conseguí!

2041

—Dios, por favor, no permitas que la joda —se dice a sí mismo Newman, repitiendo

el mantra que se había convertido en tradición entre los astronautas de la agencia.

Era un momento especial. El estreno del nuevo trasbordador que llevaba una década construyéndose. A finales de los treinta se decidió convertir la Estación Espacial Internacional en un astillero en órbita para la construcción de astronaves que hicieran de puente para las expediciones que debían montar una base permanente en la Luna.

La idea no era nueva, a finales del siglo anterior se había hablado mucho sobre la necesidad de una instalación de este tipo para potenciar la exploración de la Luna, Marte y los satélites más cercanos.

Eso fue entonces, cuando la ciencia estaba por encima de cualquier diferencia política o económica en las prioridades de la exploración espacial. Después vino la gran crisis económica y todo se paralizó. Ya no se consideró rentable invertir en ver cómo la geometría de una tela de araña cambiaba en gravedad cero. La ciencia pasó a un segundo plano, perdida en un océano de macroeconomía enfurecido por el que navegaban los países sin entender muy bien las pautas de la tormenta que tenían encima.

No fue fácil salir de la crisis; durante el trayecto, muchos de los derechos conseguidos en los años anteriores fueron destruidos por los políticos en busca de las pautas que permitieran a los países solventar los problemas a los que se enfrentaban. El mundo se polarizó en dos grandes bloques. Los viejos y moribundos países occidentales, con los Estados Unidos a la cabeza, se empeñaban en buscar una salida a base de ahondar más si cabe en el capitalismo desbocado que había producido los primeros atisbos de la crisis; en contraposición estaba China, como líder de los países emergentes, que atacaban con estas mismas armas del capitalismo pero ofreciendo un control férreo sobre sus importaciones y creando una confederación de países que se ayudaban económicamente.

Las colonias tomaban el relevo en un acto que no carecía de ironía. Todo esto acabó con el aislamiento del bloque occidental, que finalmente tuvo que claudicar y asumir que el orden mundial había cambiado.

En el pasado, el bloque occidental había esquilmo los recursos naturales en aras del capitalismo; ahora, el bloque emergente se encontraba con que ciertos recursos eran escasos o prohibitivos. Y, evaluando costes, volvieron a mirar a las estrellas. La Luna y el relativamente cercano cinturón de asteroides se vieron como una fuente inagotable de materia prima que solamente había que recoger. El problema era que había que llegar hasta allí, realizar la prospección y volver. Y para ello era necesaria una infraestructura espacial de la que carecían.

El tratado de 2033 sirvió para que el mundo se mostrase unido por un objetivo común. Los viejos rencores fueron olvidados y se alcanzó un acuerdo para reactivar la Estación Espacial Internacional y convertirla en el astillero que siempre debió haber sido. Desde ahí, saltar a las estrellas para robarles el mineral sería una cuestión de tiempo y dinero.

El tratado se vio también como una oportunidad de relanzar la economía en un esfuerzo conjunto en el que no había más competición que la de conseguir contratos; para evitar una guerra corporativa que no habría tenido precedentes, se decidió asignar cuotas a los diferentes bloques y países que participarían en el proyecto. Todo el mundo tendría un pedazo del gran pastel que se iba a repartir. La economía de todos se vería beneficiada.

La primera parte del proyecto fue la construcción de un nuevo tipo de transbordadores espaciales para poder realizar las labores de mantenimiento que iba a necesitar la Estación Espacial Internacional. Se recuperaron viejos proyectos y se mejoraron. La construcción se llevó a cabo repartida entre China, la India, Rusia, la Unión Europea, EE. UU. y Japón. El dinero fue aportado por los países productores de petróleo, que habían puesto sus esperanzas en el cielo para lograr mantener un estatus que se iba agotando como las reservas petrolíferas que aún les mantenían en lo alto.

El proyecto recayó bajo dirección estadounidense y se le llamó Cronos para continuar con la tradición en la nomenclatura de las misiones espaciales de la antigua NASA.

—Control de misión. Aquí el Cronos-3. Iniciando maniobra de aproximación para anclaje

con la Estación Espacial. Se ve que ese cacharro necesita un repaso. Veo algunas placas solares que se han desprendido.

—Aquí control de misión. Inicie el protocolo de aproximación. Informe de cualquier eventualidad.

—Aquí Cronos-3. Entendido. Lebieer, compruebe el radar de aproximación y avise cuando tengamos luz verde para realizar la aproximación.

—Sí, señor. El radar indica luz verde. Todas las mediciones son correctas.

Newman va corrigiendo la órbita con pequeños destellos de los propulsores secundarios hasta que la rejilla de anclaje se alinea con la rejilla de la Estación.

—De acuerdo. Control de misión, iniciando maniobra de aproximación. Acoplamiento en T menos 30 segundos.

Comienza la maniobra de aproximación. Es un proceso casi automático. Los ordenadores y el radar de aproximación se encargan de casi todo.

De repente varias luces del panel de propulsión se encienden en rojo. Una alarma comienza a sonar y toda la tripulación comienza a revisar el protocolo.

—Control de misión. El propulsor secundario número tres se ha atascado. Está en activo y parece que hemos sufrido alguna especie de explosión.

—Cronos-3. Intente corregir el rumbo. Se encuentran muy cerca de la Estación.

—El resto de propulsores no responden. Parece que tenemos un fallo generalizado en la electrónica.

—Cronos-3. Han derivado hacia el costado. Están entrando en rumbo de colisión. ¡Corrijan el rumbo y salgan de ahí enseguida!

—Los sistemas secundarios de control tampoco responden. Nos acercamos a la Estación.

—Cronos-3. Pónganse los casos y prepárense para colisión.

—No creo que tengamos tiempo para ello. Tripulación, prepárense. Impacto en 10, 9, 8, 7, 6...

El transbordador derivó e impactó contra la Estación rompiendo su ala y llevándose parte de la sección de investigación. Un fuego secundario ocasionó una explosión en los tanques de combustible y toda la tripulación murió al instante.

El destello producido por la explosión se pudo ver a la luz del día desde la Tierra.

Los dos tripulantes de la Estación intentaron controlar los daños, pero había demasiadas fugas y la presurización falló. Lograron alcanzar una cápsula de escape y sobrevivir, pero fue un desastre que nadie había previsto.

Días más tarde, la Estación realizó una reentrada sobre el Pacífico en un espectáculo de luces que marcó el final de los sueños de exploración espacial de las agencias implicadas. Los políticos consideraron que el gasto no compensaba los riesgos.

El programa espacial se metió en un cajón para no volver a abrirse nunca más.

La investigación posterior de la telemetría de la misión y las imágenes captadas antes de la explosión determinaron que no había ocurrido ningún error humano. Un objeto extraño había interferido con el propulsor secundario número tres produciendo un cortocircuito que había hecho imposible controlar sus impulsos. Con la explosión, el problema de electrónica se generalizó y la reacción en cadena de fallos produjo el desastre.

En uno de los vídeos previos a la explosión se pudo observar cómo unas correas de cuero se enredaban en el sistema de propulsión.

*"Viraron las estelas en el último segundo tras un brusco intercambio de descargas láser. Foah buscó con la mirada el último objetivo de los rayos: fue un alivio verlos levantar polvo y barro muy lejos de las casas del pueblo."*





# TRES PARES DE BOTAS SACUDIERON EL POLVO

*Por José Luis Carrasco*

*Ilustración de Ricardo García Hernanz*

## PRÓLOGO: PATER OPERATOR

Tres pares de botas sacudieron el polvo al descender por la pasarela. Las de Malkiel portaban el emblema de su familia, los Seletiste; un esturión torvo de bigotes rectos sobre fondo rojo, más las siglas «PO», acrónimo de Pater Operator, sobrenombre que adoptó el día que dejó de ser un niño, según la tradición de su clan. Se lo había adjudicado al sustituir sus destrozadas piernas por unas mecánicas, amputadas por él mismo al androide que le mutiló en su infancia. La pugna fue en el cuartel del enemigo y terminó con Malkiel embadurnado en grasa y líquido refrigerante, lisiado, furibundo y auto-proclamado jefe heredero de la familia comandada por su padre. Su banda se quedó muda en el salón de techo alto y pasillos deshabitados. La adaptación había llevado meses. Ahora sentía las piernas como suyas, y tras varios años de aclimatación y reposo, sentaba bien hollar la tundra y no palpar las irregularidades del terreno en su carne, a través de las suelas de sus botas.

A su espalda la tropa hacía tintinear sus armas. Salió Benshem, guardaespaldas de Malkiel y el tercer hombre de la comitiva, las piernas extendidas, seguras sobre el terreno, su líder siempre a la vista, él clavado como un compás. La Tejedora había virado despacio, escoltada la embarcación por dos chorros simétricos de vapor salidos de sus turbinas, acompañantes de las nubes que casi a ras de suelo acariciaban la parca vegetación de la zona, en un aterrizaje meticuloso, su rectangular sombra, cada vez mayor, estampada en las rugosidades del sediento liquen. El ceñudo Adriel, oficial de puente, había dado la orden al piloto al timón que aterrizara la Tejedora con la señal intermitente de tres medios tonos: grave, agudo, grave.

En el horizonte, puñados de casas diseminadas alrededor de una fuente de piedra planaban cara a la ausencia. Un serio rectángulo de tierra rodeado de aparejos para una treintena de obreros insinuaba una construcción ambiciosa. Dos de los tres soles, aún arriba en el firmamento, como a punto del desplome, parecían henchir la vastedad de su circunferencia sobre los toscos edificios y la aeronave del

clan. Esta se encajó con suavidad en un pasillo de arena entre dos grandes rocas, al abrigo de los vientos. Las luces de emergencia se encendieron al mismo tiempo que se extraía del todo la ancha pasarela metálica por la que descendería la tripulación de la Tejedora.

Malkiel esperó a que su segundo oficial, Adriel, les alcanzara, y ordenó el avance con una señal. No tardaron en tomar la fuente situada en el centro exacto de la plaza, mientras un escuadrón de sus hombres se preparaba para cubrir la retaguardia. En un movimiento parejo, una serie desordenada de aldeanos acudieron al reflejo de la débil luz en la taiga; llegaron a su encuentro a la vez que el grueso del grupo. Cubrían sus cuerpos blancos y delgados con ropas trasquiladas y de sus cinturones no pendían armas sino arreos de campesino. El mayor y más vetusto se puso en cabeza, y Malkiel levantó sus blancos cabellos con una sonora bofetada.

El resto del pueblo se postró de hinojos, avergonzado y sumiso, y solo quedó el anciano en pie, sus nudillos paliduchos de ira y su rostro cocido de rojo sanguíneo.

—Tú también puedes —susurró Malkiel, tan bajo que solo el anciano le oyó—, no necesitas permiso. Ante una audiencia pequeña, hasta desparasitar a un perro es un espectáculo.

—Nadie en Netsis tiene malas pulgas —el hombre sonrió, la voz alzada por encima del susurro del capitán— y aunque llegue a respetarte, no será imitándote. Yo gano de otro modo el apoyo de mi pueblo. Olvidaré la afrenta pero no permitiré una segunda. Dime, ¿cómo te puedo ayudar?

—No necesitamos recursos ni combustible, tan solo un lugar de descanso. La travesía ha sido larga y fastidiosa. Déjanos un tiempo aquí.

—No me corresponde concederlo; el tiempo es caprichoso, salta y corre a su gusto. Solo hay una cosa que quiero retener en mis manos, y son las vidas de los míos. Lucharé por ellos hasta que la última gota de arena caiga y aún más allá, si la inercia ayuda a mi cuerpo a descargarse la espada. Salvo en eso, nuestro pueblo es tu hogar. Bienvenido.

Los dos hombres asintieron y sus manos chocaron en un fuerte abrazo. Como si fuera la señal convenida, y sólo ella permitiera actuar,

la tripulación emprendió el regreso a la Tejedora. Lo mismo pasó con los del pueblo, que una vez más por una suerte de réplica, se dieron la vuelta y entraron en las casas blancas. Era una tarde tibia de primavera rociada de nubes finas, desparramadas en gajos blancos por el cielo. Los tripulantes formaron el campamento a las afueras del poblado y pronto el aroma de las hierbas dominó el ambiente. Malkiel en persona instaló su tienda en una elevación desde la que observaba el modesto entrelazado de calles de la pequeña Netsis, incluyendo los cimientos de piedra de la construcción rectangular, sobre los que retemblaba un primerizo techo, y que Cardtant, el alcalde, le describió como «un edificio santo», proyecto que se estimaba duraría al menos un cuarto de siglo.

No todo el clima era relajado y comprensivo, y en cambios de guardia y conversaciones secretas crecieron rumores de dureza y crueldad. Durante el rancho, la tropa mascaba su ración de migas en sus abollados platos metálicos sin despegar la mirada de los bailes de las llamas verdes en las hogueras. Cuando consiguieron un momento de intimidad con su líder, Adriel y Kadmiel balbucearon algo acerca del asunto de la bofetada, con el argumento de que el clan de los Seletiste no avivaba los fuegos.

—Solo si no corre el aire —y Malkiel guiñó un ojo con picardía—. Os diré algo: la mayor virtud en la tripulación de un barco es la fe. Ningún hombre se haría a los vientos o las dunas si no confiara en su capitán. El mostrarme inflexible, seguro y determinado importa más que serlo realmente. No llegaría a ningún lado pidiendo permiso.

Los lugartenientes asintieron ante la declaración, la asumieron como si la hubieran pensado ellos y la atmósfera en el campamento recuperó su estado habitual de trabajo duro, comida caliente y pocas preguntas. Se levantaban, terminaban de pie sus cafés y se dejaban contemplar por el paisaje; una larga marea verdinegra sin precedente ni principio que mantenía rodeado al pueblo, aislado de todo, por todas partes salvo una cuña de trigo y otros sembrados, una inmensa infinitud que, a merced del viento, parecía cambiar de cara ca-

da veinte minutos.

En la Tejedora solo permaneció el padre Ovadia, atento siempre a los sensores, rezando con fervor a la ciencia que animaba los engranajes de la nave y posibilitaba su movimiento. Sus obligaciones religiosas le impidieron atender a la cena en la que Malkiel y Cardtant llegaron a un acuerdo. Lo hicieron dentro de la rocosa casa del consistorio, casi en el centro exacto de la localidad, a falta del «santo edificio» donde según la costumbre debían celebrarse las reuniones.

Se hallaban muy cerca de un alegre huerto, el único que medraba en las gélidas horas vespertinas. Dos, y tres, y cuatro cabezas de flores de colorido intenso brotaban y saludaban con orgullo al paseante, y la huerta volvía a ser, tras lo que se imaginaba había sido un invierno atroz para todo lo vivo, un mosaico heterogéneo, medianamente fértil, de todos los tonos, de todas las gamas. Sus festivos pétalos devolvían con un franco rebote la luz del sol, que tan esquivo les habría sido dos meses antes, y que si antes conservaban como un producto escaso ahora despachaban con vigor juvenil, refulgente.

Se acordó de este modo: el clan se refugiaba de la tormenta que se avecinaba sobre el pueblo; a cambio de comida y alojamiento, los aldeanos recibirían tres piedras de mercurio mental. Malkiel guardaba el precioso componente en su colección privada y no se desprendía de él a menudo, pero el clan Seletiste venía de una travesía larga y penosa y el cansancio bien valía el precio. Las personalidades del pueblo, el médico y su joven aprendiz, siempre atento a su maestro, y el orondo sacerdote sirvieron de testigos para la firma y la avalaron como beneficiosa para la comunidad con un círculo dibujado con su sangre.

Los dos hombres portaban sendas copias del contrato. Lo extendieron para verificar los detalles. Repasaron los términos y fechas, las cantidades del pago y las firmas, y vieron que era correcto y que convenían en todo. Era una tarde histórica para los aldeanos. La situación geográfica de Netsis, tan estratégica como extrema, no facilitaba las comunicaciones. Crecía el pueblo en los límites del más extenso desierto conocido, del que ningún hombre vuelve y

ninguna máquina tiene la suficiente reserva de combustible o autonomía para cruzar. Las noticias del otro lado eran el vacío desde milenios atrás. Apenas unas leyendas difusas sobre héroes de otras edades, escritas en pergaminos y legajos polvorientos y quebradizos, constituían la historia de los otros pueblos, que nadie se molestaba ya en leer. Ahora, apoyados en los carcomidos bancos, los habitantes del pueblo rascaban la madera con incredulidad y la luz de la mañana, como en respuesta a sus fantasías, derrochaba sus rayos por los cristales.

Algo cayó sobre el papel del capitán cuando se disponía a enrollar su copia y guardarla en su zurrón. Pasó los dedos enguantados por la superficie y se mancharon de un color claro: arenisca lechosa, la misma composición que el edificio en que se encontraban. Miró arriba: un fino polvillo caía, casi imperceptible, del techo. Al tiempo experimentó un temblor. Miró a los demás, a los suyos, al alcalde de Netsis, comparó sus rostros, de repente surcados por arrugas de preocupación y sorpresa: todos parecían sentirlo. Pronto el polvo se convirtió en una cascada de escombros que se les venía encima, la casa entera sacudida con violencia, ningún mueble se quedaba en su sitio, las banderas ondeaban como espectros. Las paredes se dirían a punto de salir de sus cimientos y terciaban por sepultarlos, los tapices cubrían el suelo y largas, profundas grietas destruían el suelo. Los niños lloraban de terror y se acurrucaban temblorosos en los regazos de sus madres. Los más valientes cubrieron al resto con sus cuerpos o trataron de escapar con los más pequeños o indefensos a las espaldas. Malkiel no se entretuvo; esquivó una viga de madera que machacó limpiamente el suelo y con el aire enrarecido de la polvareda en sus fosas nasales salió a tropezones a través del marasmo irrespirable y neblinoso, sin distinguir entre las formas amigos o desconocidos, vivos o muertos.

Fuera, el mismo terremoto controlaba el paisaje. Pequeños grupos huían de las casas hacia terrenos sin construir. Los más valientes trataban de ayudar al resto y de conseguir que otros les apoyaran, pero entre la confusión reinante y el impenetrable bloque arenoso resultaba difícil organizar un rescate. Al fondo,

asomada entre los accidentes más elevados del terreno, una figura pardusca emborronaba el cielo. A la velocidad a la que se movía solo podía ser un vehículo. Distinguió a Benshem correr hasta él para protegerle. Le tranquilizó ver a su capitán a salvo y, siguiendo la tradición, volvió al pueblo a por los últimos en la jerarquía; grumetes y aprendices. Malkiel palpó el revólver en su cartuchera de pellejo de mula. Le gustaba saber que aquella vieja arma, heredada de su abuelo, colgaba de su cinto, siempre con la batería cargada y rebotando con un sonido metálico contra sus piernas artificiales.

El borrón se mantenía en el aire, quieto, se diría que al acecho de una posible respuesta. Malkiel lo observó atento, con todo el cuerpo en actitud flexible, dispuesto a saltar a cubierto o bien sobre un posible enemigo, y manteniendo la tensión únicamente en sus manos, hieráticas, dispuestas sobre su pistola y su daga.

Entonces el borrón desapareció y con él, las sacudidas de la tierra. De inmediato la neblina polvorienta se posó y la escena quedó a la vista. Los habitantes miraban consternados, muchos de ellos presas de una gran impresión. La mayoría se ocupaban de rastrear supervivientes entre los escombros. Unos cuantos escudriñaban el cielo en busca de una señal justiciera o al menos una explicación satisfactoria. Los suyos no acusaban tanto la sorpresa. Adriel y Kadmiel, sus oficiales, finalmente junto a él, le dedicaron una expresión preocupada. Habían vivido encuentros semejantes en caso de guerra y sabían muy bien que los incidentes violentos nunca eran algo aislado. Al borde de la consunción, cayeron al suelo sin muchas ceremonias, temblando de anticipación, rumiando que, funestas o no, habría consecuencias impredecibles al espanto de aquel día. Sí. Tendrían noticias pronto de la misteriosa nave.

Aquella noche durmieron poco. Las mantas no parecían suficientes para el frío y Malkiel ordenó que parte de la tripulación durmiera en la Tejedora. Abrió las puertas de su camarote para que se inundara de todos los ruidos; el llanto de los bebés hambrientos, los cambios de guardia, los susurros de los insomnes. No era la mejor idea resguardarse en el lugar más evidente, por donde cualquiera empezaría a buscarles. Malkiel sabía eso, pero

no podía evitarlo. La nave era su refugio preferido, donde podía aprovechar todas las ventajas. A la intemperie la situación cambiaba; la protección era mínima pero también se podía uno esconder más fácilmente. El capitán asumía los riesgos de quedarse a bordo, por eso anunció dónde pasaría la noche.

La luz de la luna entraba por su ventana. Qué difícil dormir, pensó, cuando uno espera sin apenas saber el qué. No se encontraba cansado; la cadena de sucesos le inflamaba por dentro, y hubiera sido capaz de unirse a las rondas nocturnas de vigilancia. Agarró las sábanas y a cada antorcha que pasaba por su ventana dejó escapar un suspiro. Rayando el crepúsculo, casi a voluntad, Malkiel apartó las preocupaciones y se permitió dormir una hora.

Una madrugada gélida. Fuera, dos topillos contendían por algún tipo de fruto. Luego se oyó un fogonazo largo, seguido de otros dos más breves y controlados. Su sonido vaporoso le resultó muy familiar. Se levantó de un salto y se asomó: una caravana de vehículos antigravitatorios de color negro se desplegaba sobre la colina de enfrente. Utilizaban gases de aterrizaje para suavizar un descenso horizontal, muy similar al de la Tejedora. La forma ovoidal de la nave recordaba también a la vaga imagen borrosa que había caído del cielo aquel mismo día.

Aún desnudo dio la voz de alarma a través del comunicador. La nave en pleno despertó a una y las órdenes de actividad se desplegaron en cadena. El revuelo fue breve; pronto los brazos fuertes estaban listos para marchar. Malkiel no esperó y se lanzó al exterior, seguido de su guardaespaldas. Fuera, las botas resbalaban en la superficie agreste. Cada piedra estaba bañada en el rocío temprano.

Vio el convoy a lo lejos, alrededor de sus anchas turbinas aún se notaba temblor del aire caliente, velando con su distorsión el horizonte. Estaba contando el número de naves para calcular los efectivos cuando los hombres, la embarcación, el despliegue militar, la imagen completa se desvaneció en el aire. Quedó la colina como un paisaje enmarcado, vacío de personajes, protagonizado por la naturaleza y nadie más. Solo permanecieron las marcas de una formación de a dos sobre el campo piso-

teado, vestigio comparable al que dejó su propia comitiva al descender sobre el pueblo, y una exhalación terrosa que, imaginó, olía a combustible requemado. Propulsado por los servos de sus piernas mecánicas, Malkiel regresó al pie de la embarcación. Conocía el parpadeo azulado que acababa de ver, la fina línea de energía que había rodeado por una fracción de segundo a sus antagonistas. Le sorprendía la amplitud del efecto, acostumbrado a un campo de traslación reducido a la nave y no a los tripulantes a su alrededor.

Los oficiales de puente aguardaban instrucciones, impasibles.

—¡Adriel, veinte minutos de guardia a cubierto! Si no hay respuesta saltamos tres horas. Toda la dotación en estado de alerta. Kadmíel, quiero el procedimiento de salto habitual: nadie fuera de la nave, estancias comunes y pasillos desbloqueados, las armas cargadas y a punto y el que no esté designado en tareas de crucero, sentado en su puesto.

Ambos respondieron con un saludo militar y la tripulación al completo se apostó dentro del vehículo. Ovadia, desde su camarote, informó de que las coordenadas para el viaje estaban habilitadas. El salto era seguro. Los veinte minutos transcurrieron muy despacio. Malkiel se detuvo en cada detalle. Asomado por el ojo de pez de su camarote, el mundo parecía detenido allá fuera. La brisa de la taiga peinaba las dunas, formando ligeros montículos y surcos, y acunaba, maternal, los escasos maizales. Sobre el tapiz liso del cielo, una nube solitaria se deslizaba de izquierda a derecha, proyectando una sombra en los tejados del pueblo. La traslación perezosa de la negrura devoraba con desgana los elementos superiores de las casas hasta hacerlos invisibles. Su mente divagó mientras seguía el curso, aún más calmado, de la Luna. El receptor de galena de su camarote aventó sus inquietudes. Al fin la alarma sonó: los veinte minutos habían pasado y apenas tuvo tiempo de abrocharse para el salto.

Amanecía. Las tiendas del campamento seguían colocadas a las afueras del pueblo. Unos chavales, casi adolescentes, se divertían en las cercanías del edificio que más sufrió el derrumbamiento y los temblores. Lanzaban piedras a lo lejos, como si el solar llevara muchos años

abatido. Al fondo, en la misma colina, enrollado entre pilares de vaho, el convoy negro de nuevo. No sorprendió al clan Malatiste su aparición, ni se les escapó que era mucho menos numeroso ahora: de las siete naves de la última vez solo quedaban dos, una grande, con seguridad la nodriza, y otra más pequeña que supusieron funcionaba para labores auxiliares. Malkiel calculó que el resto del convoy se encontraba en otro tiempo más seguro, al que las dos se unirían más adelante, una vez asegurado el territorio. Pensaba así porque es lo que él hubiera hecho, de tener más de una sola nave.

Con prismáticos vio una imagen en movimiento: unos soldados en gruesas armaduras de escamas se dirigían hacia ellos, levitando con unas toscas mochilas de bronce que lanzaban llamaradas de luz azul. Según se acercaban comprobaron que las armaduras eran completas y que los emisarios cubrían sus cabezas con escafandras de espejo. Guardaban rifles de precisión en fundas cerradas a la espalda. No llevaban armamento a mano.

Escogió cinco hombres, el mismo número que la comitiva visitante, para recibirlos. Los demás permanecieron a bordo o en el campamento. Nadie quedaría a cargo de los cañones de la nave o empuñaría armas, que según el protocolo deberían quedar enfundadas, aunque ninguna ley impedía que estuvieran cargadas. Lo que tampoco se especificaba, y Malkiel siempre tenía en cuenta, era que la nave tuviera que estar preparada para un salto temporal, y Ovadia se encargó de establecer unas coordenadas provisionales, siempre con un comunicador cerca, conectado a la frecuencia personal del Pater Operator.

El grupo aterrizó con suavidad y al unísono, como animales adiestrados. Los cinco parecían todos iguales y ninguno, por actitud o por galones, daba muestras de liderar a los demás. Malkiel vio el reflejo de su propio rostro en sus cascos. En unos segundos su vista se adecuó al efecto y desde el fondo apareció otra imagen, la de unas caras humanas pero muy delgadas y ojerasas y piel curtida como la de los reptiles, proyectadas en las superficies pulidas de los cascos como películas. Uno de ellos alzó el brazo y dando un paso al frente ignoró la mano que Malkiel le ofrecía como saludo y



habló sin fórmulas de cortesía:

—Saludos de los Procuradores y de N'Erom. Huimos de los trópicos del asperón y reclamamos este condado como nuestro, y morar en él, en virtud del primer paso dado.

El lugar de procedencia no esclareció nada para Malkiel, que escupió al suelo antes de decir nada. En una región tan inhóspita, el desperdicio de agua, incluso la propia saliva, siempre era considerado como un gesto de arrojo, o de arrogancia, según la interpretación.

—Aquí Pater Operator, sucesor de Pater Astronomer. No es un paso muy diestro el que dais porque nuestro clan llegó aquí dos días antes. Nuestra nave se encontraba en un promontorio visible y con el aviso de radio en frecuencia estándar como anuncio de nuestra intención de permanencia.

—Llegó y lo vimos, es cierto, pero solo temporalmente; el pueblo quedó libre otra vez ya que marchasteis antes de ejecutar nada.

—Lo hicimos, y tengo el papel que lo prueba.

Malkiel extendió el contrato frente a ellos. Los cinco, sin embargo, actuaron como si no lo hubieran visto, y las voces maquinales de sus interfonos apenas le dejaron intervenir.

—Por favor, considerad vuestra postura cuidadosamente. Vuestra emisión de radio quedó anulada durante una hora completa, tiempo suficiente para que un lugar se considere abandonado por un viajero temporal. En ese tiempo nosotros establecimos nuestra propia difusión, que sin duda habéis captado. Volveremos a hablar mañana, pero si en un plazo de cuarenta y ocho horas no habéis abandonado el lugar lo consideraremos una invasión y nos veremos forzados a defendernos.

No le dejaron responder, aunque Malkiel no guardaba intención de hacerlo. La conversación, o más bien el intercambio de monólogos, no tenía visos de volverse un diálogo. Les vio perderse en el horizonte hasta llegar con el resto de los suyos. Departieron un rato, con calma, sin aspavientos, miraron hacia el campamento Seletiste y, sin que Malkiel distinguiera una reacción concreta, volvieron adentro. Por más que se esforzó, no pudo reconocer entre el grupo a aquel que había hablado, y

tampoco distinguió cuál de ellos daba las órdenes. Se divirtió un rato figurando otras soluciones. Era plausible que el verdadero líder no se encontrara entre la avanzadilla. También cabía pensar en algún tipo de mente colmena en la que no hay un cabeza visible. Recordaba haber leído teorías semejantes de niño en la biblioteca de su madre en los largos viajes de la Tejedora.

Cuando estuvo seguro de que no les observaban, al menos directamente, se llevó al oído el comunicador de radio, cuya señal de frecuencia crepitó al pulsar el botón de transmisión. Susurró el código cifrado para el detector vocal y pulsó el número asignado a Ovidia, que respondió de inmediato. Malkiel sostenía el comunicador con una mano mientras ponía la otra en forma de visera sobre los ojos, para cubrirse del volcánico amanecer del segundo de los tres soles que daba comienzo al mediodía. Respondió la voz rasposa de su hombre de confianza.

—Vivo para servir.

—Preparados para saltar cinco horas, Ovidia.

El sacerdote técnico aceptó la orden y los lugartenientes del capitán organizaron el repliegue. Malkiel fue el último en ocupar su asiento, y hasta que los responsables de navegación no le lanzaron miradas reprobadoras, no se sentó a ponerse el cinturón de seguridad. Un pensamiento le sobrevino; el deseo de notificar al alcalde Cardtant la conversación mantenida con los Procuradores. Aquel clan exudaba agresividad. No quería marcharse sin lanzar un aviso al pueblo de Netsis. Ya era tarde para ello cuando Malkiel pulsó las teclas con el código del gobierno local: los inhibidores de frecuencias, ahora activos, frenaban cualquier emisión de la nave al exterior. Una fórmula de cumplimiento obligado en los tempoviajes para evitar que su última localización fuera detectada. Sonrió amargamente por la expeditiva providencia.

En diez minutos, o menos, toda la tripulación, para asombro de los habitantes del pueblo, que no perdieron detalle de las maniobras, se encontraba en la nave y a sus puestos, y en otros cinco esta desaparecería de la meseta con un fegonazo de hollín que no dejaría más mar-

ca en la tierra que los círculos achatados de las patas y las marcas desgastadas del tren de aterrizaje. Y en el intermedio entre la presencia y la desaparición, los habitantes vislumbraron una vez más la forma negra, emitiendo una brutal salva por su frente, la cual despidió fragmentos de tierra plateada e incendió la panza de la Tejedora, y a ésta responder con otro súbita detonación, y a la nave auxiliar Procuradora desintegrarse en el éter.

Hubo un gran silencio luego, prolongado por la falta, otras tardes habitual, del zumbido de los mosquitos, hasta que el paisaje fue imponiéndose a los recuerdos. Sin duda, hubo un tremendo silencio, y la compañía marchaba en pos de él.

## FOAH

Foah terminó de recoger la cebada, se echó a la espalda el cesto e inició la vuelta a casa. Sudaba copiosamente, como solía ocurrir en aquella época del año. Le llamaba a lo lejos el resto de su familia. Apretó el paso para evitar explicaciones innecesarias. Hacía tanto calor, un calor bochornoso y absorbente, que limpiaba el recuerdo de todos los veranos pasados. La misma taiga, pensó, retrocedía asustada ante la potencia justiciera del astro principal, tras cuyo largo curso se cedía el testigo al segundo sol. Los días arrinconaban a las noches a un espacio mínimo, escasos minutos apenas. Dormir bajo aquellos rayos resultaba casi un acto público y no demasiado cómodo. Foah sentía la oscuridad necesaria para un descanso verdadero, y a esta privación achacaba su debilidad. También a que, después de todo, aún era un niño.

Desanduvieron el camino como lo habían iniciado esa misma mañana; con los ojos puestos en el cielo tanto como la tierra. Pat se ayudaba del bastón, casi una parte más de su cuerpo desde la caída en el otoño pasado. Cardine refulgía bajo el sol glorioso y su piel perfecta deslumbraba con una luz cálida. A su lado, Foah siempre se sentía pequeño e insignificante, y ninguna de sus palabras lo bastante buena para ella. Meddie nunca decía nada. Era difícil llamar su atención; siempre parecía alerta ante todas las esencias escondidas, agazapadas tras

la sequedad del matorral. Meddie, aseguraba su padre, sería un día poeta, porque se llenaba las manos en la tierra como otros las juntan para la oración. A Foah le extrañaba esta frase, pero algo, que él creía importante, sí comprendía de ella, y es que Meddie no era como los demás.

Entre las zarzas, estrechos pasillos de luz cazaban, espigados, las sandalias de la comitiva. Como cada tarde, el sopro del viento les calentó las mejillas y siempre fieles al mismo espíritu protector, Pat estrechaba contra sí a los niños, como si dentro de su jubón no afectara la metralla de las bombas. Foah envidiaba a Meddie y Cardine cuando estos contenían los sollozos. Él había perdido a más miembros de su familia en el conflicto y necesitaba más tiempo que el resto para disimular la tristeza. Ya estaban a medio camino, y la torre de la iglesia, seccionada por un láser certero también en su perfecta mitad, asomaba en el cambio de rasante, recortada en la base por el horizonte del trigal. Desde su posición atisbaban el jardín de sus primeros paseos. Las hojas de las flores del huerto lanzaban espirales tornasoladas, sus frentes gachas como una procesión de mendicantes. Su calidez blanquecina recordaba el tacto del oro y sus pétalos tiesos miraban al sol castigador de reojo y la potencia de éste era tal que no se diría que los tallos fuertes lograran sobrevivir derechos un solo minuto.

## FOAH

La huida de los jóvenes campesinos en su cruce por la explanada a toda velocidad quedó enturbiada por la tormenta de arena. Los primitivos andamios que sostenían la envergadura de la torre de la iglesia se tambalearon por el sopapo del aire. Los instrumentos de albañilería, dejados con muy poca precaución sobre el ensamblaje de madera, se sacudían como a punto de ganar vida propia. Foah miró atrás: estaba solo. Manoseó los trigales y vio una figura tumbada en el suelo con la cabeza a cubierto: Cardine protegía su bebé contra el pecho. Acariciaba su cabeza pelona con serenidad. El niño se agarraba a ella por puro instin-

to pero sin ningún otro desvelo. En el pecho de Cardine se oía con claridad el corazón; tanta que uno podía quedarse dormido con aquel son tan agradable. Le tendió la mano:

—¿Puedes correr?

Aunque su esposa asintió, notó su tiritar al tomarla de la mano y reanudar la carrera. Llovía con fuerza y los dedos, resbaladizos, no conseguían la presión suficiente para mantener el abrazo. Los hermosos cabellos castaños de la mujer se pegaban a su frente, sobre sus ojos, un velo negro, y le impedían ver por dónde caminaba. Foah dijo algo que ella no entendió pero supo que los dos, por costumbre, marchaban al mismo refugio, el cobertizo para animales que sus padres construyeron junto a la iglesia tras las primeras hostilidades entre los clanes, décadas atrás. Las apariciones en el firmamento eran tan impredecibles como siempre, pero al menos los aldeanos sabían dónde resguardarse.

Ahora el combate se desarrollaba en el cielo, y a través de las zonas menos densas de los nubarrones se entreveían los morros cóncavos de las naves y su crudo enfrentamiento. El eco de sus cañones rebotaba por las estrechas callejuelas, y el humo de sus turbinas encapotaba los pisos superiores de cada casa. Foah y Cardine llegaron a tiempo al cobijo: una de las tres campanas, emblema de la historia del pueblo, caía a medio metro de los trigales, a consecuencia de un disparo perdido de uno de los bandos. No hubo gritos ni peticiones de socorro. Al menos el accidente no se había cobrado víctimas. La mujer sollozaba y su marido no pudo contenerla, aunque la apretó contra sí y acarició sus empapadas trenzas:

—¡Vamos a morir!

El muchacho, privado de palabras de aliento, la hizo callar con besos apresurados y los dos aguzaron el oído: ya se desvanecía el graznido de los motores, uno de los signos de maniobras evasivas, muy propias de las naves que preparaban un nuevo salto. Foah cerró los ojos y rezó en voz baja las letanías de protección, y su esposa le acompañó a partir de la segunda estrofa. Las goteras en el techo de adobe se congelaron en los resquicios. También el paisaje estaba en calma. El bebé, muy callado, acarició la blusa de tela basta de su madre. Con suavidad,

el hombre liberó al niño y la mujer de su abrazo, que cedieron sin rechistar. Afuera olía a ozono y el ronquido de unos cerdos llenó, tímidamente, el pueblo de vida.

Sin perder de vista a su familia, el campesino se aventuró al exterior. A poca distancia el viejo Pat pastoreaba a los cerdos de vuelta a su granja. Lo saludó con una inclinación del bastón y una astuta sonrisa, aunque su cuerpo estaba cubierto de polvo hasta la cabeza. A la vuelta de la esquina vio a Busien, el alcalde de Netsis. Llevaba un cañón antiaéreo tan grande como él, que mantenía apoyado en la fuente semiderruida. Limpiaba la boquilla del arma con un pañuelo mugriento y silbaba una vieja canción montañera. Se saludaron con una inclinación de sus barbillas. Busien era joven e impetuoso, y los combates le calentaban demasiado los cascos, en su opinión. Foah estaba seguro de que se había pasado toda la refriega apostado en la fuente, listo para tumbar a la nave que tocara siquiera un ladrillo del hospicio o la escuela. El labrador recordaba su discurso de toma de posesión del cargo, y su creciente nerviosismo al hablar:

—Vivimos tiempos de guerra, y una que hemos consentido. Mi sucesor pactó con los Seletiste por una cuestión solidaria: el clan de Pater Operator necesitaba los elementos más básicos para la supervivencia y ningún habitante de Netsis los negaría. El compromiso al que llegamos entonces se mantendrá, sí, pero por ambas partes. Los recursos de la tierra son para los Seletiste tanto como para nosotros, la Naturaleza nos los ha dado y no nos corresponde acapararlos. Pero la vida humana es tan sagrada como el agua, y si una gota de sangre netsisiana se derrama, sentiré una gran dificultad como caudillo político y militar de este pueblo para contenerme y no responder a la pólvora con pólvora. ¡Y conocerán mi ira!

## JUVE

Sobre la tumba de Pat, el pequeño Juve depositó un humilde ramillete de flores australes, atadas con cordeles. La claridad de primavera regaba, desde los primeros compases diarios, todo el cementerio. Los operarios de la torre

de la iglesia gastaban bromas. Regresó a casa en línea recta y sin distracciones, como le habían enseñado sus padres, aunque en el aire flotaba un olor sugerente a pan recién horneado, y alrededor de los tallos de las flores danzaban insectos de variados colores.

Se frotó las manos contra el pantalón para sacudirse la tierra. A papá y mamá no les gustaba nada cuando jugaba en el descampado grande. ¡Pero cómo podía evitarlo! Recordaba las historias del abuelo, tan extrañas y aterradoras, sobre los monstruos de las nubes que echaban veneno por la boca, y el pueblo atacado, y papá y mamá buscando refugio. Ahí, una noche de bombas y ruido, le concibieron, aunque él no entendía muy bien qué era eso de concebir exactamente. Repetían la palabra todo el rato cuando hablaban de Juve. Sí estaba claro que Hasia era mayor que él, y recordaba, aunque era tan pequeño entonces que nadie le creía cuando lo aseguraba, el dormir y despertar en brazos de Hasia, y oírle jurar que siempre le cuidaría, como una buena hermana. Y pedirle otra vez que le contara la misma historia que el abuelo, de los monstruos venenosos del cielo.

Luego el abuelo murió una noche en que todo el mundo en el pueblo lloraba y gritaba, y a él le cubrieron con una manta y pasó todo el tiempo debajo de una mesa, congelado de miedo. El gato se escondió entre sus piernas, y lo acarició como le gustaba. Aquella vez no respondió a sus mimos, lo que le produjo una gran extrañeza. Hasta aquel entonces, el mecanismo de las cosas había sido fácil: a una cosa le sucedía otra, ya fuera por gusto o por disgusto. Ahora la cabeza de las cosas asomaba por cualquier lado, sin previo aviso, y nada encajaba.

El día siguiente llegó pero él no lo entendía, porque seguía oscuro y el sol no terminaba de aparecer en el cielo, y las nubes se cargaban de una especie de ceniza. Tres hombres muy fuertes entraron en el salón cargando con el cuerpo fuerte del abuelo. No se despidió de él; su figura estaba cubierta por una sábana blanca y nadie le dejó mirar al abuelo debajo. Lo enterraron esa misma tarde y sobre el montículo colocaron el bastón con el que se ayudaba y señalaba las cosas y golpeaba el sue-

lo para demostrar que tenía la razón. Juve lloró mucho y ni siquiera Hasia pudo consolarle. Le parecía injusto que no le permitieran un último abrazo. Estaba acostumbrado a ser hecho de menos; tampoco sus padres le dejaban llevar al abuelo en la silla de ruedas, cuando se encontraba tan mal.

Recordaría hasta el final cómo caían las paletadas. ¡Jo que si lo haría! Sonaban muy duras contra la madera reseca de la caja. ¿Qué estaría haciendo, se preguntaba, el abuelo ahí dentro? ¿Pensaría en pelar la fruta con los dientes, como le gustaba hacer para demostrar la fuerza de sus mandíbulas? Aún le podía oír presumiendo de lo buenos que eran los productos de su huerta, en comparación con los vecinos. Sus brazos enormes demostraban cuántos años había dedicado a cultivarlos. Envidiaba esa dedicación tan de verdad, tan responsable. Nada entorpecía sus pensamientos cuando trabajaba en la tierra. Como si desde su juventud fuera consciente de que pertenecía a ella y la debiera tratar con respeto.

## FOAH

El horizonte, una tela azul grisácea, se cruzaba con una X de espuma blanca, delineada por dos naves correo en su absurda carrera a ninguna parte. Siempre pasaban de largo, siempre ignoraban el destino del pueblo, como si las noticias, semillas de bondad o al menos algo novedoso, esquivaran pasar por un terreno baldío desde mucho tiempo. Había que maldecirlos, había que hacerlo.

A través de una serie de visillos de diferente grueso, colocados en el umbral para proteger contra las altas temperaturas y el sol invasor, el hombre entró en la casa. Con una mano se ocultaba los ojos de la luz, intensa y radiante a pesar de la tardía época del año, señal del inminente cambio meteorológico que a menudo había predicho a los suyos, desde su infancia. Utilizaba la otra mano para apoyarse en los muebles de rústica madera; la carrera —había cruzado el pueblo entero en apenas tres minutos— mellaba sus pulmones cansados.

A duras penas notó el aliento de nuevo en

su ritmo habitual, así como su nervioso corazón. Sus manos callosas, por fin más tibias, recuperaban la tonalidad crema y pasaron, por instinto, en un movimiento horizontal, bajo su barbilla, acariciando las largas canas de su barba, muy despacio, en sucesivas repeticiones. Reparó en el último y más fino visillo, todavía descansando sobre su espalda. Se dio cuenta de que no había traspasado la línea que delimitaba la habitación, ni siquiera con la punta de la sandalia.

El cuarto era un desorden total; olía a cerrado, a poco uso, aquella casa tan antigua, parte de la herencia de sus padres, signo de otros tiempos, no sabía si más felices pero desde luego menos cambiantes, más estables. Las cunas de Juve y Hasia estaban vacías y sus sábanas aún deshechas. Por todo en derredor no había más que señales de un abandono prematuro. Faltaban otras cosas, pero siempre a medias: quedaban algunos platos en la cocina, la despensa estaba medio llena, pero casi todo eran raciones en salazón, nada fresco.

Foah recorrió con pasos medidos el camino que hizo el cuerpo de su padre fallecido a hombros de sus vecinos hasta el centro del salón. Delimitó con su imaginación el rectángulo exacto donde se colocó el cadáver, la posición precisa. El azar había querido poner el último momento de su padre en la casa muy cerca de su sillón orejero favorito, al lado de la chimenea. Se dio cuenta de que llevaba un buen rato con temblores. Apretó bien los puños y salió a la calle. Los días menguaban como constreñidos por el abrazo de una máquina implacable. Donde antes medraban las margaritas del jardín que tanto amaba, ahora apenas quedaba un área mustia de manchurrones pardos o enjutos. Bajo las sombras de la valla, infladas y cada día más largas, los tallos más osados se agitaban por el frío creciente, sus días de claridad muy contados.

Cardine se asomó al balcón y dejó que el aroma, limpio ya de carburante, entrara en sus fosas nasales. Sus hijos jugaban en otro cuarto, ajenos a la violenta riña, como —quería pensar, aunque en el fondo sabía que no era cierto— si ni siquiera hubieran notado el cambio de casa. Había aceptado la gruesa manta a su madre y se envolvía en ella, notando la suave tela al fro-

tarse contra su mejilla. Sus posesiones descansaban aún dentro de la maleta de cuero, en su dormitorio, y ni siquiera parecía que fueran suyas. El roce de la manta la devolvía a su infancia, cuando no necesitaba preocuparse de nada más allá del frío, el hambre o de la compañía de sus padres en la habitación. Le gustaba aquella manta. Los sentimientos que despertaba no cambiarían nunca, y si esta desaparecía simplemente podría recordarla, y ya ni siquiera necesitaría tenerla entre sus manos.

Se preparaba para volver al interior cuando la sorprendió una voz ronca y ajada, gastada por el paso de los años, el clima y una más que probable carrera. Llamaba su nombre a gritos. Cardine se volvió para otear la calle y de una estrecha desembocadura vio salir a Foah, que amplificaba con sus manos la llamada. Caminaba como desorientado, mirando a todas partes más de una vez para asegurarse de que iba por el camino correcto. Tuvo que apoyarse en una esquina a recuperar el aliento, pero nada le detuvo hasta situarse bajo su balconada.

Su mujer escupió de lado para mostrar su desdén.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, desgraciado?

—¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe, que te esconderías en casa de tu madre para tus encuentros y jueguecitos con el poetastro!

—¡Pero de qué poetastro hablas, animal! ¡No será de Meddie!

—¡Pues de quién si no! Sospechaba que te veías con él desde hacía mucho, y ahora ya no me quedan dudas.

Agitó la mujer la palma de su mano en su dirección, los dedos rígidos y firmes, con tal seguridad que Foah retrocedió un par de pasos, mordiéndose los labios.

—¡Meddie y yo no hemos hecho nada, so memo! Si alguien aquí ha pecado ha sido el pedrusco que tienes por cerebro.

Desconcertado, Foah trastabilló y necesitó de un aspavento y un quiebro para no dar a la tierra. Se sostuvo la cabeza con ambas manos. Cardine llegó a pensar que Foah tropezaría, que se echaría a llorar o que suplicaría que volviera con él, como había hecho otras veces. Le sorprendió que no hiciera ninguna de las tres cosas.



En esto la franja marrón, pelada en aquella época de siembra o fruto, se bamboleó con un murmullo negro. La pareja intercambió una mirada de conocimiento y pasmo. No lo dudaron; ella se lanzó al interior, él al portal. A la carrera, Foah tuvo la ocasión de desviarse un segundo hacia el cielo para ver los primeros fotonazos de fotones verdeazulados.

Desde la comodidad del zaguán alfombrado Foah divisó las dos rectas de humo blanco correr en perpendicular la una hacia la otra. Su lenta colisión le resultó al hombre indiscutible. Viraron las estelas en el último segundo tras un brusco intercambio de descargas láser. Foah buscó con la mirada el último objetivo de los rayos: fue un alivio verlos levantar polvo y barro muy lejos de las casas del pueblo. Ignoró los pasos que descendían por los escalones de madera, absorbo en la contienda. Con repentinos chispazos ambas naves desaparecían del horizonte en reacción mutua y por un breve lapso de tiempo. Allá la izquierda, sobrevolando el marchito bancal, una forma geométrica iluminaba las puntas de los restos secos del maíz y espantaba a los cuervos. Casi enseguida, otra mancha se cernía sobre la primera en forzoso picado, encarando su proa curvada hacia ella, las baterías calientes aún por la última descarga. El encuentro se resolvía de modo desigual; la más próxima al suelo gravitaba indecisa, fintaba con suavidad los torpedos y antes de que el calor de estos templara sus propulsores, emitía un pitido y dejaba en su lugar un área triangular azotada por su viento. La misma operación se sucedía en distintos puntos del espacio, siempre la misma violencia en la aparición y fuga.

Otras cabezas se asomaban curiosas; la batalla se mantenía más de lo acostumbrado, pues generalmente no había oportunidad de que los perros pastores salieran a la calle a ladrar al queroseno; cuando estos se liberaban del control de sus amos ya era tarde y los animales aullaban a la nada. En esta ocasión las naves se empeñaban en derrapar sobre las nubes, buscando la coordenada precisa, la coincidencia justa, en la que el centro de atención, allá donde los cañones enfocan, las miradas se dirigen, los movimientos que van a resultar se vislumbran como más probables, para surgir

en el ángulo ciego, disfrazados en una bruma, su señal aún por delante en el olfato digital de los radares.

La eclosión del destello deslumbró a Foah, petrificándolo, apoyado en el quicio de la puerta con dejadez. Pequeños círculos coloridos danzaban si cerraba los ojos y presionaba con los dedos. Por el olor a humo reconoció que la batalla estaba teniendo lugar muy cerca de la calle. La experiencia a lo largo de los años le había enseñado a ubicarla en cualquier parte del pueblo y varios kilómetros de alrededores el escenario de la contienda. Poco a poco el impacto, duro, casi físico, fue mermando y el resto de sentidos ganaron protagonismo. Notó una mano suave en el hombro. Devolvió la caricia con la suya, consciente de que a sus espaldas su esposa se apoyaba en él.

Cuando ella tocó su brazo, las imágenes cegadoras y los sonidos crujientes, el resto de sensaciones, formaron una amalgama indistinta, subordinados a la intensidad del roce. Fuera hacía un calor imposible para lo que él percibía desde la entrada. Los edificios eran pobres maquetas, diseños de juguete, llenos de fantasmas, de recuerdos sin voluntad. El campo, los animales, la sobriedad de la fuente y su agua, sus propias huellas en la tierra, leves marcas de un hombre a la carrera, no significaban mucho, pues formaban ya parte del pasado. Le impresionó la paleta de tonalidades que se extendía por el cielo. Su coherencia era admirable, hasta bella, y fantaseó con una fuerza, un poder mayor a cuyos designios el universo se sometía gustoso. Esa entidad solo podía ser una figura benigna, vicaria del orden, porque toda situación, por muy descontrolada que fuera, jamás perduraba mucho en tal estado, siempre regresaba a la nada, que para él significaba un descanso. Igual que todo lo que reverberaba, como ese suelo trémulo a sus pies, como su propia voz cuando llamaba a Cardine, como los suaves dedos de ella, moría antes o después, sí, pero hallaba también la paz. La nada se volvía un modo de orden.

Era un espectáculo hermoso, arte en movimiento, como aquellas obras de teatro de las que oyó en su infancia; legendarias historias, en su origen, pues adaptaban tremendas epopeyas antiguas, como en su concepción, pues

los hombres que las llevaban a cabo para un público no muy proclive a entenderlos, se erigían ellos mismos en figuras heroicas en su desafío al calor, a la devastación y el hambre. Nunca había visto una obra de teatro en persona, su pueblo era demasiado pequeño para atraer la atención de las pocas compañías ambulantes que aún se buscaban la vida como nómadas. En tiempos de Pat sí fueron más populares. Sus dramas eran conocidos, memorizados y demandados a los actores que les visitaban. Ahorra sabía por qué.

Debió a Cardine. Notó el arqueado de su espalda de pura satisfacción, pero temió romper la armonía si tentaba con las manos la manera de comprimir sus dos cuerpos, lo más juntos posible. Algo se podía salvar, de la guerra, del absurdo o del mismo aburrimiento, y aun la batalla perdida contra la nada merecía la pena. Sus manos eran toscas y su ropa deslucida, pero en su mente él pondría los límites. No eran ya los mismos, cierto, tantos esfuerzos malgastados, tantas miserias no compartidas, tanta comunicación que rebotaba por las paredes de su casa sin que llegara a un destinatario, les había envejecido prematuramente. Su espíritu excitado, por el contrario, cantaba más lejos y con mejor timbre de lo que imaginaría ningún espectador y su éxito, el de los dos, plantaría cara al futuro invernal humano, de todos los diciembre a todos los enero, siempre que se mantuvieran juntos y se amaran como él sabía que lo hacían entonces.

## MEDDIE

Él era inocente. ¡Diables, sí lo era! Dejaría explicárselo a todo el mundo sin sentirse observado. A veces hasta fantaseaba con marcharse del pueblo, alejarse y vivir como un ermitaño. Su contacto con los demás se reducía al mínimo imprescindible; hasta bajaba la cabeza si se cruzaba con la gente. Quizá esa timidez, ese disfrute de la soledad había jugado en su contra. Siempre se desconfía de los solitarios.

Estaba claro; le tocaba bailar con la más fea, y buscar cobijo de las habladorías. Cuánto tiempo podían durar los rumores nunca se sabría del todo. Pero fastidiaban, y los que se

hacían eco de ellos no volvían a mirarle como antes. Encontraba esto absolutamente injusto pero su educación le impedía defender su orgullo y su reputación, pues nacido en una ciudad rival, criado hasta los cinco años por un clan mestizo, en su piel oscura quedaría imborrable la marca del extranjero.

Al final los ánimos se calmaban. Normalmente lo hacían. Confiaba en ello. Mientras tanto pasaría la semana encerrado en casa, a salvo de las bombas y de los juicios. Eso se predicaba desde el ayuntamiento, de todas maneras. Que nadie saliera de casa. Que nadie se hiciera el héroe. Solo esperar, y no tratar de pensar demasiado mientras tanto.

Foah era un estúpido o un celoso, o ambas cosas. Él solo pretendía ayudar. Cardine se veía tan cargada con el cesto, su espalda del todo curva en un semicírculo completo. El calor no dejaba respirar y ella, tan sola, parecía que soportara todo el peso del segundo sol sobre sus hombros. La mañana era hermosa, saturada de un brillo cegador que desafiaba a ser pintada. Solo Cardine se había atrevido a desafiar la inclemencia del resplandor veraniego más allá de unas horas. La mayoría preferían rebajar el ritmo de trabajo aun a costa de volver a casa con menos trigo. Ella no, pero el esfuerzo tenía su precio, y el aire seco parecía capaz de perforar su sombrero de paja, de acabar con Cardine.

No lo hubiera permitido. Sí, su mano era suave y libre de asperezas, un sueño del que su juventud aún no había despertado. Su rostro color café era tan delicado que se diría un dibujo sobre un papel más que un cuerpo real. Sabía que no estaría bien visto, pero al diablo si le importaba. Que los vecinos chismorrearan a placer. Se levantó, dejó a un lado cuaderno y lápiz y fue en su busca.

Ella aceptó sin reservas —de buen grado, voluntariamente— que le ayudara con su carga y sucedió lo que debía ser la peor decisión de su vida, el acompañarla a casa con su cesto a cuestas. Imaginó, porque no le quedaban fuerzas para atender a ello, las miradas indiscretas, en el camino del sembrado a su granero. Demasiada gente sin nada que hacer, confinada en su casa, sufriendo un represor estado marcial.

Las reacciones llegaron puntuales: furtivos gestos de desprecio, trato descortés, susurros a sus espaldas... sin siquiera una oportunidad para explicarse. Bastaba el aparecer acompañando a una mujer casada para proscribir a Meddie de la vida en el pueblo. Deseaban rechazarle hacía mucho tiempo, solo estaban esperando la excusa perfecta. Pronto le resultó patente: los precios en el mercado eran más caros para él. Las sillas de la taberna estaban siempre ocupadas o reservadas. Hasta el alcalde parecía más ocupado que de costumbre como para recibirle.

El hombre emitió un largo suspiro y se colocó frente al caballete. Las cortinas, corridas, reducían la cantidad de luz en el cuarto, que quedaba sumido en una penumbra templada, prácticamente fría. En una esquina, oculto entre sombras, un gastado jarrón de cerámica naranja se cubría de polvo. La mayoría de detalles, rugosidad, textura, variaciones del pigmento, se perdían por la falta de iluminación, y creaban una ilusión de uniformidad, de coherencia, de grisura, que gustaba a Meddie. En su cuadro, el objeto era redondo, perfecto, bien proporcionado, predecible. Embadurnó el pincel con una mancha marrón de la paleta y extendió a pinceladas gruesas la masa de óleo. Su pulso era todavía bueno y sus ojos aún se acostumbraban a la oscuridad, flexibles. Ni un centímetro se desviaban sus dedos de las pautas a lápiz que tomaba antes de pasar del boceto al color. En una de las esquinas dejaba un pequeño rectángulo blanco, aislado de toda intervención con el pincel. Lo guardaba para su firma y la fecha.

Las sesiones de pintura de Meddie siempre eran breves y definidas por unas estrictas reglas que había inventado. No más de una hora delante del mismo objeto, ni una semana con la misma pintura. Después de siete días abandonaba el tema y la obra, sin importar el estado en que quedara. Ya fuera un cuadro casi a punto de acabarse o apenas un esbozo, su destino era el mismo para todos: el sótano oscuro de su casa, del que jamás volvían a salir. Siete horas de trabajo: esa era la duración máxima que se merecía cualquier retrato antes de contaminarse de una reflexión excesiva.

Nadie preguntaba por sus obras. Solo una

vez le habían parado en plena calle cuando se situó en la plaza a capturar en su lienzo los borrones que dejaban las naves.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Ponte a cubierto, loco! —gritaban.

Meddie no prestaba atención. Sembraba garabatos a lápiz con nerviosismo, aferrado a él hasta que sus nudillos se volvían blancos. Las casas eran apenas formas esquemáticas vacías, las nubes un conjunto de rayas esbeltas, el horizonte una línea de puntos. No abocetó las naves enemigas, ni tampoco les cedió un espacio propio en la primera versión del cuadro, aunque sus motores rugían sobre su cabeza. Dos horas después el sembrado a su alrededor olía a ceniza y nadie más osaba pisar la calle salvo él, que tenía el papel ya coloreado. Toda la escena se teñía de un ocre grisáceo de vegetal más que maduro, salvo los dos manchurroneos difusos que ensartaban con su trayectoria de humo el firmamento. Repasó el cuadro desde distintas perspectivas, lo atacó un poco en los detalles del paisaje, retiró algo de carga de pintura en los puntos más densos y se sentó a esperar a que secara. Como por milagro, ni un solo rayo perdido le acertó. Se levantó pasado un rato, tapó con una sábana la obra y marchó corriendo a casa.

Durante varias semanas, Meddie pasó cada noche dando vueltas en la cama. Por más comida fuerte que preparara, por más que trabajara duro hasta el anochecer, por más extenuados que estuvieran sus músculos, vivió varios días lo que él imaginaba un castigo de insomnio. Llegaba la primavera y el calor de los tres soles, más cerca que nunca en sus órbitas, no le ayudaría. Es la culpa, decidió. No había tocado un pelo de su vecina, podía apostar su prometida eternidad en la otra vida, en las doradas praderas de Aliis. Y aun así, no conseguía mirarse en el espejo por las mañanas. Maldijo su mala suerte y su buena educación.

La tercera semana sintió sus nervios más reconfortados y consiguió una noche de sueño ininterrumpido. Se levantó al día siguiente, devoró en el desayuno toda la comida de la despensa y se dirigió puntual a la iglesia. La torre, después de varios años de trabajo de reconstrucción, se alzaba de nuevo tal y como la re-

cordaban los más antiguos de lugar. Meddie la observó con orgullo. Reconocía bien las formas, las proporciones, los materiales: él había diseñado los planos para reparar la construcción. Algún tipo de fortuna la favorecía porque, a pesar de los cruentos intercambios entre las dos naves, la torre había escapado a los rayos desde que la erigieron. «Debía ser cosa del destino», le decía Emer, el alcalde bajo cuyo mandato se terminaron las obras. «Si la torre sobrevive, nosotros también podemos».

Entró en el templo. No había comenzado aún el servicio.

El pueblo en su práctica totalidad se hallaba sentado en los bancos de madera del templo. Le desconcertó el silencio glacial de la sala abovedada; hasta el sacerdote, encargado de la oración entre la hora en punto y la media hora, renunciaba taciturno a sus deberes y en señal de protesta dejaba que el vacío se pegara a las paredes del santo lugar. En muy contadas ocasiones un ministro de Aliis negaba a sus fieles los dones de su voz, llave directa para la meditación y la sabiduría que llevaban a los hombres al Paraíso. Sabido era el misterio de las máquinas y sus complicados designios; sin el aviso y la guía de un ilustrado en la maquinaria, el camino a Aliis era poco menos que imposible. La congregación en su conjunto sentenciaba a Meddie, que mantuvo su orgullo a lo largo del pasillo hasta alcanzar su asiento de costumbre en el tercer banco.

—Cuando las máquinas hablan lo hacen con el furor de la exactitud y la eficiencia, pues ninguna falla si no es por el impacto ajeno del tiempo o del hombre. Compadezcamos al que actúa de mala fe y con irresponsabilidad —sentenció el anciano santurrón, agitando su dedo tembloroso por toda la estancia, arriba y abajo y en cualquier dirección, aunque mantenía sus ojos furibundos en el artista.

Pasó el religioso a enumerar la lista de pecados que desviaban al hombre pío de la felicidad, entre los que incluyó el adulterio, momento en que aprovechó para censurar de nuevo a Meddie. Sobre el pintor, de manera indirecta pero sobrentendida, cayeron las mayores críticas al género humano; la falsedad, la mala intención, la lujuria y el desamor por el prójimo, y el silencio de la congregación, de

tan estricto y frío se volvía intolerante, incapaz del perdón. Al fondo de la enorme sala, dos máquinas gemelas de pantalla líquida, tan altas como una pirámide de tres personas, exhalaban el aire congelado de sus ventiladores.

Tras una larga diatriba llegó el momento de la veneración y agradecimiento a la técnica, protocolo final de la ceremonia en el que los fieles presentaban sus respetos a los dos inmensos aparatos. Reproducían estos, según la creencia, los dos primigenios inventos del profeta en su intento de purificar el agua y el aire de su región. Nunca se había demostrado su éxito, pero la historia sí recogía una ascensión súbita de la ingeniería, que permitió la colonización de otras regiones antes prohibidas. Según las profecías, uno de los tres soles, exhausto ya del escaso hidrógeno en su centros, habría entrado en su fase terminal, que provocaría su expansión a gigante masa de helio, cada vez de mayor temperatura, y entraría en la órbita de los otros y del planeta, absorbiéndolos o perturbando de manera fatal sus trayectos. Las Tablas de Memoria estaban escritas del modo más alarmista posible; aunque todo el proceso se midiera en millones de años, la humanidad estaba condenada, y no habría salvación a menos que los ingenieros, iluminados por la promesa del descanso en Aliis, intervinieran en un Éxodo Futuro a otro sistema, que aparecía descrito como un auténtico paraíso terrenal.

Meddie conocía bien la historia: pese a la lejanía en el tiempo, las condiciones de vida se habían degradado lo suficiente como para que los augurios calaran en los líderes espirituales, que tomaron el poder de las mayores naciones, disolviendo los Estados en un golpe conjunto conocido como el Armisticio Salvador. En una nueva era, desencantada por los débiles gobiernos políticos, las sociedades cultural, individual y colectiva se fundieron en una sola, orientada a la sencilla idea de la huida. Pero a la hora de tomar decisiones trascendentes, el Armisticio se reveló ineficaz, y las luchas intestinas y los conflictos de liderazgo resurgieron, lo que significó el colapso. Incapaces de acordar las directrices de la expansión y los principales destinos, ya fueran en el propio planeta o en otros sistemas, la guerra santa no se hizo



esperar, gracias a un profundo calado religioso dirigido por cabecillas supuestamente iluminados. Un conflicto de generaciones en el que vivían inmersos desde entonces los pocos pobladores. El mundo se reagrupó en forma de clanes y vivió ajeno a lo que pasaba escasas millas en cualquier dirección. Para cuando los más valientes decidieron adentrarse en los territorios exteriores, como el bisabuelo de Meddie, descubrieron sorpresas tan enigmáticas como familias de máquinas que habían cobrado conciencia de sí mismas u objetos artísticos que se creían desaparecidos, ahora supuestamente animados por espíritus, que se movían y comunicaban como los seres humanos.

El pueblo de Meddie era, en esencia, un grupo de agricultores sumido en la superstición. Él se consideraba heredero de su bisabuelo explorador, que solo por azar echó raíces en Netsis, y no ignoraba su condición de paria. Como tal se levantó a presentar sus respetos a las máquinas gemelas. Recorrió cabizbajo el camino hasta el altar, y no pudo ver quién le escupió a la cara. Al primero, más tímido, se le unieron varios más, hasta que llegó ante las estructuras y puso su mano contra la cálida pantalla. Entonces, ya bendito por la ingeniería, los insultantes escupitajos cesaron. El sacerdote no había permitido que los fieles regresaran a casa, y desde hacía ya décadas, al permiso del cura se añadía el visto bueno de vigilancia por radio, que informaba cada diez minutos de la actividad en el espacio aéreo. No le importó. Meddie salió con un aire suficiente del templo, y una vez fuera, se giró hacia la fachada y se secó la frente de saliva y lágrimas. Le entristecía el escarnio, casi tanto como el gasto de agua al escupir, una arrogancia y superioridad de la que no eran dignos.

—Ojalá muráis todos de sed —amenazó con un grito formulado entre dientes, de una sola inspiración y que vació del todo sus pulmones, para luego darse la vuelta.

Le acompañó el silencio en sus primeros pasos, los más débiles, los que acusaron la fragilidad de sus piernas. Ni un solo cuervo rondaba el sembrado, ni el agua de la fuente, ni el tronco hueco de los árboles solitarios. El abandono de los pájaros le hizo reflexionar, y la caminata se volvió más rítmica, menos consciente, según

se alejaba de la plaza. Consideraba a los cuervos animales sociables, amigos del hombre, muy al contrario de la negra opinión que sus vecinos tenían de ellos, y desconfiaba de cualquier novedad en su conducta. Tan caviloso andaba que no vio a una sombra cubrir su camino, como precediendo su marcha. A su espalda oyó gritos, que sí le trajeron a la realidad. Un instinto le hizo devolver la vista atrás.

Todo sucedió a la vez, como si la confluencia de gestos, miradas, fueran los engranajes del estallido. Le deslumbraron dos haces verdosos que estallaban en una bola de calor y elementos sólidos. Detonaron primero en las alturas, ocultos tras las torres, luego rebotaron contra el suelo. Con un ligero retraso le alcanzó el estrépito, una batería de pulsaciones graves que retumbó en su interior y taponó sus oídos. Los ojos le escocían, seguramente por algún tipo de radiación, y necesitó un tiempo hasta poder mirar de frente.

A través de la espesa neblina grisácea distinguió la débil estructura de la iglesia tambalearse, y emerger de ella una treintena de personas aterrorizadas. Desde la planicie por la que caminaba, en una ligera elevación del terreno, distinguía que los impactos habían socavado la base de las murallas traseras, las pertenecientes al coro y el altar. La mayoría de los contrafuertes habían cedido a la potencia de los láseres, igual que las columnas adosadas por el exterior, y la torre principal, que compartía esquina con la pared más afectada, parecía a punto de derrumbarse. Se oían lloros y gritos por doquier.

Sin pensar lo que estaba haciendo se lanzó de cabeza a la confusión. Esquirlas de adobe caían aquí y allá. Uno de los cimborrios de la iglesia se había venido abajo por completo, y entre los cascotes se distinguían miembros y rostros de sus vecinos, recubiertos de una mortecina capa de arenisca. Una escasa minoría buscaba supervivientes entre los restos, pero casi todo el mundo había escapado del lugar, a tientas entre la niebla y heridos de diversa magnitud y apariencia fantasmagórica. El predicador vagaba sin rumbo, horrorizado, salvándose de cada fragmento despeñado como bajo un designio superior que lo hipnotiza-

ba, y con cada tropiezo con un muerto derramaba lágrimas amargas.

Del promontorio, una mezcla desigual de arena, cascotes y cuerpos, brotaba un vapor negro, el de las máquinas sagradas. La columna de humo emergía vertical desde los cimientos del templo, parecía brotar de él en un géiser algodonado y ceniciento. A través del espeso mazo nuboso surgieron los dos enemigos. Allá arriba, las naves no abandonaban la lucha, ajenas al desastre, y el tenso rugido de sus motores no dejaba oír otra cosa cuando planeaban casi a ras de suelo. Uno de ellos había sido alcanzado por el otro, supuso Meddie mientras cruzaba el maltrecho arco de la iglesia y se dirigía al mayor montón de escombros.

En sus estertores de muerte, las máquinas lanzaban agónicos pitidos, que alguien tuvo la clemencia de acallar con un pisotón. A su lado, la construcción preferida de Meddie, la torre, como por un milagro o quizá la simpatía del rudo paisaje por algún quiebro de la mano humana en el horizonte, permanecía en pie con apenas un par de rasguños en su dura piedra.

Meddie introdujo sus manos entre las piedras y rebuscó a toda prisa. Le confundían los llantos, cuyo origen no se ubicaba con facilidad. Notaba a sus espaldas la escapada de las víctimas y otras secciones derrumbándose del techo. A fuerza de impulsos ciegos y frenéticos, alguno aullaba, como queriéndose quitar una posesión de encima. Sus dedos tocaron carne, una piel aún cálida que le humedecía de sangre hasta los nudillos y que reaccionó con espasmos al contacto. Desenterró los mayores pedazos de piedra y tiró con suavidad. El pálido superviviente se había desmayado, pero tras unos golpes en el pecho tosió una buena cantidad de polvo y sus pulmones volvieron a funcionar. Era Foah.

## EPÍLOGO: CARDINE

La habitación se llenó del olor de las pastas de mantequilla, dispuestas por la mujer con mimo evidente sobre la mesa principal del salón, a la que acudieron en desordenado pelotón los cinco chiquillos, que sabían muy bien que las galletas, recién salidas del horno, quemarían

sus dedos de tan calientes que estaban, pero también que perder un solo puesto en la carrera les dejaría en desventaja frente a los otros cuatro. La mujer, complacida, observó el remolino de niños alrededor de la bandeja mientras colocaba una guirnalda del techo, fingiendo estar distraída, y perdía la mirada en el vaho de los cristales, empañados de puro frío. Fuera, las ramas del único árbol de la calle se agitaban con el viento.

Tan pronto los niños tuvieron una galleta, y solo una, pues a Cardine le gustaba hornearlas muy grandes y redondas, que apenas cupieran en sus pequeñas manos, los hizo sentar en corro. Los mayores sabían que la noche de año nuevo era propicia para las historias, por el clima severo y las temperaturas bajas, que los hacían acurrucarse cerca del fuego, condiciones raras, prácticamente un regalo del inhóspito verano que no los dejaba en paz menos de diez meses seguidos. En esas noches que rondaban la tregua del calor Cardine se servía, de manera excepcional, un trago de aguardiente de la bodega del bisabuelo Pat, que como un elixir antiguo traía de otro tiempo cuentos olvidados por casi todos, que sólo ella atesoraba, aunque la prudencia la obligaba a callar. La última noche del año la prohibición de revivir la Guerra del Aire quedaba levantada por una vez, y los terrores de ceniza, de cadáveres bajo escombros, los heroísmos y la amistad, que también los había, salían a la luz.

—Os voy a contar cómo el artista del pueblo predijo una vez el futuro —susurró con malicia, alargando las pausas hasta el límite, curvando su espalda hacia su público cautivo.

Los niños se apretujaron, la atención dividida entre la narración y la galleta los mayores, fascinados por la cadencia sibilina de Cardine al hablar los más pequeños. Notar sus pequeños ojos de almendra pendientes de ella siempre le causaba escalofríos. La edad le había vuelto más sensible a la inocencia, a la credulidad tierna de sus nietos, que nunca tuvo tiempo de observar en sus propios hijos.

—Como ya sabéis, el mal carácter del abuelo, que aún le sale por los orejas cuando alguien se porta muy, muy mal, llegaba a ser peligroso para todos en su juventud. Pues bien, un día vuestro abuelo se enfadó mucho con el

artista Meddie porque pensó que me estaba molestando. Esto no era verdad, lo que ocurre es que en mi juventud el trabajo era muy duro. Me tiraba desde el amanecer hasta la cena en el campo, los siete días de la semana, casi siempre bajo un sol terrible. Llegaba a casa, tomaba un plato de sopa, un trozo de pan y un muslo de pollo si era mi día de suerte, y caía en la cama como muerta. Una mañana me encontraba cargando la mies en un cesto, que apoyaba sobre mi hombro. Me dolía la espalda como no imagináis. Meddie se encontraba en el campo también; él pintaba uno de sus paisajes, como los que habéis visto en su casa alguna vez, y al verme tan fatigada no dudó en dejar su lienzo, sus lápices, botes y pinturas y el resto de herramientas para venir a mi lado.

»Él no lo sabía en aquel momento, ¿cómo lo iba a saber, si hasta yo ignoraba las consecuencias reales?, pero mi espalda sufría entonces los primeros síntomas de unas molestias en los huesos que iban a empeorar con la edad. Gracias a Meddie, esa mañana conseguí un pequeño respiro para seguir faenando.

»Pero en nuestro pueblo, ya lo habéis visto, las noticias tienen pies veloces y suelen preferir las medias verdades. A vuestro abuelo llegaron habladurías y chismes sobre el señor Meddie y yo, pero aparte de que nos vieran juntos, nada de lo que comentaban tenía que ver con los hechos. Vuestro abuelo, que era una persona muy impresionable y muy sensible también, se llevó una decepción enorme y salió por el pueblo gritando como un loco. Juraba que haría una locura si no hablaba con él; estaba hecho una furia.

»Yo me había refugiado en casa de mi madre, mi plan preferido cuando el abuelo se enfadaba. Era una chica orgullosa y no obedecía a ciegas a mi esposo, como hacían entonces el resto de mujeres, otra razón por la que siempre nos miraban mal en la calle o la iglesia. Si él me trataba injustamente yo me ponía de pie, muy tranquila, le decía adiós con toda amabilidad y salía por la puerta. Vuestro abuelo tenía un carácter de perros, es verdad, pero no era malo. Entendía y respetaba mis escapadas, aunque necesitaba dos o tres días en soledad hasta que se le iba el enfado. Esta vez alguien me avisó de cómo se estaba tomando los rumores

de las vecinas y me marché antes de que la tomara conmigo.

»En casa de mi madre me encontraba reflexionando y cuidando de vuestro padre, que entonces era muy pequeño, cuando le oí llamar por el balcón. No me había equivocado; el abuelo soltaba por la boca sapos y culebras, pero sabía cómo aplacarle. Hicimos las paces ahí mismo, yo arriba, él abajo, y chillándonos a voz en grito cuánto nos queríamos. Mi madre, vuestra bisabuela, se reía mucho de nosotros porque nuestros reencuentros eran muy empalagosos.

»Mientras tanto, el pintor Meddie lo pasaba aún peor que yo, que al menos había vuelto con mi marido. Él era el raro del pueblo, el que no quería casarse o ir a los servicios religiosos, dos pecados mortales en nuestro pueblo, que en cada señal de autonomía teme el fin de la comunidad. Cuando todo se arregló entre vuestro abuelo y yo, fui a hablar con Meddie, con permiso de vuestro abuelo. Me arriesgaba a nuevas calumnias, pero yo le debía una visita, aunque solo fuera para darle las gracias. Él me terminó de contar el incidente.

»Meddie, como os decía, era mal visto entre la gente, y un día, tras ser insultado por el sacerdote y casi todos los feligreses, deseó que el templo, en el que todos nos encontrábamos, se hundiera. Fue como si sus amargas palabras hubieran conjurado la desgracia; pues dos grandes naves aparecieron y bajo una rociada de láser, derrumbaron el edificio hasta no dejar piedra sobre piedra. El caos sembraba el escenario calcinado. La misma iglesia que él había ayudado a diseñar como arquitecto se venía abajo sin remisión. Han pasado ya cuarenta años pero nunca olvidaré los gritos sin origen claro, el color bermellón de la sangre y la gente emergiendo de la arena, como plantas extrañas, capaces de vivir en lo estéril. Vuestro abuelo y yo estábamos en el templo, ya reconciliados, y se nos desplomó encima un arbotante. Por suerte solo atrapó nuestras piernas. Si nos hubiera caído en la cabeza o el pecho quizá no estaríamos aquí todos. El golpe nos dejó inconscientes, y me desperté un rato después, tendida en el suelo, a veinte metros del centro de la catástrofe. Mi marido estaba junto a mí. Un grupo de figuras borrosas entraba del

edificio sin protección alguna y salía con gente cargada a la espalda. Me froté los ojos y conseguí enfocar a Meddie. Nos había salvado la vida.

»No había sido la primera vez que veíamos sus carcasas metálicas cruzar nuestro tranquilo cielo. Desde mi niñez recordaba como algo familiar el escuchar, de vez en cuando, el rugido más fuerte que el de cualquier animal de aquellos monstruos mecánicos. También conocíamos bien sus motivos; nuestro pueblo es el último antes de entrar en el más grande desierto del continente, un punto estratégico que nos ha hecho sufrir varias conquistas a lo largo de los siglos por diferentes clanes, hasta lograr la independencia. Si había un patrón para las apariciones de aquellos dos enemigos, nosotros lo ignorábamos por completo en aquel entonces. Podían pasar meses, años, en paz absoluta, sin verlas, o bien sucederse varias semanas de tremenda violencia. En muchas ocasiones veíamos los brillos de color de una sola de ellas moverse entre las nubes y luego desaparecer en silencio. Los niños aprendimos a no salir de casa solos, igual que vuestros padres y vosotros mismos. Desde que teníamos edad para caminar erguidos nos pusieron una lanza en la mano, y en cuanto lográbamos apuntar a un blanco en movimiento, a cargar y disparar armas de fuego. Las noches eran largas, bien por los sonidos de los láseres en la distancia, bien por la incertidumbre que causaba la ausencia de ellos.

»Corríamos a la escuela acompañados de un adulto que supiera defendernos, la vista clavada en el suelo. En los períodos más activos se imponía entre la población la ley del silencio. Nadie preguntaba si un día el tendero desaparecía o el maestro tardaba unos días en retomar las clases. Nos bastaba con rezar para que no nos tocara a nosotros. ¡Cuidaos del miedo, mis niños! Es una de las sensaciones más contagiosas que hay y consigue que el hombre tema lo desconocido y se odie a sí mismo por no ser capaz de afrontarlo.

»El resto de la historia del pintor ya os es más familiar... Todos los prejuicios fueron olvidados y el pueblo le condecoró por sus valientes acciones, y recibió el encargo de dirigir la reconstrucción apenas una semana después.

Los malpensados aún dudaron de él, pero Meddie se dedicó hasta el límite de sus fuerzas para entregar los planos del mejor templo que hubiera nunca en Netsis, y que ya sabéis que se mantiene con la misma firmeza que el primer día. Pero también sucedió algo curioso. Meddie rechazó todos los demás trabajos después del de la iglesia, y aunque se le consideraba un héroe, su trato con los vecinos se fue enfriando. Nunca se casó, dejó de recibir visitas en casa y ahora que está muy mayor solo habla con nosotros, a los que la vida nos ha hecho más felices.

»Ya sé que dejo lo para el final lo que realmente queréis saber. ¿Qué eran las dos naves? El conflicto entre ellas terminó hace tres años; sois demasiado pequeños para recordarlo pero fue una parte importante de nuestra vida durante setenta largos años, la batalla más larga que nadie de por aquí conozca. Cuando seáis mayores aprenderéis en la escuela que ciertas naves poseen la maquinaria que permite viajar en el tiempo, pero solo hacia el futuro. Sus motores permiten una superaceleración casi cercana a la velocidad de la luz, con lo que ignoran la dilatación del tiempo. Así, mientras nosotros envejecíamos durante décadas, ellos debieron percibir que su lucha duraba apenas tres horas.

»Recuerdo bien el día que aterrizó la primera de ellas. Aún leía con dificultad, pero tuve tiempo de leer el nombre de Tejedora en su viejo morro. Por la cubierta se asomaba una tripulación de hombres delgados y ojerosos, vestidos con pieles curtidas y resquebrajadas por el sol, liderados por un chico joven cubierto de cicatrices que se impulsaba sobre dos piernas mecánicas y al que llamaban respetuosamente Pater Operator. Los hombres le trataban con un respeto familiar, como si fuera realmente el padre de todos ellos. Más tarde sabría que le propulsaban las piernas del androide que mató a su familia, y que él llevaba como trofeo de su venganza.

»El Pater Operator descendió de la embarcación y se reunió con el alcalde. Un contacto con gente de fuera siempre se recibía con expectación y deseos de buena voluntad. ¡Eran tan escasas las noticias que nos llegaban! Mis padres me explicaron la llegada de la Tejedora,



que al parecer llevaba uno o dos días sobre una colina. La tripulación necesitaba un descanso y la nave andaba corta de combustible, para lo que podían utilizar aceites vegetales derivados de nuestras cosechas. Se llegó a un acuerdo por el cual incluso se admitiría el establecimiento de una base permanente de su clan, los Seletiste, en el pueblo, para los que ya no tenían edad para navegar y como puesto de información. La ciudad de Netsis se beneficiaría de las noticias y los conocimientos de un clan muy especializado en tecnología y navegación. Era un buen negocio.

»Por desgracia no se formalizó el acuerdo más allá de la firma del contrato. Otra nave, de un clan llamado N´Erom, acudió al día siguiente, atraídos por las posibilidades estratégicas del pueblo. Nunca había sucedido una coincidencia como aquella, y pronto supimos que ambos clanes se arrogaban derechos que no pensaban compartir, ni mucho menos ceder. Estaban acostumbrados a pelear por lo que consideraban suyo. Las tensiones desembocaron en una guerra, cuya duración no podíamos ni imaginar.

»Quince años después entraba yo en el بازار de la plaza, para encontrarlo bullendo de actividad. Normalmente era un lugar frecuentado por las ancianas del pueblo, de hecho acudía por encargo de mi abuela, que sufría de las piernas y no podía desplazarse, para hacer las compras de la semana. Había montado un revuelo en un corrillo de siete u ocho personas, y solo con un par de empujones logré echar un vistazo y descubrir al Pater Operator en persona. Yo era una adolescente, el pueblo mismo había crecido, pese a los destructivos encuentros de las naves, pero aquel hombre aparecía ante mí con la misma imagen que me salió al paso siendo una niña. Su figura destacaba por sus piernas mecánicas, que brillaban y emitían un sonido frío y pesado al moverse y le elevaban a una altura de dos metros.

»El navegante, tan serio, aparentaba todavía veinte años, y me extrañó el haberle alcanzado en madurez, y casi en altura. Él no me reconoció. Estaba muy ocupado en aprovisionarse junto a dos de sus hombres como para prestar atención a la chica que no le quitaba ojo. Avergonzada, finiquité mis recados y salí a

la carrera de la tienda.

»Fui muy dichosa el día de mi boda, como estaba previsto. Es curioso cómo el hecho de conocer quién será tu futuro cónyuge desde los diez años no resta emoción a la ceremonia. Vuestro abuelo era muy buen carpintero, y acabamos bromeando sobre cómo destruirían las naves el techo de nuestra casa en la próxima batalla, y que en cierto modo les agradeceríamos el espectáculo de fuegos artificiales con el que festejarían nuestra primera noche juntos.

»Pero el caso es que esa batalla no llegó. Pasaron años, un largo período de paz, nuestro alcalde falleció, el poder cambió de manos y en muy poco tiempo todo el asunto fue olvidado. Imaginamos que habían dado por imposible la misión por puro desgaste, ya que nunca podrían saber cuándo o cómo aparecería el enemigo si se asentaban y bajaban la guardia. Quizá el Pater Operator y los suyos buscaban provisiones el día en la tienda porque iniciaban un largo viaje. Nadie se atrevió a preguntarle acerca de la contienda, mucho menos a recriminarle su indiferencia por los destinos de los habitantes. En realidad, mientras estuvo presente en la botica, todo el mundo estaba cuadrado como un militar y hasta parecían entender, incluso defender, la necesidad de aquella guerra.

»Recuerdo muy bien que estaba zurciendo unas medias cuando en esta misma ventana que aquí veis se desplegó frente a mis ojos una sucesión de colores, como si del cielo hubieran colgado una alfombra tejida. ¡Los recuerdos volvieron tan frescos y nítidos! Casi podíamos oír a nuestros padres gritándonos que nos metiéramos a cubierto bajo las mesas del salón. Abrazamos a nuestros hijos contra nosotros, notamos sus pequeñas manos agarrarse con fuerza y algo nos trajo a la tierra. El sueño de la infancia se vino abajo y reaccionamos: solo habían pasado unos segundos. Siguiendo nuestra propia instrucción de niños, metimos a nuestros hijos bajo la mesa, reforzamos las ventanas, corrimos al armario que siempre estaba cerrado con llave para sacar los mosquetes. Igual que nuestros padres. Dispuestos a contraatacar si era necesario. Luego, solo permaneció el silencio, y el resto de luces y soni-

dos se difuminaron en la distancia. El reloj de la pared indicaba que apenas había pasado un minuto desde los primeros ecos de la batalla. Aquello quedó como un incidente aislado, el más breve que habíamos conocido. Muchos vecinos ni siquiera se percataron del suceso y en el aire flotaba la sensación de que la batalla llegaba a su final.

»Y un día, hace tres años, se acabó. Sois demasiado pequeños, para mí el tiempo discurre de otra manera. ¿Sabéis cuál fue el último escenario del combate, tras siete décadas de enfrentamientos, de amenazas, de escaramuzas y de miedo? Pues el jardín trasero de mi madre, vuestra bisabuela. El intercambio de láseres, al que estábamos acostumbrados, había comenzado desde muy larga distancia, y se prolongó toda la mañana, hasta que el sol primero se encontraba en el auge de su trayecto y el segundo, recién amanecido. Los chavales más valientes se lanzaron a la calle en busca de una historia con la que impresionar a las chicas del pueblo. Uno de ellos fue testigo del intercambio de láseres, que calcinó las copas de los arbustos de la zona y que terminó con ambas naves destruidas, humeantes, en una loma despoblada. A su alrededor conté una treintena de cuerpos. No todos habían muerto, más de uno se levantaba aún y blandía armas abolladas.

»Los tripulantes que aún vivían debieron temer un escape de gasolina o algún otro fallo de las naves. Se arrastraron fuera del alcance de posibles explosiones, y al verse, sacaron los revólveres de sus fundas y aún sobre sus estómagos, dispararon de nuevo. El pueblo entero observaba desde el interior de las casas. Entre la avanzadilla reconocí al capitán Malkiel Selectiste, magullado y lleno de contusiones y cortes hasta el punto de que parecía uno de los muertos en vida que se esconden de noche en los plantíos según nuestras fábulas. Las piernas mecánicas no le respondían bien y le provocaban una extraña cojera que le hacía avanzar a base de tirones secos y pausas desiguales. Por el contrario, el zumbido maquinal de sus tendones mecánicos flotaba como una melodía soñadora. Aun a través del humo y la ceniza, y de la costra de sangre negra que cubría su piel, observé que no había envejecido en absoluto. Una vez más, sus facciones seguían siendo las

de un chico de veinte años, como cuando le conocí en mi adolescencia.

»Se abrió paso el capitán, ocultándose como podía entre los maizales que separaban nuestro pueblo de la ladera y dejando un negro reguero, mezcla de plasma y aceite, y terminó por derrumbarse en el jardín de esta misma casa. Las plantas se agitaron cuando se hizo paso a manotazos, como asustadas. Era un invierno crudo, un invierno muerto. Una gruesa manta de nieve igualaba el horizontal de la tierra y la valla, y la vida se escondía debajo. Sólo en las marcas de pequeñas huellas ramas peladas, mínimas, dejaban fundir cristalitos azules de aguanieve, y una llama de resistencia indecisa parpadeaba, consciente del lugar privilegiado, garante de un magro pedazo de sol bajo el que vivía.

»El chico manejaba con pesadez y cansancio su pistola, cuyo cañón dejaba balancear a su antojo. El torvo esturión de su uniforme, misterioso animal, quizá marino y sin duda ya extinto, respiraba con cada nueva arruga de la tela. Malkiel apuntó al frente sin fuerzas. Cuatro de los últimos supervivientes de la otra nave le rodeaban. Disparó a los dos primeros, que se derrumbaron a un metro de la valla. Dos gotas de su sangre dibujaron dos largas filar bermellones en mi cristal. Al tercero lo mató por la espalda un anciano de gafas redondas y vigor en los hombros, pero mientras lo hacía, el cuarto aprovechaba su tiempo de ventaja. No pudo actuar; ya caía sobre la nuca del capitán el peso de un amplio machete cuando el enemigo se derribó frente a él, inconsciente y con una brecha del tamaño de una mano abierta en la cabeza. Todavía de rodillas, el que luego se presentaría como Malkiel Selectiste alzó los ojos y me vio bajo el umbral. Junto al enemigo caído, la cazuela de barro más grande de mi cocina, que le había saltado los sesos. El capitán no se sorprendió porque interviniera. Aprisionó el cuello del enemigo con su poderosa pierna mecánica. Luego lo pensó mejor, sacó el cuerpo de su rehén fuera del jardín y entonces sí, y lo aplastó con el pie tres veces, hasta acabar con él. La tierra se tiñó de rojo, luego se dio la vuelta, en silencio. Malkiel y yo nunca hablamos.

La mujer interrumpió su narración con la

voz en un punto alto, como si una última frase hubiera quedado colgada, como un ave que no termina de levantar el vuelo. Uno de los niños, acostumbrado a historias más cortas o con finales más sencillos y aun así lleno de curiosidad, tiró de su falda.

—¿Y entonces?

—El clan Seletiste sobrevivió. También su capitán. Dos de los suyos quedaron en el pueblo, pero no los conocéis. Salen temprano de sus casas, recorren los alrededores, muy lejos del pueblo, pasan a veces varias semanas fuera, y al fin regresan de noche. El resto se marcharon, no se sabe bien adónde, no han dado señales de vida y tampoco han regresado para avituallarse o trabar contacto con sus hombres en el puesto fronterizo. Es difícil saber qué ha sido de los tripulantes de la nave. El alcalde actual ha revisado los testimonios de las últimas décadas y ha concluido que actuaron en defensa propia, que defendieron siempre que fue posible la integridad del pueblo y que por lo que respecta a Netsis, el acuerdo sigue en pie y tienen permiso para alojarse con nosotros cuando lo deseen. Se envía una señal cifrada por radio con este mensaje cada mes, siempre sin respuesta.

»En primavera, cuando las tormentas son más frecuentes, escuchaba ruidos fuera de la

casa. Entonces yo me levantaba, dejando las labores a un lado, en la mesa, y me asomaba a la ventana. A veces entre el sonido de dos truenos creí oír el rugido de las turbinas de la Tejedora y en uno de los camarotes, al capitán Malkiel. Prestaba atención, con cuidado, cuando todo estaba en calma, y juntaba mis manos, o las ponía suavemente sobre el cristal, pero nunca distinguía más que un reflejo dorado sobre las nubes. Dicen por ahí que sigue vivo, que viaja por el desierto y por el tiempo. Yo ahora soy demasiado mayor y mi oído no es lo que era... los motores de su nave nunca llegarían a mí como antes.

Una última luz de la tarde se acopló al marco de la ventana, pintando de amarillo el lado izquierdo de la mujer, que aprovechó el súbito regalo templado de las lunas gemelas para hacer una pausa y luego, como si fuera una continuación lógica de su cuento, añadió en voz más baja:

—Vosotros sois lo más importante de este mundo para mí y os querré mientras viva —dijo la abuela, se levantó y se fue a la cocina a preparar otro plato.

**FIN**

*"Su piel era azulada y peluda en la espalda y la cola. En el pecho tenía una especie de coraza de escamas, casi como las de un pangolín; la armadura le llegaba hasta los hombros, haciéndole parecer un jugador de fútbol americano. Sus patas eran fibrosas, sin duda era veloz en la carrera. No apreció garras, quizá las tuviera retráctiles. Rematándolo todo una cabeza alargada, como la de un oso hormiguero. "*



# LOS AGENTES DE LA SELECCIÓN NATURAL

*Por Amelia Franquelo*

*Ilustración de Alejandro Monge*

## I

Sacudiéndose la lluvia, un hombre enchaquetado a lo gangster se acerca a un antiguo portal bien conservado. Su rostro oriental porta un rictus indescifrable que se refleja en el cristal. Sin sacar las manos de los bolsillos estira un poco el brazo derecho en un gesto extravagante, casi rozando con su americana azul una placa en la pared grisácea. Algo hace «bip» y una voz femenina susurra «Buenos días, señor Kikori». El enchaquetado levanta la cabeza, hace un gesto gratuito con el sombrero y entra paseando por el hall mientras las luces se encienden poco a poco en un suave degradado. A su derecha hay unos buzones oxidados a los que aproxima una terminal de bolsillo; el casillero se abre con un chasquido. Dentro no hay absolutamente nada, por supuesto. Hace mucho tiempo que las cartas postales desaparecieron. Kikori recuerda con nostalgia cuando los

servicios de correos del Estado cerraron y solamente quedaron los mensajeros privados. Recibir correo físico en casa es algo que resulta a todas luces sospechoso e inquietante para los vecinos. Ni siquiera la publicidad llega en ese formato. Los anuncios se descargan en la matriz del edificio y se distribuyen a los emisores que jalonan los pasillos y ascensores. Todo ello pagado por el Gobierno, el mayor intermediario en publicidad del mundo.

Supera con facilidad un par de escalones y camina por un pasillo de mármol sintético. Al fondo a la izquierda está el ascensor. Sus puertas se abren antes de que Kikori las alcance y una sombra se proyecta sobre la pared. Se trata de un animal grande, con una

cola larga con forma de interrogación. Parece estar a dos patas y alarga los brazos hacia otra sombra con perfil más humano. La música que sale del ascensor habla de vacaciones en la



estratosfera patrocinadas por una conocida marca de refrescos. Nuestro enchaquetado se detiene y se lleva la mano al costado, palpando en la sobaquera el táser que lleva allí oculto. Lo empuña y coloca el dedo sobre el gatillo. Sin sacar el arma de su escondite se acerca lentamente con la esperanza de no ser percibido. Dentro del ascensor surge un quejido de dolor. A su vez, el animal emite un sonido agudo y estira el cuello aproximándose más a su víctima. Kikori sigue acercándose poco a poco, con extremo cuidado y profunda inquietud. La estúpida tonadilla del anuncio alcanza a su apogeo cuando está casi llegando a las puertas de cristal del elevador. Con la espalda pegada a la pared, escucha un nuevo lamento humano y el amasijo de sombras se remueve, se materializa y sale a su encuentro.

Un animal de menos de medio metro sale al corredor unido a su dueña por una correa acharolada de color verde. Se trata de la señora Sokolov, una mujer que aparenta unos treinta y cinco años, enfundada en un traje de chaqueta color crema y acompañada por un lémur de cola anillada muy a juego con su atuendo. Ella sale cojeando y tocándose el tobillo mientras emite un nuevo sonido de disgusto y molestia. Kikori suelta el aire atrapado en su pecho y relaja los brazos. Saca la mano de debajo de la chaqueta lo más rápido posible e intenta disimular torpemente. La señora Sokolov le descubre y se sobresalta dando un respingo.

—¡Oh! ¡Es usted! ¿Pero qué hace ahí apoyado en la pared? Menudo susto me ha dado. —La mujer está a punto de caerse pero consigue guardar el equilibrio—. ¿Se encuentra usted bien? Ya me ha dicho el conserje que no está pasando por uno de sus mejores momentos, querido. Está todo tan difícil en general, ¿verdad? Ya lo decía mi padre hace años cuando... —Desgraciadamente ha empezado a hablar; circunstancia que una vez comienza no hay quien detenga.

—Yo... Ehm... Estoy bien, señorita Sokolov. —A ella le gusta que la llamen así, a pesar de que su edad es por todos conocida y muy alejada de su aspecto externo— No se preocupe, estoy bien, de verdad. ¿Usted está bien? ¿Se ha hecho daño en el tobillo? La he visto agacharse y...

Antes de que termine la frase, ella ya le ha contado que sus nuevos tacones de doce centímetros son tan caros y estilosos como incómodos; le informa de las mejores tiendas para hacerse con unos zapatos de firma. También le cuenta lo ilusionada que está con su nueva mascota y la seguridad que le da el hecho de que carezca de lóbulo temporal derecho, tal y como le han indicado en el criadero donde la adquirió.

Él consigue hacer un quiebro que le coloca en el lado adecuado del pasillo y va reculando distraíentemente hacia dentro del ascensor.

—No quiero entretenerla, es evidente que tiene mucho que hacer hoy. Su lémur parece deseoso de salir a la calle. —Kikori observa al primate, que le mira con cara de aburrimiento mientras está sentado sobre la moqueta. «No me estás ayudando nada, monito», piensa mientras intenta evitar que la señora vuelva a entrar en el ascensor. Ella se vuelve y mira al bicho. —Quizá tenga usted razón, Señor Kikori—. Aprovechando la oportunidad, él gesticula al sensor y le desea un buen día antes de que ella pueda volverse y contraatacar.

Repuesto del ridículo encuentro y por fin en su piso, Kikori abre la puerta del despacho, una reliquia de tiempos pasados. El noventa por ciento de la población con trabajo «de oficina» lo hace en su casa. Pero él va con 10 años de retraso y le encanta. El local no es suyo en realidad, pertenece a su mujer. Su modesto trabajo no le permite esos gastos a Kikori, pero a ella le encantan sus excentricidades y le deja utilizarlo para sus juegos de investigación.

Al entrar, la terminal pita para indicar que abandona su sempiterna hibernación y el detective toma asiento frente a ella. La máquina de café lanza un silbido avisando de la disponibilidad de la bebida. Otro zumbido indica una llamada entrante. Las primeras palabras se pierden debido a un molesto zumbido de herramientas en algún apartamento adyacente.

—No. No lo he hecho aún —apostilla un somnoliento Kikori.

—Pero cariño, dijiste que lo harías la semana pasada —dice una mujer pelirroja con cara de fastidio.

—Lo sé, lo sé. Pero ya sabes que soy muy despistado para los asuntos domésticos. Cuan-

do llegue esta tarde lo haré —replica él distraídamente.

—Eso dijiste la última vez; y lo dirás la siguiente. —El tono condescendiente y molesto se eleva—. Pero no me importa. Es divertido pincharte con este tipo de estupideces. —La imagen y la voz mutan en algo más juguetón.

—¡Oh! ¡Otra vez tomándome el pelo! Empezaba a temer que te hubieras enfadado.

—¡Ja ja ja ja! —Las carcajadas inundan la habitación.

—No sé cómo te agunto —dice él acompañándolo de una media sonrisa.

—Tampoco yo lo sé. No te distraigo más. Ya te volveré a llamar. Quizá pueda escaparme uno o dos días e ir a verte. —Ella le lanza un guiño y sonríe.

—Eso sería estupendo. Hasta luego, suerte con tu reunión. ¡Espera! ¿Dónde me has dicho que estabas hoy? —añade, Kikori, in extremis.

—No te lo he dicho, listillo. —Ríe de nuevo y se despide agitando la mano.

Cuelga el teléfono con una clara imagen de la risa alegre y refrescante de su mujer. Así ha sido siempre ella. Ácida, traviesa y divertida. Interesantes conceptos en la cabeza de un hombre de apariencia tan gris como Kikori. Quizá no siempre fue así.

Mira al infinito durante un par de minutos y luego parece despertar de su ensimismamiento. Abre el gestor de noticias. Anuncios y más anuncios. Algunos titulares, pero nada interesante desde la semana pasada: el director del Partido Anticlerical de Oriente ha subido diez puntos en las encuestas, dato interesante para las inevitables elecciones mensuales. El rector de la Universidad Virtual de Occidente ha abdicado en la figura de su sobrino, Jacob Vanderbilt. El bosque en Río de Janeiro avanza imparable. La bolsa se desploma en algún país lejano. La emisión de rayos gamma de hoy será unas décimas inferior a la de ayer.

En cambio hace unos días hubo un par de avistamientos más. Ahí estaba el quid de la cuestión. El investigador había pasado semanas esperando aquello y de repente hubo dos. Cuando parecía que todo aquel asunto había sido apagado, empaquetado y archivado. O eso rezaban los portavoces de las diversas administraciones cuando se les preguntaba. «El ejérci-

to y los científicos aplastan a las criaturas», sentenció uno de los últimos y rimbombantes titulares. Incluso habían expuesto una de esas cosas en el museo de ciencias de alguna ciudad importante. En la red se podían contemplar los vídeos de las autopsias y también leer extensos informes sobre su composición y fisiología.

Avistamientos. Dos. No dieron muchos detalles por dónde empezar. El primero en el dormitorio de un acaudalado ancianito moribundo; concretamente, en su mansión de la costa. El segundo, cuatro días después, en un parque, provocando un accidente ciclista. Un chaval de unos 17 años se partió la crisma haciendo acrobacias sobre unas barandillas. Los servicios sanitarios de rescate no llegaron a tiempo de salvarle la vida.

Solo dos. Eso quiere decir que se han vuelto cautelosos. Tiene sentido, cazaron a uno hace unos meses y salió en todas las noticias. Seguía resultando un asunto inquietante para unos pocos, pero los gerifaltes insistían en que no se trataba más que de cadáveres andantes, infectados con el nanovirus creado por los técnicos de CitoLabs. El gobierno necesitaba algún tipo de triunfo respecto a los monstruos híbridos. Bueno, en realidad estaban hasta arriba de mierda en todos los sentidos y una victoria así es la que te hace recuperar el clamor de tus votantes. Sobre todo para las elecciones mensuales. Esa idea le hizo recordar que debía rellenar los formularios para la siguiente votación y así lo hizo con presteza.

Cuando terminó volvió, una vez más, a esas dos noticias que le interesaban. Hace poco menos de un año, hubo una explosión de apariciones de híbridos y llegaron a ser algo extremadamente común. Ahora sus actividades se habían convertido en algo más oculto que antes, un asunto más oscuro. Aquellos extraños seres no se dejaban ver demasiado. Quizá estaba todo planeado y los avistamientos los mantenían en las noticias cuando muchas facciones deseaban que fueran olvidados. Eran algo salvaje y alienígena que se resistía a ser controlado. Por eso le interesaban a Kikori, por eso estaba fascinado con aquel asunto. Algo muy profundo en su inconsciente le empujaba a desear saber más.

La evolución de la crisis fue la siguiente: tras varios titulares en revistas sub sobre fenómenos

paranormales, la cosa se salió de madre. En un principio no eran más que señoras con rulos y bata que decían haber visto algo extraño al salir para sacar la basura. Luego, adolescentes borrachos y drogados comenzaron a tener delirios similares. Esquizofrénicos diagnosticados o debutantes se unieron al coro. Los especialistas hablaban de un fenómeno de sugestión y contagio colectivo. En otras épocas de la historia de la humanidad se había tratado de ovnis, chupacabras o misteriosos y gubernamentales señores trajeados. Era el último grito en paranoias y sinsentidos. Hasta que los híbridos lanzaron su ataque de forma organizada y tras el estupor inicial cundió el pánico.

En todos los países, protectorados y territorios independientes o desmilitarizados se produjeron cientos de avistamientos. Uno no sabía a qué atenerse al poner un pie en la calle. Ni siquiera saliendo al balcón o al jardín. Alguna de esas cosas podía estar pululando por las cercanías.

Los laboratorios se lanzaron acusaciones entre ellos. De algún lugar tenían que haber salido aquellos bichos tan extraños. El ejército se mantuvo en silencio, lo cual levantó aún más sospechas. Los asiáticos se rieron de las calumnias vertidas, alegando que su gente trabajaba en laboratorios en alta mar desde hacía años. Ninguna de esas características iba a sobrevivir flotando tantas millas hasta la costa. El zoológico de Villa Pallavicino en el lago Maggiore, lleno de exóticos ejemplares sacados de un tubo de ensayo, cerró durante un par de meses. Rodaron algunas cabezas de alto nivel aprovechando la confusión. La división de biología evolutiva de OmniosCorp fue encarcelada al completo. Un marcador proteico patentado por ellos fue encontrado en varios cadáveres. Ahí tuvo su fin de fiesta la caza de brujas.

Mientras tanto, los animales campaban a sus anchas por el mundo. Hasta que hubo un incidente en el que se consiguió capturar a uno de esos seres. La euforia duró semanas, meses, pues a partir de ese mismo momento desaparecieron de la faz de la tierra. El Gobierno se vanaglorió de su gran victoria. Comenzaron a circular rumores sobre guerra bacteriológica contra los entes extraños. Esa acabó siendo la versión oficial. Alguien tuvo una idea feliz y

logró encontrar un patógeno que solamente atacaba a los híbridos.

Tras meses de calma chicha volvieron las apariciones. A partir de entonces fueron discretas y esporádicas. Poca cosa. Los restos de la batalla, decían las autoridades. Cadáveres andantes, infectados con el virus creado por los científicos. Les quedaba poca vida, no había que preocuparse. Había otras cosas más acuciantes, como las emisiones gamma diarias o la agresiva e imparable selva amazónica. Fue en ese momento, cuando el asunto se tornó enteramente clandestino, cuando atrapó la atención del investigador.

En un mundo como el de antes, el señor Kikori habría pasado la mañana leyendo los periódicos, tomando café aderezado con bourbon y encadenando un cigarrillo con otro. Todo esto mientras recordaba cómo se hacían las cosas en los buenos tiempos y lo mucho que quería a su exmujer. Aquella que le dejó tirado por un guapo y jovenzuelo inversor que la llevaba a fiestas decadentes y pagaba sus caprichos. Los investigadores de cine negro siempre están rodeados de mujeres bellas e inquietantes, con vidas misteriosas y torturadas. Nubes de humo de tabaco y mobiliario viejo y agrietado. En la realidad actual, la oficina del detective está sospechosamente ordenada. No hay casi papeles encima de la mesa, porque se trata de un material que ha caído en el desuso. Tampoco hay ceniceros llenos de colillas, si acaso unos cigarrillos electrónicos perfectamente legales, que mantiene por una razón más bien melancólica. Un par de macetas con autorriego y sendos cadáveres vegetales, renegridos y retorcidos sobre sí mismos. Podría tirarlos, pero el despacho perdería parte de su encanto. El cristal polarizado que ocupa la totalidad de la pared se encuentra en modo semitransparente, para que la luz no resulte agresiva al resacoso Kikori. Solo bebe cuando su mujer está de viaje, y lo hace por motivos estrictamente prácticos y laborales. Nadie contrata a un investigador privado demasiado sobrio. El que viene a una oficina como esta busca algo con un cierto tinte romántico, con unas normas establecidas. Él conoce esas normas y las cumple a rajatabla. Por profesionalidad y diversión.

Se escucha un sonido aséptico e impersonal que Kikori identifica como el timbre de la puerta. Asume que debe ser el administrador del edificio, que lleva varias semanas persiguiéndole para hablar de algo relacionado con la propiedad del despacho. Asuntos de poca monta que no le apetece nada atender. Está demasiado enfrascado con el tema de los híbridos y no quiere distracciones que le impidan analizarlo todo con la minuciosidad que merece. Una vez que pierde el hilo, los resultados no son los mismos y pueden volverse bastante impredecibles. Se maldice por la inoportunidad de la interrupción y hace un gesto a la consola. En pantalla aparece la imagen de un joven. Lleva un traje de serpiente sintético a la última moda, una especie de máscara a juego con el traje y unas futuristas gafas de sol que le tapan los ojos. El peinado móvil, asemejando algas marinas, llama la atención de Kikori. Un posible cliente podrido de dinero. «Pase», musita con voz profesional. Se da unos segundos para meterse en el personaje y agita la mano derecha hacia el sensor provocando la apertura de la puerta.

El hombre de verde ofidio penetra en el despacho con cierta precaución. Da un rápido vistazo al habitáculo observando todos y cada uno de los detalles. El ventanal, las momias de las macetas, la alfombra roja, el mueble cocina con su olor a café, el ventilador de aspas retro colgando del techo, los muebles color crema y el caballero que se levanta a recibirle. El reflejo de Kikori se proyecta en el cristal de sus gafas mientras este extiende la mano para saludarle. Lo cataloga como un investigador privado de unos cincuenta años que tuvo tiempos mejores. Detecta algún tipo de incoherencia sutil en su indumentaria que no podría explicar con palabras. El traje le resulta evidentemente antiguo. Sin duda, un tío con un punto de aislamiento de la realidad, de extravagancia trasnochada. Tal y como se esperaba.

—Por favor, siéntese. Supongo que tenía usted cita, pero mi secretaria no me ha informado. Está ausente encargándose de unos papeleos y con las prisas lo habrá pasado por alto. Tenemos tanto trabajo. —Kikori estira su mano hacia el recién llegado—. Ya sabe cómo son estas cosas. ¿Desea tomar un café? Es

auténtico, por supuesto, detesto esos sucedáneos modernos.

Mr. Serpiente acepta el tono cordial de Kikori y relaja los omóplatos. Tiende una mano enguantada.

—Mi nombre es Conrado, Oscar Conrado. Acepto su oferta de café, sobre todo tratándose de un producto auténtico. —Por supuesto ese comentario no es más que pura formalidad y cortesía. En ningún momento se había mencionado, y de hecho se sobrentendía, que el grano no había crecido bajo el sol.

El detective mantiene el apretón de manos y durante un par de segundos mira donde deberían estar los ojos del posible cliente. La mirada firme es fundamental con este tipo de sujetos. Su ropa es moderna y arriesgada pero se esconde tras una máscara y gafas de sol. Los guantes también dicen mucho sobre lo que desea desesperadamente ocultar. Un par de centímetros de piel picada de pequeños pinchazos, como de alfiler, se filtran entre la camisa y el guante. *Voilà*. En más de un cincuenta por ciento de las ocasiones, una máscara y unos guantes ocultan una viruela de Souza. Pero el caso es que las máscaras en general se pusieron de moda hace años entre las personas de alto nivel. Luego fueron copiadas por la masa, obviamente, pero con dispar resultado y calidad. La raíz del asunto está en las crecientes emisiones gamma que han provocado la prohibición de tomar el sol en prácticamente todas las regiones del planeta. Algunos piensan que se trata de algo exagerado, de un intento más por recortar las maltrechas libertades de la población. Kikori no lo cree así. Ha visto los efectos. Personas con la piel frita y llena de ampollas. El que puede se paga un tratamiento de gelatinas, pero la mayoría tiene que conformarse con ungüentos de mala calidad o infiltraciones del mercado negro. Actualmente, los pijos las usan como accesorio de moda durante el día, y también como protección solar. Las suyas son especiales, pues en la parte interior están recubiertas de una sustancia que se adhiere suavemente a la piel y realiza un tratamiento especial rejuvenecedor o colorante. Las caras azules se llevaron mucho el pasado otoño. Las arcoíris, menos elegantes, son un *must* entre los nuevos ricos. Su cliente, en cambio, lleva una monocolor lacada en verde.

—Síntese, señor Conrado. Si lo desea puedo transparentar más la ventana. Estoy acostumbado a la semioscuridad, pero quizá le vendría bien algo de luz a mis plantas.

Conrado toma asiento, se quita las gafas de sol y evita mirar las ramas retorcidas en la esquina de la ventana.

—No se moleste por mí, también soy animal nocturno. Ya me ha fastidiado encontrarme con la tormenta semanal hace dos manzanas. No suelo salir a la calle tan temprano. —El sillón color crema se queja mientras la piel de serpiente se acomoda deslizándose sobre su superficie.

Kikori se acerca a la cafetera y sirve una taza para el joven.

—Ah, sí. Creo que esta vez estaba patrocinada por El Grupo Azul. Han debido invertir mucho en el patrón eléctrico —dice mientras deja la taza sobre la mesa y vuelve a tomar su lugar. Elimina las ventanas de noticias y antiguos casos, que había dejado deliberadamente abiertas, de la proyección. Apoya los codos sobre el cristal impoluto y junta las manos en una hipotética oración. Se mesa la barbilla afeitada concentrando toda su atención en el cliente. Al otro lado del enorme ventanal, nubes y claros se turnan produciendo un efecto estroboscópico, como de discoteca, ralentizado.

Piel de Serpiente no toca el café, pues en ningún momento ha considerado deshacerse de su máscara. Kikori se resiste a darle la satisfacción de contemplar el cabello móvil, que debe haberle costado una pequeña fortuna. Aun así, Conrado no puede evitar hacer un comentario.

—Si le distrae puedo detenerlo durante unos minutos. Pero nunca se lo comente a mi estilista. —Se toca el lóbulo de la oreja izquierda y su cabeza se congela en una escultura modernista de inspiración marina.

El detective, fiel a sus principios, continúa aguantando estoico la representación teatral. No dice ni una palabra, no mueve un solo músculo. Únicamente observa, pues forma parte de su trabajo y es lo que más información le proporcionará a la larga. Las imperceptibles claves posturales de Conrado van fijándose en su materia gris de modo inevitable.

El joven concede una tregua al investigador. Tose llevándose la mano hacia la máscara

en un gesto protocolario arcaico y manierista.

—Como podrá usted imaginar me ha costado mucho decidirme a realizar esta visita. He sopesado los pros y los contras de acudir a usted y creo que es la única manera de no exponerme demasiado. Algo más privado y sub es mejor para mí en las circunstancias actuales. —Kikori asiente y aguarda—. No sé si conoce al señor Próvata. Aquel famoso empresario griego que se casó seis veces. Tres de sus sucesivas esposas eran hermanas. Hace años que se retiró de la vida pública, estaba aburrido de tanta pompa y tanto peloteo. —El detective asiente con la cabeza—. Quizá no sepa mucho, ya le digo que hace años que dejó la primera plana. —El tono monocorde indica una historia bien ensayada. Así que el detective obvia las palabras de Piel de Serpiente y se centra en su lenguaje corporal. Mientras corren los minutos el joven desgaja los principales hitos en la vida del licenciado empresario. Kikori observa la casi total ausencia de movimientos, a excepción de la gesticulación para enfatizar un par de puntos, y se pregunta si Conrado habrá tomado algún tranquilizante antes de entrar en su despacho.

—Yo le conocí hace unos nueve años. Un golpe de suerte hizo que se fijara en mí durante una mascarada clásica en LoBelle. Unas semanas después, tras encontrarnos en otros eventos de la temporada, acabé decidiéndome. Sabía que estaba buscando un asistente, pues me lo había dicho él mismo. Supongo que me estaba poniendo a prueba. El viejo era muy listo. Trabajamos juntos durante cinco años. Yo quería mantener mi independencia por encima de todo. Además estaba la fachada, claro. —Se acaricia la máscara y hace una pausa dramática. Kikori continúa impenetrable—. ¿Le extraña? Era algo conocido en los círculos de nivel alto, pero privado de cara a todo lo sub. Ese griego era un tipo tremendo, insaciable. También con sus mujeres, no se crea. No en vano reconoció unos veinte hijos. A saber cuántos tuvo en realidad. Es un secreto que se ha llevado a la tumba. —El detective levanta una ceja inquisitivamente—. Sí, por eso he venido, murió hace una semana. En circunstancias un tanto extrañas. ¿Acaso no lee usted las noticias? Menudo detective está hecho. —Tras



lanzar ese anzuelo da por terminada su introducción.

Kikori ignora las últimas palabras de Conrado y comienza con la batería de preguntas.

—¿Qué quiere decir con extrañas? Por lo que me ha dicho, el señor Próvata era bastante mayor y estaba retirado.

—Quiero decir que era un día como cualquier otro. Era mayor pero tenía aún ese brillo en los ojos. Ya sabe lo que quiero decir. Los años no perdonan, claro; pero él seguía... — Piel de Serpiente se acaricia la máscara y un cambio sutil se opera en su actitud—. ...Lleno de energía. Aparentemente estaba bien de salud. Bueno... Ehm... Tenía los achaques propios de la edad pero nada grave, nada preocupante. Solo tenía ochenta años, podría haber vivido veinte años más sin ningún problema, o incluso treinta, ¿sabe? Esa estupidez del híbrido no me la trago. ¿Por qué iba un engendro moribundo a matar a un hombre como él? ¿Sabe usted la seguridad que había en esa mansión? No tiene ningún sentido, ¿entiende? Ninguno.

Esto ya no parece el recital de un alumno aplicado, el discurso había entrado en las arenas movedizas de la improvisación. Detrás de aquella máscara estaban ocurriendo cosas que Kikori no podía ver, pero que percibía flotando en el ambiente. Conrado había ido abandonando poco a poco su postura frívola y despreocupada para erigirse primero en ángel vengador y desmoronarse después en una carcasa vacía y mustia. Incluso la máscara resultaba más pálida cuando su voz se apagó. El hombre se desmadejó en el sillón, que volvió a gemir compungido por la fricción con el brillante traje verde.

—¿Ha considerado usted los servicios de Ajuste Pospartida? Siendo un personaje tan acaudalado quizás alguien de su familia los haya solicitado ya y a usted le resulten más asequibles. Comunicarse con su recreación le ayudaría a despedirse, decir ese tipo de cosas que suelen quedar pendientes, ya sabe.

Durante unos microsegundos el joven tiembla bajo su coraza. Entonces endereza su espalda, se recompone y recupera la impostura anterior.

—Si me va a tratar con condescendencia esto no va a funcionar, Señor Kikori.

El detective se da cuenta de su fallo y duda, seguramente porque este es su primer cliente en meses, y se retracta.

—Disculpe, yo... Ha sido un error mencionarlo. —Traga saliva componiendo su mejor cara de jugador profesional—. Dígame qué cree que ha ocurrido en realidad, si es que tiene una teoría. También me gustaría que me explicara qué relación tenía el anciano con las personas de su alrededor. Si usted era su asistente debía estar bien informado de todo. ¿Acaso hay alguien que pudiera estar interesado en su muerte?

Ambos salen de la burbuja de tensión y Conrado se centra de nuevo en su papel preensayado. Kikori se deja llevar por la monótona cadencia de su voz y observa, de soslayo, el reflejo de las nubes sobre el cristal de la mesa.

Cuando el cliente cierra la puerta tras de sí el investigador suspira. Abre de nuevo el gestor de noticias y comienza a viajar por la línea temporal de Costas Próvata, el anciano empresario griego. Encuentra un largo historial de envidias entre la esposa y las exesposas; los hijos mejor ni mencionarlos. Por nietos el finado tenía un atajo de buitres, esperando repartirse los pedazos del emporio de su abuelo. Hectáreas y hectáreas de granjas solares en el antiguo desierto saudí. Las suficientes para dar luz a un pequeño Estado independiente. Se hizo con ellas cuando aquella masa de arena en medio de la nada no valía ni para hacer islas artificiales. En total, más que de sobra para retirar a sus exesposas, sus hijos, sus nietos y la mayoría de sus amantes. Era evidente que cualquiera de ellos, o incluso todos, podría haber deseado la muerte prematura de Próvata. Pero según lo que había leído Kikori no había sido algo tan inesperado y temprano. Aquel anciano no se encontraba todo lo bien que Conrado había dicho. Una vida de excesos le había provocado múltiples problemas de salud que arrastraba desde hacía algunos años.

Puso en bucle la grabación de la entrevista con el cliente. Mientras buscaba información en un par de hemerotecas dejó entrar algo más de luz en el despacho. Las nubes se habían reagrupado y de nuevo comenzaban a verse fugaces destellos entre los edificios grises

coronados de árboles. Los jardines habían sido enviados a los tejados de las casas y algunos muros de edificios ya pasados de moda. Desde su ventana podía ver varios de esos rectángulos verdes. La ciudad estaba llena de pedacitos verdes inconexos. Los bloques de pisos y oficinas habían reconvertido su último piso en un enorme macetero. Decían que era bueno para la contaminación y la escasez de lluvia. Cuadrados y rectángulos de plantas aislados. En trozos de tierra separados entre sí. Marcados por separaciones de cemento y más cemento. Los edificios se habían convertido en macetas. La ciudad era la antítesis del parque o del bosque. Era ridículo el ahínco con el que algunos hoteles vendían sus jardines colgantes y demás delicatessen horticultoras. Pensándolo bien, aquel detective no era el único que tenía plantas cautivas y agonizantes en su salón. La ciudad entera las tenía en sus terrazas.

Un par de mujeres corrían de la mano bajo la lluvia, mojándose deliberadamente entre risas. Era indudable que el Grupo Azul subiría en las encuestas semanales. Lo más interesante, o ridículo, de todo lo que había dicho el cliente enmascarado era que creía que el ejército le seguía. Al parecer habían revisado varias veces la casa requisando información y secuestrando grabaciones de seguridad. Con un poco de suerte era algo más gordo de lo que parecía.

## II

—¿Estás segura de que quieres entrar conmigo? Puedes darte un paseo por la zona y esperarme tomando algo en aquel bistró-bar que vimos hace dos intersecciones. Tenía buena pinta. —Kikori sonríe y ayuda a bajar del vehículo a su mujer. La carretera se ha terminado en unas dunas de arena dorada y deben continuar a pie.

—¿Y perderme una mansión como esta? He viajado miles de kilómetros para venir a verte y no tengo intención de dejarte ahora. —Ella le agarra del brazo, divertida, mientras le arregla el cuello de la chaqueta.

—¿Miles de kilómetros? ¿En un vuelo ultrarrápido de una hora? ¿Qué mérito tiene eso? Está bien, está bien. Pero no toques nada,

Vic, que te conozco. Creo que mi cliente quiere subastar algunas piezas. Por las fotos que he reunido de la casa me he hecho una idea bastante clara de la estructura y la disposición. Está toda llena de objetos valiosos. El señor Próvata era un amante de la escultura moderna. —El tono paternal de Kikori resulta de lo más jocosos para su esposa, que no para de reírse mientras le escucha—. Vale, vale, haz lo que quieras, ya eres mayorcita, ¿no?

—Eso intento. Pero tú no me dejas, tío aburrido. Si voy a molestarte me voy, Romeo. —Vic le saca la lengua, para variar, y él hace un gesto de no poder soportarlo más.

—No, por favor. Prefiero que me acompañes y lo toques todo. Si consigues que algo horrible se caiga, tanto mejor. Eso sí, te exijo inmediatamente que dejes de llamarme por ese nombre.

—Así me gusta, que me des una respuesta coherente y bien argumentada. Pero no puedo evitar llamarte así, cariño. No tengo la culpa de que a tu madre le gustase Shakespeare.

Mientras Victoria ríe, Romeo mira su consola portátil. No la ha soltado desde que han puesto el pie sobre el suelo. Observa en ella un mapa que ha conseguido de la casa. Su mujer se ha quitado los zapatos y juguetea con la arena.

—Vic, no hagas eso, es peligroso —dice instintivamente Kikori.

—¿Por qué lo dices? Si la arena está estupefacta y hace un día precioso. ¿Qué te parece si me quedo aquí esperándote? Tomaré el sol un rato. —Él la mira fijamente y duda un instante.

—No, mejor ven conmigo. No termina de gustarme este lugar.

El detective se da la vuelta y camina hacia el edificio de dos plantas que se adivina a unos doscientos metros, oculto por un bosquecillo en diversos tonos de verde. De repente la arena se termina en seco y comienza un manto de fino césped. Los jardineros de la villa deben tener un sueldo de lo más envidiable. Solo se ve la parte superior del edificio por encima del nivel de la vegetación. Atraviesan una pequeña selva y por fin se aproximan a una piscina. Rodean las paredes de la villa, lisas y encaladas, lo cual no tiene demasiado sentido en esta urbanización, pero el dinero obra milagros. Alcanzan la puerta de entrada, una mole de

madera labrada, sacada de algún museo. Romeo observa a Victoria acariciar la puerta con los dedos, como preguntándose por su antigüedad. Él estira la mano, y con ella su consola, lo que provoca la silenciosa apertura de las hojas de madera.

La mansión era tal como había imaginado. Colores cálidos en las paredes. Llena de cuadros, de estatuas que no representaban nada concreto y con enormes espacios llenos de butacas. En tiempos se organizarían grandes fiestas aquí. Una monumental escalera hace una curva mientras sube hacia el segundo piso. Acompañando a los primeros peldaños se ve una vieja máquina metálica de esas que hacen las veces de ascensor. Una simple plancha que se abatía y se deslizaba siguiendo el camino de los escalones.

En el segundo piso todo es azul, en honor al mar, supone Kikori. Las habitaciones tienen grandes ventanales completos, como si estuvieran totalmente abiertas al exterior, lo cual contrasta con el pasillo y las otras tres paredes de cada estancia. De alguna manera el arquitecto lo había logrado y todo quedaba bien integrado. Solo una habitación tiene la puerta cerrada, la de Próvata.

El detective giró el pomo con cuidado y la luz lo deslumbró por completo. Tapándose los ojos con la mano dio la orden verbal de atenuación luminosa. Observó que todas esas sombras que colgaban del techo pertenecían a una enredadera tropical. A Vic le iba a encantar. Era la habitación que ella siempre habría soñado. La cama estaba hecha con sábanas blanquísimas. A la izquierda había un baño enorme con una gran ventana abierta. Las cortinas se hinchaban como velas de barco y Kikori se acercó para detener aquel vendaval. Cuando se dio la vuelta escuchó los pasos de su mujer y sus risas por el pasillo. Debía estar curioseando las habitaciones de los invitados. Recolocó un poco las cortinas. Se miró en el espejo y se ajustó la chaqueta negra. No recordaba por qué había decidido ponerse ese traje tan fúnebre, pero ya era tarde para cambiarse. Sacó unos guantes de látex de un bolsillo interior y se los enfundó. Ahora empezaba lo arduo e interesante a partes iguales. Guardó la consola con el mapa y sacó el minilab.

Girándose retornó al dormitorio para, en el acto, quedar petrificado. En medio de la habitación, próximo a la cama, había algo. Cómo había llegado allí sin hacer ruido alguno era un misterio para Romeo Kikori. El animal era bastante grande, casi del tamaño de una persona. Su fisonomía era una mezcla en la que se adivinaban rasgos de diversas especies. Su piel era azulada y peluda en la espalda y la cola. En el pecho tenía una especie de coraza de escamas, casi como las de un pangolín; la armadura le llegaba hasta los hombros, haciéndole parecer un jugador de fútbol americano. Sus patas eran fibrosas, sin duda era veloz en la carrera. No apreció garras, quizá las tuviera retráctiles. Rematándolo todo una cabeza alargada, como la de un oso hormiguero. A pesar de la confusión biológica las proporciones eran las correctas y de algún modo resultaba incluso elegante. Quizá era por su actitud, completamente hierática, como salido del taller de un taxidermista. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros, azul cobalto, y le miraba con intensidad, evaluándolo.

En el pasillo volvieron a escucharse las risas de su mujer y el sonido de la puerta corredera de un armario. El detective tragó saliva y se lanzó a por su tono de voz más neutro y aséptico:

—¿Vic? Quédate dónde estás. Si entras en el dormitorio del final del pasillo puedes estropear alguna prueba. Yo no tardaré mucho en salir. —No quedó muy convencido con el tono ni el contenido, pero ya no había opción.

—Esta casa es maravillosa Romeo, nunca había visto nada igual. Ni en todos mis viajes. ¿Recuerdas cuando estuve en la Vieja Europa? Ni siquiera las casas allí se parecían a esta villa.

Victoria irrumpió en la habitación con una ridícula pamelita encima de la cabeza y caminando sobre unos tacones realmente imposibles. Kikori sintió una punzada de terror subir por su espina dorsal. Ya era tarde, ya no podía hacer nada.

—Oh. Pero qué animal más bonito y encantador. ¿Quién eres tú? Déjame que te vea—. Dijo Victoria acercándose al enorme bicho que había vuelto su enigmático rostro hacia ella.

—Nena, no deberías acercarte a él. Parece agresivo. Además no creo que sea un animal, creo que es uno de esos bichos de los que hablan

las noticias. Es extremadamente peligroso. Por favor, sal de la habitación lentamente.

El detective intentó mantener la calma mientras se maldecía por haber traído a su esposa a semejante lugar. Debería haber previsto los riesgos.

—No empieces, Romeo. Es un animal abandonado. Seguramente pertenecía al señor que murió aquí hace unos días. Por eso está en su habitación. —Ella se acercó despacio al peludo y escamoso leopardo hormiguero. Extendió una mano lentamente en un ademán de caricia.

—Por favor, Victoria. No es el momento de llevarme la contraria. —El tono de voz de Kikori empezó a adquirir matices chillones—. Nos iremos de aquí ahora mismo. Pero tú saldrás primero por esa puerta y yo me encargaré de esto. Esa cosa es muy peligrosa. Victoria, mírame a los ojos. ¡Victoria!

El engendro y la mujer se giraron súbitamente al escuchar su grito y le observaron. Aquellas dos miradas se grabaron en su mente. Los ojos acuosos de su mujer y las pupilas verde salvaje del híbrido. Inesperadamente ambos le ignoraron y volvieron a observarse. El bicho olisqueó la mano de la mujer. Ella le acarició el hocico y sonrió diciéndole palabras dulces con voz tenue.

Kikori estaba fuera de sí pero no se atrevía a moverse. Se había quedado paralizado; sabía que todo iba mal, pero no era capaz de hacer nada. El táser que llevaba escondido en el tobillo quedaba lejos. Ni siquiera sabía si sería lo bastante potente para inmovilizar a aquella bestia. No tenía más remedio que agacharse e intentar alcanzar el arma. Mientras lo hacía una de las orejas del extraño ¿mamífero? Se volvió hacia él. Era evidente que no bajaba la guardia. Aunque tenía los ojos semicerrados mientras Vic le acariciaba el cuello, su cuerpo estaba visiblemente en tensión. Kikori lo sabía y temía por la vida de su esposa más que por la suya.

—Por dios, Romeo, es una preciosidad. Es tan raro. Nunca había visto nada igual. Ni siquiera en Villa Pallavicino. No parece en absoluto peligroso. Creo que exageras. Los bichos de los que hablaban las noticias eran unos asesinos sanguinarios. Este es muy cariñoso, ven a acariciarlo, no seas tan desconfiado. —Victoria seguía hablando en voz baja para no asus-

tar al híbrido, aunque la emoción teñía sus palabras.

—Victoria, por favor te lo pido. Aléjate de él lentamente. No va a pasar nada malo, de verdad.

Sus palabras, dichas más para convencerse a sí mismo, no surtieron efecto ni en él ni en ella. Sintió la tensión en sus músculos, que casi comenzaba a ser dolorosa. Escuchó el sonido de los pájaros a través de la ventana que había vuelto a abrirse en el cuarto de baño. Observó el pausado movimiento de la melena de su esposa, cayendo sobre sus hombros, bajo aquel estúpido sombrero. Vio el brillo de las escamas en el pecho del híbrido, que se movía al ritmo de una respiración pausada. El tiempo se detuvo para él. Sentía su corazón latir desbocadamente dentro de su pecho. Sin razón aparente algunas lágrimas se filtraron de sus ojos y cayeron sobre sus mejillas.

El animal volvió a mirarle durante unos segundos y luego una lengua larga, cilíndrica y azulada salió de su boca. Con ella rozó el pecho de su mujer. Ella rio alborozada y miró de reojo a Kikori mientras continuaba rascando el lomo de la bestia. Él, horrorizado, consiguió tomar el táser con la mano derecha. Para cuando levantó el brazo apuntando al espécimen la situación se había transformado. Victoria se había plegado sobre sus articulaciones y yacía sobre la alfombra. El híbrido era una muralla infranqueable que le impedía alcanzarla. Aun así, incluso con el convencimiento de que era demasiado tarde, apretó el cacharro en su mano dejando que el zumbido naciera y creciera, embotando su cabeza, llenándolo todo.

Se descubrió a sí mismo agitando los brazos como un mal nadador ahogándose en el mar. Varios objetos salieron despedidos al toparse con sus movimientos incontrolados. Tardó unos largos instantes en darse cuenta de dónde estaba y lo que había ocurrido. Así fue como despertó arrebatado sobre el sofá del salón. Su casa seguía tan desordenada como de costumbre; eterno quebradero de cabeza para Vic. La misma Vic de su sueño, la que había sido atacada por el extraño animal. ¿Eso era lo que iba a encontrarse en la mansión costera de Próvata? ¿Un híbrido? Sus sueños nunca le

mentían. Eran su arma más certera y afilada. Su forma particular de investigación. Ese secreto que nadie conocía, ni siquiera su esposa. Kikori observaba, meticulosamente, todos los detalles a su alcance. Recopilaba información de un modo exhaustivo. Leía y releía. Se tragaba uno tras otro todos los detalles que encontraba sobre el caso en imagen, sonido o texto. Luego, cuando ya no podía absorber ni una sílaba más, se tomaba un vaso de sucedáneo lácteo y se iba a dormir. Esa noche debía haberle sentado mal la cena, pues el sueño había sido inquietante hasta para sus estándares. Quizá por la tarde se echara una siesta con la intención de sacar algo más en claro.

Mientras tomaba un café para despejarse volvió a poner la grabación de la entrevista con Conrado. Observó el momento en el que se estrecharon las manos y recordó la fugaz visión de la muñeca de su cliente. Viruela de Souza. Por más que quisiera ocultarlo, como tantos otros enfermos, ahí estaban las imborrables marcas que lo atestiguaban. La cirugía estética había avanzado mucho en las últimas décadas, pero la enfermedad producida por el uso de nanojellies seguía teniendo mal arreglo. La causa era aquella familia de sustancias inteligentes que revolucionaron en su momento la conservación de alimentos. Luego la cosa degeneró hasta la producción de potingues de belleza y tratamientos antiedad a la última moda. La idea no era mala, un ejército de pequeños mecánicos realizando una infinita puesta a punto en tu cuerpo. Pero en ocasiones aquellos robots se volvían locos por acción del sistema inmunitario. Entonces el resultado era el opuesto al deseado: de estar estupendo a convertirse en un esperpento. La pesadilla de cualquier upper presumido y presuntuoso. Oscar Conrado era una clara víctima de su adicción a la belleza y la juventud.

La terminal integrada de la casa informó de una llamada entrante. Romeo se preguntó qué maldita hora del día sería y quién demonios desearía hablar con él ahora. Sus despertares no solían ser muy amables. Debía de ser un efecto secundario de sus sueños premonitorios, aunque él nunca los consideró de ese modo. Vic se mofó de él en más de una ocasión cuando le habló de sus sueños. Otras veces lo

miró sorprendida, como si se tratase de un bicho raro. Era extraño eso de «ver el futuro», como lo había llamado Victoria. Pero Kikori sabía que esa no era la verdad sobre su habilidad secreta. Él no era ningún visionario, no tenía nada de especial. Su teoría era que se trataba de algún tipo de capacidad para conectar información de modo inconsciente. Lo había bautizado como intuición onírica para sus adentros y le había resultado de lo más útil durante toda su vida, pues le había acompañado desde que tenía uso de razón. Solamente tenía que documentarse, informarse, entrevistar a personas, ver imágenes y empaparse de toda la información posible sobre el asunto que iba a resolver. Luego de aquel atracón de datos, se iba a dormir y en un día o dos tenía el noventa por ciento de las respuestas que buscaba. En su anterior trabajo como consultor corporativo le había servido bien. Pero las grandes empresas habían terminado siendo demasiado grandes. Con sus envidias, sus zancadillas, sus preguntas. Nunca le había contado a nadie su secreto, ni siquiera completamente a Victoria. De esto último se arrepentía de vez en cuando. Hoy era uno de esos días.

La terminal zumbó un par de veces más y Kikori hizo el gesto de recibir la llamada cuando estaba a punto de saltar el contestador.

—Hola. —Masticó la palabra aderezándola con un poco de su somnolencia.

—Ya pensé que no estabas. Pero veo que en realidad te he despertado. Lo siento, Romeo —dijo ella sonriente, como siempre.

—He soñado contigo esta noche, Vic. Ha sido uno de esos sueños raros, ya sabes.

—Oooh. ¿De verdad? Espero que haya sido muy porno. Sabes que me encanta que tengas sueños conmigo, en vez de esas historias surrealistas que me cuentas normalmente. ¿Estaba desnuda? —El mismo tono pícaro y lúdico de siempre. Ella nunca se cansaba de jugar.

—Estabas preciosa con un vestido de flores. Corrás por la arena de una playa y creo que pretendías bañarte en el mar, pero no te dejé —informó, rememorando las escenas en su mente.

—¿Eso hacía? Típico de mí. Es una pena que ahora esté prohibido tomar el sol, si no fuera tan peligroso sabes que lo haría constantemente.



Cuando era niña me encantaba. —La voz y el gesto denotaban ensoñación y recuerdos—. Creo que me he traído un vestido de flores, ¿quieres que me lo ponga para hacer realidad tus fantasías? Lo tengo por aquí, espera.

La pelirroja mujer de Kikori desaparece de la imagen riendo como una adolescente. Su voz se escucha un poco apagada. —Cuéntame, qué planes tienes para hoy—. Se escucha ruido de ropa que se desliza, que viene y va.

—¿Has conseguido algún cliente nuevo? ¿Eres ya como los detectives de las películas antiguas? —Más sonido de armarios y cajones.

—Bueno, yo... No puedo contarte nada, ya sabes cómo es eso del secreto profesional. —Remueve el café distraído mientras habla con ella y a la vez conecta las noticias—. Pero sí, creo que he conseguido un cliente; además creo que tiene dinero, a ver si consigo algo y... y podemos irnos de vacaciones juntos, ya sabes. Llevamos tanto tiempo planeando un viaje, ¿verdad?

—Eso estaría bien, claro que sí. A ver si consigo que mi jefe me suelte unos días. Aquí hace un tiempo estupendo, creo que te gustaría conocer esta ciudad. Podríamos hacer un cinco continentes. Me hacen descuento en vuelos ultrarrápidos, ya lo sabes. —La voz se fue acercando y Victoria se colocó delante de la cámara llevando el mismo vestido que Romeo había visto en el sueño.

—Vaya. Yo... No sé qué decir. Estás preciosa. —El detective se repone de la visión y queda pensativo.

—¿Era así en tu sueño? Este es uno de mis vestidos favoritos, y creo que también el tuyo. —Victoria posa en diferentes posturas. Se acorta, poco a poco, el largo de la falda; centímetros y más centímetros, hasta convertirla en una *top*.

—En mi sueño podía oler tu pelo y acariciarlo. Tu piel era suave y.... —El tono de Romeo es extraño, forzado, y acaba rozando emociones oscuras.

—Por favor, no empieces. Ya sé que hace mucho tiempo que no nos vemos porque tengo que hacer esta gira de reuniones. Pero no podemos hacer otra cosa. Te dije que vinieras conmigo pero entiendo que quieras conservar tu trabajo. No sé qué quieres que haga. —Ella cambia radicalmente de tercio y la discusión parece ya inevitable.

—Déjalo, Vic. No quiero hablar de esto. Acabo de despertarme y ya sabes de qué humor suelo hacerlo. Hablamos en otro momento. Que tengas un buen día.

—Claro. Tú también, Romeo.

A veces desearía que en vez de llamarle tanto ella volviera a casa, simplemente eso. Kikori observa el desorden del salón y camina hacia el baño. Hasta allí las pilas de ropa y objetos le siguen y le observan. Lo único que está impoluto es el armario de Vic, claro. Sin duda ella tiene razón y no debería vivir en este caos, pero siempre hay cosas mejores que hacer en vez de recogerlo todo. Ya contratará a alguien para que se encargue del orden y la limpieza algún otro día. A ella no le gustaría encontrarlo todo desordenado; no hace más que recordárselo una y otra vez. Esos pensamientos se mezclan con las flores en movimiento de su vestido. Con el modo en el que ella tiraba del dobladillo y lo iba subiendo cada vez más mientras le miraba entornando los ojos desde miles de kilómetros de distancia. Las imágenes le llevan distraídamente al baño. Atrapado por sus pensamientos, se coloca en el interior de la caja de cristal y el agua cae sobre él mojando primero la ropa que ha olvidado quitarse. El calor del líquido se mezcla con el de sus fantasías. Le parece percibir las caricias de la pelirroja Vic, semidesnuda, con el vestido primaveral remangado y colgando de las caderas. Su camisa blanca se ha convertido en una película transparente que le cubre el cuerpo delgado, fibroso. Pelea torpemente con el viejo cinturón de piel alrededor de sus pantalones. Se masturba aún con la ropa puesta, presa de una gran urgencia.

Tras una buena ducha con vaporización incluida, Romeo se siente mejor. Se enfunda un traje beis y busca un sombrero retro. Si va a tener que acercarse a la villa del malogrado magnate le tocará disfrutar del verano, esa estación del año que trata por todos los medios de evitar. Por eso ha escogido esa megalópolis en la que vive. Allí todas las semanas llueve una o dos veces, de modo programado y esponsorizado. Él no entiende cómo puede haber personas que deseen vivir bajo un constante sol de justicia. Ni siquiera con pantallas de protección an-

tigamma le ve ningún sentido. Algún día, cuando tenga dinero, abrirá una oficina en Londres, para poder disfrutar de la lluvia y la niebla durante semanas seguidas.

Recoge la terminal portátil y el minilab y chasquea los dedos antes de salir. El gesto hace que todo se apague y la alarma se conecte con la central policial que hay una manzana al norte. Mientras camina por el pasillo que lleva al ascensor recuerda la casa de Próvata, las cortinas del baño ondulando con la brisa y por supuesto el inquietante híbrido. Recuerda su color azulado, su mirada verdosa y su larga lengua como de oso hormiguero.

En el ascensor evita contemplar los anuncios. Su capacidad de abstracción le protege de la pegadiza musiquilla que anuncia los famosos tratamientos rejuvenecedores de Beauty-Meds. Es el decimoquinto nombre que los mercachifles de Souza han inventado para su empresa. Aquella que empezó diseñando juguetes autómatas, continuó con mecanos autoconstruidos y terminó con gelatinas de conservación alimenticia que, inexplicablemente, se convirtieron en tratamientos antiedad. Si es bueno para un filete de bovino auténtico, es bueno para usted. Su piel octogenaria como el culito de un bebé. Del filete conservado durante cinco años a la viruela de Souza no hay más que un salto. Al vacío.

Cuando sale a la calle, camina bajo las pantallas protectoras. Hoy no llueve y el sol está bien alto. Su pequeña terminal zumba de nuevo y él inclina la cabeza provocando la recepción de llamada.

—Kikori.

—Ya tengo lo que me pediste. —Una voz juvenil y decidida contesta. Se oye teclear y ruido de música mezclado con risas.

—Muy a tiempo. ¿Cuándo puedo ir a buscarlo?

—¿Qué? No te oigo muy bien. —Algo amortigua el sonido durante unos segundos—. ¡Joder, tía, baja eso! ¿Es que no has oído que estoy hablando? —Se oye un roce, algo que se cae, y la música cesa—. Ya está, ¿decías?

—¿Cuándo puedo ir a por ello? —repite el detecte.

—Cuando quieras, por eso te he llamado. «Ya lo tengo» quiere decir eso, hombre —dice

la chica con infinita paciencia y algo de condescendencia.

—(Suspiro) ¿En treinta minutos es demasiado precipitado? —Aún recuerda aquella vez que se presentó sin avisar a recoger otro encargo e interrumpió a la hermana pequeña de Charlie con un tipo que le doblaba la edad.

—Mira que eres pesado. Aquí te espero. A ver si consigo domesticar a mi hermana antes de que llegues, abuelele. Corto y cierro —Un clic y un pitido discontinuo indican el final de la transmisión. La mayoría de la gente pone alguna canción estúpida o un espacio publicitario. El pitido discontinuo de la chica es demasiado retro hasta para Kikori.

Durante el tiempo que ha hablado con Charlie ha ido caminando hacia la estación de la plaza MicoFresh™. Unos cuantos árboles atrapados en sus macetones flanquean su paseo. Corrige su rumbo girando por GloryCakes™ y decide tomar el tranvía con destino al Cuarto Anillo, un barrio sub muy concurrido.

La parada de tren está llena de personas masticando comida rápida mientras leen algo en sus periféricos o quizá escuchan música con una aplicación que bloquee la publicidad. La marquesina es una nube de colores cambiantes que se empeña en intentar crear ridículas necesidades y ofrecer soluciones de jugosa oferta. Un tipo que podría tener la edad de Kikori mira al vacío mientras aprieta con su mano izquierda una bolsa de papel arrugado con forma de botella. Dos jovencitas se abrazan mientras murmuran tonterías entre risas y mejillas azoradas. Son las tres y media, quizá debería comer algo, piensa el investigador. El café sintético le ha dejado una desagradable acidez de estómago. Para distraerse vuelve a poner en bucle la conversación con Conrado y toda la información que ha conseguido sobre el empresario heleno. Quizá una siesta antes de comer resulte más prolífica. El monorraíl se acerca mientras él escucha las palabras de su cliente «Yo no lo ví, ¿sabe? Al bicho, quiero decir. Fueron los dos chicos del servicio. Entraron en la habitación (silencio de varios segundos) y Costas ya estaba muerto (traga saliva). Al parecer la cosa esa estaba medio subida en la cama y le lamía la cara con una lengua larga y azulada, como la de un oso "formiguero", o algo así dijeron. Se volvieron

locos. Esos estúpidos subs incultos pueden llegar a ser muy fantasiosos. Dijeron no sé qué de demonios venenosos. Ni se acercaron a mi quer... a Costas. Mejor así, no pusieron sus sucias manos sobre él. Nadie las puso hasta que llegué yo».

Escuchando esas palabras, Romeo se deja llevar por el vaivén del tren. En su cabeza se mezclan imágenes reales y anteriormente soñadas. El lémur de cola anillada de la señora Sokolov, las cortinas flotando en el baño privado de Próvata, el traje de serpiente de Conrado, los filetes cubiertos de nanojelly color lima en la nevera, los criados de Costas Próvata arrodillados rezando delante del híbrido, una chica de ojos claros encapuchada bajo una sudadera roja.

Despierta al llegar a la estación y no recuerda nada coherente. En esta ocasión no ha hecho más que mezclarlo todo y agitarlo con los retortijones del café. Nunca fue bueno para su intuición onírica dormirse en malas condiciones físicas.

Camina por las calles esquivando a los vendedores ambulantes. Aquí no hay tantos paneles protectores contra el sol, pero sí muchos toldos, tenderetes y soportales. Camina entre la gente con las manos en los bolsillos, protegiendo bien sus pertenencias. Los vecinos no son violentos, pero tienen dedos hábiles.

Encima de una pequeña tienda-para-todo está el apartamento de las niñas. Kikori aprieta un obsoleto botón plateado y unos segundos después la puerta se abre. Dado que el ascensor no funciona desde hace años no tiene más remedio que subir las escaleras. El lugar en realidad está bastante limpio, pero es inútil. El paso de los años es una barrera insalvable hacia la pulcritud. El uso ha dejado su pátina sobre los objetos y las estructuras, continente y contenido, del viejo edificio.

Tras subir cuatro pisos recorre un pasillo semioscuro en el que dos de cada tres bombillas están fundidas. El hecho de que todos los vecinos se conozcan desde hace tiempo no le inspira más confianza. Sigue pareciéndole un lugar poco recomendable para vivir. Traga saliva para evitar volver a tener esa conversación y según se acerca al 42, mira en la dirección de la

cámara de seguridad oculta. La vieja puerta se abre revelando que no es más que el disfraz de algo mejor y más moderno.

—¡Hola K! Eres el cliente que más tarda en subir las escaleras, ¿Has considerado ponerte en forma? —La voz juvenil de la llamada telefónica le interroga desde la lejanía.

—No te creo. Ya me he cruzado un par de veces con un tipo bastante gordo al que no imagino en unas olimpi... ¿Pero qué demonios! ¿Jules? ¡Juuuules! —Kikori está a punto de sentarse sobre un enorme reptil que se calienta bajo el flexo halógeno que hay al borde de la mesa de la cocina.

—¡Eh! ¡Ten cuidado con Vivi, hombre! —Una chica de pelo liso negro ala de cuervo, flequillo azulado y ojos oscuros aparece corriendo por el pasillo. Sus botas militares golpean el suelo de madera y su negra falda tableada se balancea de izquierda a derecha.

—¿Vivian? ¿Cómo que Vivian? ¿No tenías suficiente con la víbora, el pajaraco, los dos gatos y el chuchó? —El detective mantiene la distancia de seguridad con el animal mientras escupe la pregunta exaltado. Se lleva instintivamente la mano al costado, acariciando la carcasa plástica de su táser.

—Oh, venga ya. No me digas que te da miedo también este bicho. Solamente es un varano, hombre. Este se alimenta de carroña, a menos que estés muerto no tienes de qué preocuparte. Si le incordias puede que te muerda, pero ahora mismo está demasiado ocupado tomando el sol. —La paciente chica acaricia al lagarto, que ni siquiera pestaña. Mientras Kikori intenta controlar su incomodidad, un gato negro se pasea entre sus piernas ronroneando.

—Deberías relajarte, Kikori. Los animales saben cuándo estás nervioso y tienes miedo. Lo noto incluso yo. ¿Sabes que pueden oler tu miedo? Deberías aprender controlar tus feromonas de mono sin pelo.

—¡Nervioso! ¡Mono! —Un papagayo azul se muestra de acuerdo con la chica desde una percha al lado del microondas. El investigador bufa y trata de buscar una silla en la que recuperarse de los cuatro pisos de subida y el sobresalto con el lagarto. No tiene éxito hasta el tercer intento, encontrando acomodados en la

primera y segunda silla un gato y una serpiente verde, no necesariamente por ese orden.

—Así que Vivian... —Intenta con ánimo amistoso Kikori.

—Es un varano australiano. En la clase de ayer teníamos que hacer una vivisección; a mí me pareció suficiente con ver lo que había que ver en el lagarto de mi compañero, así que escondí el mío en la mochila. Por eso se llama Vivian, ya sabes, de vivisección. —El chiste malo y la mirada triunfal hacen recordar al detective que la chica solamente tiene 16 años. Parece mentira que siempre le engañen su mirada de suficiencia y la seguridad de sus palabras.

Por el pasillo iluminado, pues todas las luces están siempre encendidas en esta casa, se adivina una figura encapuchada en rojo. La mujer de ojos azules y sudadera carmín del sueño en el tren se materializa en la cocina. Se trata de una joven que aparenta unos 18 años, aunque el detective sabe que tiene al menos tres años más. Lleva unos pantalones cortos, como de jugar al baloncesto, negros y con los bordes en rojo y blanco. Según se acerca con los pasos largos y seguros de un quarterback, se quita la capucha apartándose a la vez de la cara unos mechones de pelo negros cortos y lisos.

—¿Australiano? Será venenoso y todo... Un día de estos se os colará un animal salvaje de esos de los que hablan en las noticias y no os daréis cuenta hasta que sea demasiado tarde —sentencia Romeo Kikori mientras se masajea el hombro con cierta incomodidad.

Por fortuna sus ojos no apuntan hacia ninguna de las dos chicas cuando habla, lo que le exime de apreciar la significativa mirada que ambas comparten. El silencio dura unos segundos más de lo normal. El varano se remueve por primera vez bajo la lámpara.

—Charlie, ya te dije que este señor... —la última palabra es pronunciada con marcado retintín— ...empieza a tener fantasías en las que es nuestro padre o algo parecido.

—No creo que sea tan tonto, hermana. Me han dicho que es detective. Eso implica que sabe usar la cabeza, ¿no? —Charlie recoge la serpiente de la silla con mucho cuidado y se la entrega a su hermana. Jules se la coloca sobre el hombro, donde queda desmadejada, cual hombrera de diseño torcida—. Señor Romeo K.,

no se equivoque. Eso ya lo intentaron Simon el de la tienda de abajo, Ahmed el carnicero y Katia la del segundo piso. ¿Por qué crees que vas a tener más éxito que ellos? Te llevan años de ventaja.

La sonrisa de la joven mezcla sorna con cariño, algo a lo que Kikori no puede resistirse. Por más que ha intentado mantenerse en un estricto plano profesional, las dos chicas le conquistaron desde el primer momento.

Jules le observa apoyada en el quicio de la puerta que da al pasillo, hasta que parece recordar algo y se acerca a la nevera. Saca un par de cajas de alguna porquería precocinada, vierte el contenido en un plato provocando un sonoro «clonk» y lo mete en el horno rápido. Su hermana la mira, lanza un largo suspiro y la interrumpe:

—No, por favor. Esa cosa chiclosa otra vez no —suplica Charlie—. Seguro que nuestro invitado aprecia tu gesto pero no desea prescindir de su estómago. No quieres unas tripas artificiales, ¿verdad Romeo? —Levanta una ceja hacia el detective mientras alarga deliberadamente las vocales—. He llamado a Ying-Tao y el repartidor debe estar a punto de llegar.

—Como quieras, sister— Contesta la otra. Recoge el cubo congelado de dentro del horno, lo mete en una bolsa transparente y lo devuelve a la nevera.

—Te quedas a comer ¿verdad? —le pregunta Jules a Kikori—. De hecho creo que te hace falta, no tienes muy buena cara —añade mientras posa sobre él su mirada más escrutadora.

Romeo ignora el comentario de Jules y pregunta a Charlie. —¿Has llamado al chino y has pedido sabiendo que iba a llegar yo o ha sido casualidad? Podría haberme retrasado, esos trenes a veces son impredecibles—. Conoce de sobra la respuesta, pero le encanta escucharla una y otra vez. Igual que a ella explicarse. Charlie le contesta como quien habla con un discípulo curioso pero algo torpe.

—Verás... Es bastante sencillo rastrear tu identidad en un tren. En realidad es fácil hacerlo en casi cualquier lugar de una ciudad como esta. Es por eso que me has pedido esto ¿verdad? Mete las manos en los bolsillos de su sudadera roja y saca una consola y un pequeño accesorio. Aparta un gato que acaba de subirse

a la mesa y coloca los dos objetos enfrente de Kikori.

—Te explicaré cómo funciona. Tienes que coger la consola así y enganchar el mod en la esquina derecha. Cuando activas la aplicación, secuestra la señal que emite tu consola, la que te identifica allá dónde vas. Se conecta a la base de datos del Servicio de Seguimiento e Identificación, y una vez allí selecciona la identidad de un residente en la zona que ahora mismo no se encuentre en ella haciéndote pasar por él.

El detective la mira con atención mientras escucha los detalles. Va a decir algo pero ella le interrumpe.

—Sí, ya lo sé. Te preguntarás qué ocurre si el tipo al que suplantas aparece de repente. Sería mala suerte, ¿cierto? Mejor que no lo uses durante mucho tiempo seguido. A menos que lo pongas en modo camaleón y vaya saltando de identidad cada tres minutos, por ejemplo. Pero eso es menos discreto, de cara a los de Seguimiento.

—¿Puedo cambiar de modo en cualquier momento? De una identidad a varias y viceversa, quiero decir.

—Sí, la interfaz es muy sencilla, para tontos.

—¿Y por qué no me das una aplicación para instalar en la consola como otras veces?

—Porque eso dejaría rastros en ella y esta cajita es independiente. Si te pilla alguien puedes tirarla y no dejará pistas.

—Ya. Entiendo. ¿Y qué hay de lo otro que te pedí? —Kikori se atusa distraídamente el pelo engominado.

—Eso es menos ilegal. Ya te lo he enviado, deberías poder utilizarlo.

—¿Alguna instrucción especial para su uso?

—No. Es un gestor de noticias estándar pero conectado a los servidores underground de las redes sub. Se parece mucho al que me programé para mí. Imagino que lo quieres para tu rollo detectivesco. Así te podrás enterar de todo. —De nuevo el deje jocoso. Es evidente que nadie se toma muy en serio su trabajo.

—En realidad me fascinan las conspiraciones y esto no es más que un pasatiempo, me sobra el dinero, ya lo sabes —contesta él, copiando su tono de broma—. Ya sabes, eso de las tormentas programadas y sus efectos secundarios en las cosechas al otro lado del glo-

bo. O si realmente fue la Antigua Iglesia la que creó la viruela de Souza para castigar la frivolidad de los uppers. Sonríe y está a punto de guiñarle un ojo a la chica, pero en vez de ello carraspea y se remueve en la silla de madera. El silencio incómodo dura unos segundos durante los cuales Kikori, nervioso, finge observar a Vivian disfrutar en su solárium particular.

La carcajada compartida por Charlie y Jules no se hace esperar.

—Madre mía. Así que el traje de chaqueta y el gesto serio no son más que un disfraz. Tenemos aquí a todo un teórico de la conspiración. Es un honor —le provoca Charlie entre risas.

Jules inclina la cabeza hacia un lado y entorna los ojos, pensativa.

—Yo creo que lo que realmente te interesa son los animales híbridos. Pero puedes seguir fingiendo que es un hobby. —Charlie se pone recta en la silla y mira a su hermana de reojo. Le hace un gesto discreto que parece una advertencia.

—No digas tonterías, tía, él es detective y no biotecnólogo —añade con retintín.

—Precisamente, hermana, como buen detective siente curiosidad, ¿no, Romeo? —continúa la más joven en tono inocente.

—Claro que siento curiosidad. —Romeo muerde el anzuelo—. Quién no la siente ante algo tan tremendo y peligroso. Vosotras deberíais tener cuidado. Vuestra total ausencia de miedo me preocupa. Espero que no sea más que una pose adolescente —añade mirando al varano, que no se ha movido ni un milímetro bajo su pequeño y privado sol artificial.

—Oh, vaya. ¿Una pose? ¿Ahora lees libros sobre educación juvenil? ¿Crees que hay peligro real? ¿Crees que no podemos defendernos? —Charlie no puede evitar contestarle con indignación.

—Yo creo que el Gobierno se lo ha vuelto a inventar todo —sentencia Jules.

Kikori sonríe a Charlie para aumentar, si cabe, su enfado.

—Es evidente que son agresivos e impredecibles. Eso de que están bien muertos y exterminados es mentira. Otra cortina de humo más. Nada está bajo control. Esos bichos son peligrosos e incontrolables, insisto. No sabemos quién los creó ni con qué propósito. A sa-



ber de dónde se han escapado. Deberíais tener mucho cuidado, en serio. —Se repite mientras las mira a los ojos con intención de acentuar así la importancia de las palabras que ha pronunciado.

Jules va a decir algo pero antes mira a su hermana y como si leñera su pensamiento o algo parecido, se traga sus palabras.

El timbre de la puerta suena. Charlie se levanta apresuradamente a recoger la comida y de paso, cambiar de tema.

—Bueno Romeo, ¿cuándo te vas a decidir por uno de nuestros gatos y te lo vas a llevar? Es evidente que últimamente pasas demasiado tiempo solo. Se nota que ya ni te acuerdas de cómo relacionarte con la gente. Yo te recomendaría a Roger, ¿Qué dices Jules? ¿Te parece una buena elección?

Kikori no da crédito a lo que ha escuchado y levanta mucho las cejas mientras sorbe sus yakisoba. Jules recoge el testigo de su hermana y continúa pinchando al investigador.

—Yo creo que sería perfecto. El nombre se lo puse yo, estaba harta de escuchar a mi hermana decir «Roger» quinientas veces cada vez que hablaba con alguno de sus amigos. «Roger esto», «Roger lo otro». Ya sabes, «roger», eso que dicen en el ejército. —Mira a Kikori y continúa hablándole como si hubiera nacido ayer—. El caso es que el gato ignora cualquier cosa que le digas, si le llamas nunca viene, y siempre está por ahí haciendo trastadas. Un bichejo de lo más marcial, totalmente entregado a sus superiores, ¿verdad, Roger? —El gato ni se inmuta desde su atalaya, encima de una pila de cajas de pizza abandonadas—. ¿Has visto? Es perfecto para ti. Fingiré que no le interesas nada hasta la hora de la comida, y una vez pasado ese mágico momento volverá a ignorarte. Los dos creeréis que sois independientes pero estaréis acompañados.

—¿Por qué insistís en lo de los animales? Ya sabéis que no se me dan bien. Si no consigo que las plantas sobrevivan dudo que me vaya mejor con un bicho de estos. No sabría cuándo sacarlo a la calle o darle de comer.

—Precisamente por eso, hombre. Para que dejen de dársete mal los seres vivos tienes que interactuar con ellos. Ya que con los humanos no

das pie con bola ahora mismo, puedes empezar por algo más sencillo —termina de decir Jules.

—¿Qué? ¿Pero qué...? —Él se incomoda y finge enfadarse.

—En realidad yo creo que deberías buscar te una novia —añade Charlie—. Pero como eso lleva tiempo, Roger valdrá. En realidad es una gata, ¿sabes? Muy cariñosa, perfecta para un bloque de hormigón como tú. Necesitas una vida, Romeo. Es imperativo que la encuentres.

—¿Una novia? —El investigador se atraganta con el arroz y tose llevándose una servilleta de papel a los labios. Charlie decide interceder por su indiscreta hermana echando más leña al fuego

—Déjale en paz. Ya se buscará alguna novia cuando le entren ganas. Ya es mayorcito. No en vano se cree nuestro padre postizo. —Kikori abre mucho los ojos. Tose aún más fuerte mientras su frente se arruga presa del enfado que le producen esas palabras. Tras unos segundos luchando para no respirar más arroz, se recupera y toma la palabra muy serio. Su mirada se pierde más allá de las tazas de té y los platos apilados.

—Yo no necesito ninguna vida ni ninguna novia. Sigo estando casado y no sé quiénes os habéis creído para hablarme así.

Las dos hermanas se quedan quietas como estatuas mirando a Kikori, que no aparta los ojos de su comida.

—Está bien, está bien —contesta Charlie conciliadora—. ¿Está buena la sopa? —Intenta arreglarlo con esa ridícula frase. Se siente estúpida y se calla.

Terminan en silencio. Él recoge su chaqueta impoluta, da las gracias por la comida y se despide de las dos jóvenes. Desde el vano de la puerta Jules y Charlie se miran la una a la otra. La primera encoje los hombros y pone cara de no entender nada. La mayor niega con la cabeza, como si se tratase de un caso perdido. Vuelven dentro de la cocina cerrando la puerta tras ellas. El pasillo exterior vuelve a transformarse en un espacio gris y silencioso.

El detective camina deprisa por las aceras atestadas. En esa zona de la ciudad luce el sol, pues no toca tormentosa esponsorizada hasta el día siguiente. Ya ha leído varias veces que en

determinados barrios el efecto es más bien exiguo y triste en comparación con la pirotecnia de las zonas uppers. El estatus económico y social siempre ha marcado este tipo de diferencias. Evita por todos los medios pensar en las palabras de Jules. El hecho de que unas niñas puedan decirle lo que le conviene y encima tener razón es algo que ahora mismo no está preparado para soportar. Esquivando indigentes, vendedores, harekhrisnnas y demás fauna por fin se aproxima a la estación de tren. Igual debería probar el mod de Charlie, para ver si nada más darle al botón aparece un grupo de agentes del orden que le detienen. Inserta la minimemo en su sitio y la activa. Todo parece normal en la pantalla de su terminal, excepto por un par de iconos nuevos. Uno llamado RRH-News, que debe ser el servicio de noticias, y otro conocido como RRHChamaleo, que acciona sin más dilación. Aunque su consola sigue indicando su nombre y su ID en la esquina superior derecha, dentro de la ventanita del RRHChamaleo las cosas son diferentes. El pequeño programita rastrea y elige una identidad con la que Kikori se sube al tren, volviendo de nuevo a la zona centro bajo una máscara distinta. Ahora Charlie ya no podrá localizarle tan fácilmente.

Encuentra un hueco en el vagón y se sienta. Desabrocha los dos botones de su americana para estar más cómodo. Suspira y piensa en Vic durante unos minutos. En cómo pudo dejarle de esa manera. Se trata de algo que él no ha conseguido superar, es evidente. No puede dejar de hablar con ella, por mucho que sepa que no le hace ningún bien. No es que no consiga librarse de esos sentimientos, es que no quiere hacerlo. Que dos niñas le digan qué camino debe tomar no quiere decir que él vaya a hacerlo. Mientras se devana los sesos dando vueltas a los mismos pensamientos observa su reflejo en el ventanal del tren. Su imagen se muestra apagada y desdibujada. Un hombre gris, translúcido e insustancial enmarcado por dos mujeres jóvenes y reales que hablan animadamente. Ellas son de verdad, él siente que hace tiempo que dejó de serlo.

Durante todo el trayecto se entretiene haciendo búsquedas con su nuevo sistema de noticias. Charlie es buena, siempre lo ha sido, cada día lo es más. Se la imagina trabajando en

su cuántico y utilizando interfaces pasadas de moda. Entrando en lugares prohibidos y reuniendo información. Creando aplicaciones que venderá a algún otro como Kikori. Ojalá nunca se encuentre con nadie peligroso de verdad. Ojalá solo tenga clientes inofensivos como él. Rastrea toda la información que encuentra sobre los híbridos. Datos y más datos van entrando a andanadas en su cabeza. Pasa por encima de ellos sin detenerse demasiado en ninguno, sin centrar especialmente su atención. Se deja llevar por los hilos de conversación, por los temas entrelazados. Conversaciones en las que identifica a unos cuantos interlocutores que parecen ser siempre los mismos. Alguno será un infiltrado, quizás haya más de uno. Imagina dominios enteros en los que todos los alias corresponden a topos que se cuentan sus mentiras unos a otros. Investigadores del ejército, de TinyLabs, el Partido Rojo o del Azul. Espionaje y contraespionaje en una espiral infinita. Pero detrás de toda la paja siempre hay verdades como puños que se le meten en la cabeza de un modo discreto e insidioso. Solo tiene que seguir leyendo hasta que ya no le quepa ni un dato más.

Por fin llega a la estación Meeting Point™. Sube en ascensor al último piso del rascacielos y toma un vuelo rápido. En menos de una hora podrá estar en La Charme Venice. Aún quedarán bastantes horas de sol, las suficientes para poder explorar bien la villa y tomar las muestras que necesite con el minilab. Pide una almohada al asistente de vuelo y se dispone a echar un sueñecito.

### III

Una hora y media más tarde el transporte le deja en su destino, uno de los paraísos para millonarios que salpican el globo terráqueo. La Charme Venice es un pastiche de aquello que los propietarios han considerado clase, arte o estilo. En ningún caso se dan las tres a la vez. Lo importante aquí es la opulencia, seguida de cerca por la privacidad.

Kikori accede a la zona sin problemas gracias a la autorización que Conrado ha lanzado

sobre su ID. Esta vez entra por la puerta de la hacienda, no por la playa, como en su sueño. El vehículo del que se ha apeado es un monoplaza de segunda mano que ha conseguido en el aeropuerto. Nada que ver con el NiDo biplaza de Vic o con el helicóptero del ejército del sueño que ha tenido durante el vuelo. Esta vez no ha sacado mucho en claro, excepto confirmarse a sí mismo que el ejército está involucrado en el embrollo y que seguramente vigilen a cualquiera relacionado con los bichos. No mucho más antes de que el sueño degenerase hasta acabar con su casa invadida por el loco zoológico de Jules y Charlie.

Una vez en la entrada de la propiedad ni se molesta en mirar hacia la omnipresente cámara, pues teniendo la consola no es necesario identificarse con base en una anticuada imagen, solo las chicas siguen haciendo esas cosas. La caja de Pandora se abre para él, silenciosa. A lo lejos se encuentra una imponente fachada en tonos rojizos. La construcción en sí es sencilla, lo cual resulta inusual dados los palacetes imposibles que ha ido encontrando en su peripecia hasta aquí. La casa está a unos cuantos metros, subiendo una ligerísima pendiente. A su alrededor se impone una vegetación frondosa, para protegerse de los desvaríos arquitectónicos adyacentes. Atravesar el arco de la entrada ha supuesto transportarse a otra dimensión y otro tiempo, pues la fachada no tiene nada que ver con las fantasías transparentes y metalizadas de las ciudades. El señor Próvata no escatimó en gastos. Sus familiares estarán frotándose las manos, pensando en todo lo que van a trincar. La propiedad, muy grande, sin duda vivió maravillosos momentos con míticas fiestas, llenas de socialités y uppers enmascarados. El detective se los imagina muy ebrios, bailando entre los árboles tropicales. El jardín es enorme y frondoso, aunque no llega a ser la selva impenetrable de su sueño con Vic.

Mientras camina, percibiendo el entorno con todos sus sentidos, se acuerda del animal que imaginó. Sabe que bien podría ser muy real. Es lo que su mente ha destilado tras navegar por un océano de textos, imágenes y vídeos. Fotos desenfocadas, la exposición del cadáver híbrido en aquel famoso museo e incluso las declaraciones de Conrado. Se le eriza la

nuca y siente como su sistema nervioso se pone en guardia preparándole para una posible huida. Un enfrentamiento no merece la pena ni plantárselo. Se obliga a salir de su cabeza y observar lo que le circunda. Un templete clásico al lado de un pequeño lago artificial, unos bancos de piedra semicubiertos por las plantas. Por fin alcanza la puerta, que tal y como vio en su sueño, y en un videoreportaje de una conocida revista del corazón, es enorme y de madera antigua. El rico griego era un hombre de otro tiempo, lo cual ha quedado patente en su mansión.

El detective se detiene en el distribuidor de la casa. Mira hacia los lados; de frente; hacia arriba. Casi todo se encuentra en su sitio, tal y como lo soñó. Las esculturas, los cuadros, la escalera, el ascensor para sillas de ruedas. Escucha el silencio de la soledad. La que vivía aquel anciano. Solo en su enorme casa con un par de sirvientes de confianza, su amante Conrado y decenas de habitaciones entre unos y otros. Registra cuidadosamente cada estancia del piso de abajo. Observa los muebles sencillos y coloristas. Las esculturas clásicas que vigilan en sus hornacinas. Los rostros profundos y dignos de algunos cuadros. Lo que más abunda son los desnudos, tanto masculinos como femeninos. Cuerpos bien cincelados de volúmenes y proporciones bien áureas. Las paredes blancas y lisas hablan de sencillez, las obras de arte de hedonismo y gusto por los placeres de la vida. Huele las flores marchitas en un jarrón de la impoluta cocina. Parece la única estancia que le ha dado una oportunidad a las nuevas tecnologías. Todo es de las marcas más punteras. La cocinera debió negarse a volver al medievo de los fogones y los fregaderos. Recorre salones de recreo, bibliotecas con paredes enteras llenas de libros en papel y miradores con ventanales infinitos, sin concesión alguna a ladrillos o cemento. El mar se adivina a lo lejos, entre las palmeras y los enredados ficus. Sin duda será digno de contemplar desde los pisos superiores. La casa tiene tres plantas y Kikori sabe que la habitación de Costas Próvata está en el piso intermedio. Vuelve sobre sus pasos y regresa a la entrada. Sube la escalera en curva y escucha el sonido de sus propias pisadas sobre el mármol. Un sonido interesante.

Una vez arriba mira desde allí la puerta de entrada y la lámpara que cuelga del techo. Es enorme, con algo que imita velas de cera derretida. Ahora está apagada y el investigador supone que tendrá un sistema de encendido automático. Encara el pasillo y lo recorre hasta el final. La puerta de la habitación principal está abierta de par en par. Son dos hojas de madera pintada de azul marino que se abren hacia fuera. Al otro lado encuentra casi lo que espera. La masiva pared transparente está al cincuenta por ciento. A través de ella se divisa, con tonalidades atenuadas, un mar azul profundo que se mece hasta una línea de arena blanca. En el techo no hay más que una lámpara. Las plantas colgantes se las inventó en su versión personal de la estancia. De frente, un gran espacio con una alfombra y una cama grande a la izquierda. Está apoyada en un cabecero de madera pintada que descansa sobre la pared. Otra antigüedad, para variar. Como las mesillas de noche, los armarios escondidos en la pared de la derecha y la puerta del baño, que está abierta. Cuando accede observa la bañera y el lavabo, ambos de mármol oscuro. La ventana tiene unas cortinas diferentes, no tan vaporosas; tendrá que conformarse con ellas. Todo está limpio y ordenado. No hay muchos objetos personales, deben haber sido retirados.

Inspira largamente.

Suspira y se lleva la mano al minilab preparándose para programarlo y colocarlo. Escucha un carraspeo a su espalda. Automáticamente se da la vuelta y se pone en guardia. Altera la trayectoria de su mano y toma el mango del táser en vez del minilab. Mientras realiza esa corrección se da la vuelta, sale del baño y atraviesa el dormitorio hacia la puerta que da al pasillo. Al principio no ve nada raro. Todo está en silencio, no vuelve a escuchar la leve tosecilla; pero unos segundos de escrutar el corredor le hacen descubrir algo extraño. En la primera habitación a la derecha, la puerta entreabierta le permite divisar un pie desnudo y una pierna llenos de pequeños picotazos, como si hubieran sido atacados por un enjambre de insectos furiosos. Algo que al recorrer el pasillo hacia el dormitorio principal no pudo ver, dada la orientación de la apertura de la puerta.

Se suponía que la casa iba a estar vacía, piensa el detective. Como es obvio que no ha

entrado con especial sigilo y que quienquiera que esté en ese habitáculo le ha escuchado, Kikori decide anunciarse en busca de una respuesta que le dé más información. Sin trasladar ni un centímetro su posición aclara su garganta e inquiera:

—¿Quién está ahí? Eh... ¿Hola? —No recibe respuesta inmediatamente, así que da unos segundos al intruso. Pasado un tiempo prudencial durante el cual todo continúa en un tranquilizador silencio, decide acercarse al dormitorio adyacente a comprobar el estado de la situación.

Lentamente, con el táser en las manos, amaga unos pasos militares en una caricatura de cualquier película de acción. Se asoma de perfil introduciendo primero la mano con el arma por la puerta. Empuja un poco la hoja de madera, provocando que se abra totalmente. La luz en la habitación está bastante atenuada, como si alguien un tanto fotofóbico fuera su dueño. Pegada a la rotunda pared de cristal hay una cama, apoyada en la nada vidriosa, con el paisaje vegetal exterior enmarcándola. A la derecha, una pared por entero poblada de armarios. A la izquierda, un fresco de estilo clásico ha sido pintado sobre el muro. Una versión del bello Narciso observándose en su lago particular. Más hacia la entrada, un tocador sobre el cual hay un soporte con una peluca móvil que ya conoce, como anémonas que se mecen con las corrientes marinas. A continuación unos enormes espejos que van del suelo al techo. Y allí, su imagen duplicada, yace el cuerpo de un hombre deformado por los innumerables picotazos presumiblemente provocados por los nanobots, al fracasar el tratamiento de belleza al que se sometió, en un intento de preservar su cuerpo de las decadencias de la edad. Semirreclinado yace el hombre serpiente, despojado de su verde traje, con los labios perforados de viruela entreabiertos. Los ojos cerrados; rodeándole, bajo él y sobre sus hombros, una gruesa piel como de un enorme animal que protege parte de su cuerpo del frío suelo y de la impiedad del espejo que reproduce la realidad en todo su esplendor o desastre.

Kikori suspira y su pecho se vacía un poco de ansiedad y miedo. Camina hacia Conrado para comprobar si está muerto tal y como pa-

rece, si aquel ruido que oyó hace no más de uno o dos minutos era un estertor o un signo de vida. La palidez del cuerpo lo hace brillar sobre la piel sedosa y azulada que lo circunda. Una piel de la que sale una extremidad que se mueve rápidamente y arranca de un manotazo el táser de la mano del investigador. El cambio de estado ha sido tan rápido que Romeo no ha tenido tiempo ni de darse cuenta de lo que ha ocurrido. El cuerpo desmadejado de Conrado ha acompañado el manotazo que ha desarmado a Kikori. Sus ojos se entreabren y un débil sonido escapa de sus labios entreabiertos.

—Noooo... No le haga daño. —Se debate con unas toses y una garganta reseca que le dificultan las más básicas palabras—. Kikori... ¡Basta! Quietos los dos. Dejadme morir en paz.

Jadea durante unos segundos tras ese enorme esfuerzo, tiempo durante el cual la piel sedosa y peluda se transforma en un gigantesco simio que gira una enorme la cabeza que estaba oculta al otro lado de la de Conrado, y se endereza sobre el respaldo que supone el espejo. Aquello que parecía una chaiselonge de diseño se reconfigura en un extraño animal de piel azulada, ojos rojizos, y extraños penachos de plumas coloreadas en la cabeza. Sus orejas son como las de un felino, puntiagudas, y se mueven hacia los lados. Sus colmillos sobresalen y le dan una apariencia de lo más carnívora. Sus brazos sujetan a Conrado gentilmente, con cuidado de no romperlo o estropearlo más de lo que ya está.

Kikori se sujeta la mano derecha, que tras el golpe sufre un hormigueo que va virando hacia dolor y entumecimiento. Necesita de unos instantes para comprender la situación en toda su magnitud. El mono no hace más gesto agresivo que mantener la mirada del investigador mientras contiene la lasitud del agonizante cuerpo que abraza. Sí, lo abraza. No lo sujeta, ni lo agarra de cualquier manera, lo abraza.

Conrado se recupera un poco y pestañea. Una voz ronca, como de otra persona, se escapa de su cuerpo ya irreparable.

—¿Sorprendido, señor Kikori? No esperaba encontrar esto, se nota en su mirada. Yo tampoco, aunque lo intuía. Lo que ha venido a buscar está en mi consola, encima de la mesa. Pero antes merece una explicación. —El monólogo re-

sulta trabajoso y está jalonado de descansos y respiraciones descompasadas—. La noche en que murió el viejo yo le escuchaba hablar desde esta habitación. Pensaba que era presa de alucinaciones o delirios, pero me equivocaba. Este bicho fue el que le acompañó en sus últimos minutos, el que escuchó sus confesiones, anhelos y deseos póstumos. —Conrado no mira al simio, no le hace falta, puede sentirlo a través de su piel, rodeando su anatomía—. Debería haber sido yo, ¿sabe? Pero yo no podía. No quería verle morir, así que me abandoné a mis drogas de diseño y me abracé a la almohada, como un niño pequeño que se oculta en sus mundos imaginarios. —El gorila azulado gira su cabeza, le observa; olisquea al moribundo y con incomprensible cuidado le limpia una lágrima con su manaza—. No fui suficientemente hombre ni para acompañarle al final. Él sabía que yo estaba aquí, en algún momento me llamó, pero yo no podía ya levantarme, pues flotaba en mi éxtasis químico autoinducido. Estaba lejos, muy lejos, a años luz de él. Tuvo que ser este mono el que respondiera a sus últimas peticiones. Maldita sea. Maldito sea yo. —Los tres permanecen en silencio durante unos minutos interminables.

Kikori se encontraba incapaz de responder a esas palabras que salían dificultosamente de los labios resecaos del joven herido. Pensó en él como su cliente en un intento de distanciarse del horror y la pena que le producía la escena que contemplaba. Se sentía un espectador y no alguien participante en el drama. Seguro tras un cristal de distancia mental, intentó analizar objetivamente lo que veía. El gran mono híbrido no había dejado de taladrarle con su inteligente mirada, dominándole, manteniéndole paralizado.

—Nunca he soportado bien el dolor. Él no dejó de quererme después de que la viruela me despojase de todo lo que tenía, de mi cuerpo. Era un buen hombre el abuelito Próvata. Sus estúpidos nietos no veían más que billetes cuando le miraban. Pero había mucho más, muchísimo más. —La mirada perdida indica al investigador que su hombre está recordando, contemplando imágenes que nadie más ve—. Al principio pensé que yo era un objeto más en su colección de cosas bonitas. Pero estaba



equivocado, muy equivocado. No soy muy listo, nunca lo fui. Lo suficiente para llegar hasta aquí y quedarme, que en realidad no es mucho. Adular a un par de presuntuosos. Seducir a unos cuantos escalones en mi subida a la cumbre. La cumbre, que era mi abuelito. Para luego... —El bicho pierde el interés y vuelve su mirada hacia el ventanal— ...Para nada. Pero debía mantenerme bello, porque si no él se aburriría de mí, buscaría una nueva pieza para su colección, me desearía como algo aburrido por tan conocido. Así que de vez en cuando le amenazaba con irme, ¿sabe? Imagínese, dejarle yo a él. Creo que era una de las cosas que más le divertía de mí, mis pequeñas representaciones. Mis dramas. Le daban la vida, aportaban emoción a los últimos años de su vida. Luego nos reconciliábamos, nos regalábamos cosas exquisitas traídas de todos los rincones del mundo. Hasta que yo volvía a sentirme inseguro, hasta que... Ahh... —Un relámpago de dolor deforma aún más su rostro—. Pero a usted no le importa nada de lo que digo. Sin él yo no soy nadie y ya nada merece la pena.

—Claro que me importa —susurra Kikori. De algún modo las palabras de Conrado han penetrado su sólida protección, la distancia que sin éxito ninguno ha intentado desplegar entre ambos.

El enorme gorila se mueve, sus orejas felinas se giran en varias direcciones. Los penachos de plumas que enmarcan sus facciones tiemblan. Frunce el ceño y parece atender a algo muy interesante que ocurre en otro lugar. Mira a Kikori y luego acaricia la cabeza con algunos mechones de pelo de Conrado.

—Me duele. Me... Hhh... Por favor. —Las fuerzas de Conrado se han vuelto a terminar—. Estoy cansado —añade en un último esfuerzo.

Estira un brazo hacia el detective, que no puede más que sentirse impotente. El mono baja la mirada y observa al suicida moribundo. El simio entorna los ojos como concentrándose, luego levanta una de sus enormes manazas y a continuación la otra. Frota ambas igual que si intentara calentarse las manos. Luego coloca una de las palmas sobre la boca y la nariz de Conrado durante unos segundos. Este inspira con esfuerzo y su expresión torturada se relaja. Kikori no entiende, hasta que un suave aroma

almizclado proveniente del simio alcanza sus fosas nasales, pues el bicho ha alzado la palma de su mano hacia el detective. A él no lo roza, ni lo agarra, simplemente mantiene su extremidad casi a la altura del rostro de Kikori. Cosa sencilla dada la longitud de sus enormes brazos y la corta distancia a la que se encuentran en realidad.

Ligera embriaguez, felicidad, relajación, tranquilidad, seguridad. Todo eso le transmiten las feromonas destiladas por el enorme primate. Unos segundos de fugaz comprensión. Unos segundos de paz.

Un par de disparos destruyen la magia del momento. El cristal del ventanal se agrieta dividiéndose en mil pedazos que quedan unidos a duras penas y el golpe que recibe retumba por toda la casa.

El mono suelta con cuidado, pero con celebridad, la carcasa sin vida que contenía a Conrado. Lo deja allí apoyado en el espejo, mirando el infinito de la pared de armarios. Se gira hacia Kikori y se yergue en toda su magnificencia. Chasquea la boca y produce un ruido como electrónico. De repente, las alarmas antiincendio de la casa se encienden y comienza a llover sobre ellos. En su pecho y sobre sus hombros hay escamas rojizas, como de pangolín. Entre sus musculosos glúteos nace un rabo largo y enroscado que más bien parece un látigo, afilado en su extremo, cubierto con más escamas.

—Vete de aquí. No tengo nada contra ti. —Una voz cavernosa y profunda emana del mono híbrido, dejando a Kikori con la boca abierta y los ojos como platos. El animal toma carrerilla y con sus poderosos músculos se impulsa hacia la agrietada pared de cristal, atravesándola y desapareciendo en la selva del jardín en medio de disparos y destellos.

El detective quedó solo en medio del monzón provocado por los pequeños aspersores cenitales. La habitación comenzaba a encharcarse y aquellos segundos podían ser cruciales. Sacudió su cabeza hacia los lados para recobrar la perspectiva, se acercó al tocador y la peluca. Allí encima estaba la consola de Conrado. La agarró y se la metió dentro del traje, el único lugar resguardado de la impro-

bable tormenta. Fuera los fogonazos iluminaban a ratos el jardín tropical. No se había percatado de que había empezado a anochecer hacía largo rato ya. Los tonos anaranjados y rosáceos del cielo hablaban de una paz y una belleza pertenecientes a otro tiempo y lugar.

Kikori recordó los planos de la casa que había memorizado con la intención de alimentar sus revelaciones nocturnas. Sus sueños, su intuición. Seguramente los asaltantes también los conocerían, así que no tenía mucho sentido inventar una ruta de escape enrevesada. Salió al pasillo, ahora lleno de alfombras empapadas, y miró hacia la habitación del magnate. Recordó el cuarto de baño con ventana al exterior. Una ventana que podía abrirse. Corrió hacia allí observando, de nuevo, aquellas cortinas sencillas que ahora parecían salidas de un túnel de lavado. Las apartó casi arrancando una de ellas, tocó el pestillo electrónico unas cuantas veces y no ocurrió nada. Maldijo en voz baja pronunciando palabras en japonés que creía olvidadas. Probó con la obsoleta versión manual de apertura, y la ventana se abrió de par en par. Miró con cautela, pues aunque la refriega parecía venir ahora de la otra fachada de la casa, no podía estar seguro de que no hubiera más tiradores en esa zona del jardín. Al mirar hacia abajo descubrió un tejadillo que debía pertenecer al ala de la piscina cubierta. Las luces exteriores de la casa no se habían encendido, los atacantes debían haber cortado el suministro. Bajó con todo el cuidado y la rapidez que le permitieron sus nervios y su miedo. Se lanzó desde el tejadillo al suelo trastabillando al levantarse pero sin hacerse demasiado daño. Se pegó a la pared unos segundos esperando algún movimiento a su alrededor. Luego decidió que era más seguro mezclarse con la vegetación y salir de allí lo antes posible. Se adentró unos metros entre los arbustos y las orquídeas, dando un pequeño rodeo. A Kikori todo esto pareció llevarle eones, pero en realidad no debieron ser más que unos segundos. Al otro lado de la casa continuaba el tiroteo con vieja e ilegal munición plomada, escuchó el detective. Los actuales táseres o disparadores de tranquilizantes instantáneos no sonaban así. Solamente el ejército estaba autorizado a usar la violencia de ese modo en situaciones excep-

cionales. Como por ejemplo la presencia de un híbrido, admitió mentalmente. Los disparos al principio no iban acompañados de ningún otro sonido, pero poco a poco un concierto de alaridos de dolor, maldiciones y gritos de terror se fueron uniendo al coro. Desde donde estaba pudo ver, con dificultad, a un par de militares vestidos de verde camuflaje. Estaban de espaldas a él, debían haber previsto que nada peligroso vendría del lado de la playa. Quizá hubiera algunos de los suyos sobre la arena, cubriendo su retirada, posibilidad que al investigador no le hacía ninguna gracia.

Lo único bueno de todos aquellos disparos era que amortiguaban cualquier sonido que él pudiera emitir en su anónima huida. Anónima porque nada más introducirse en la selva ajardinada apagó su consola y se enchufó a la de Conrado. Podría haber usado el mod de Charlie, pero por alguna estúpida razón lo otro tenía más sentido.

Caminó apartando las hojas de las plantas mientras los gritos iban ganando la partida a los disparos. De hecho la fiesta comenzó a moverse hacia la posición de Kikori, algunos disparos fugitivos impactaron en un macizo florido a su izquierda. Esto le hizo decidirse a correr. Atravesó las barreras de plantas recibiendo golpes de ramas y troncos por todo el cuerpo. Miro hacia atrás en un par de ocasiones y vio cómo las plantas se movían, era evidente que no era el único que intentaba huir en esa dirección. Siguió hacia delante por el interminable jardín en pos de la playa y del pequeño muelle que sabía que había en algún lugar. Al fin y al cabo aquello era La Charme Venice, lo que incluía agua y embarcaciones. Los disparos se espaciaban cada vez más, también los alaridos iban silenciándose en una progresión inquietante. Cuando por fin avistó la arena de la playa y el final de la jungla, oteó hacia los lados en busca del pantalán de madera que sabía debía de haber. No recordaba si a la derecha o a la izquierda. No observó barcas ni lanchas bélicas en la orilla de la playa. Los militares debieron entrar en la villa por el mismo sitio que él. Mientras jadeaba sin aminorar el ritmo, por fin logró ver el embarcadero. Detrás de él ya nada se movía, aunque aún se escuchaban lamentos entrecortados, cada

vez más lejanos. Hizo un último esfuerzo hasta los tablonés del muelle alcanzando las lanchas. Una de ellas le saludó tomándole por Conrado. Las luces se encendieron en contra de la voluntad de Kikori, que hubiera preferido algo más discreto. Saltó al interior y accionó los mandos del monitor seleccionando el aeropuerto como destino.

Mirando de nuevo hacia la casa advirtió que se había hecho el silencio dentro del jardín. Las luces de las villas cercanas comenzaron a encenderse tímidamente, revelando que los habitantes habían tratado de llamar la atención lo menos posible hasta ahora. Kikori sabía que ninguno de ellos se aventuraría hasta allí para averiguar qué había ocurrido. Lo dejarían todo en manos de las empresas de protección y de la policía local. Hacia el mar, el cielo continuaba con sus destellos, que viraban a tonalidades moradas y azules.

Kikori se sentó con la esperanza de que se hiciera el silencio también en su interior. Su cabeza bullía de imágenes, la adrenalina hacía que escuchara los latidos de su corazón. Sus manos temblaban y su ropa chorreaba. Se secó la frente con la muñeca derecha y metió la mano bajo la americana para extraer las dos consolas. Tomó ambas con la mano y las sacó. Estaban tan húmedas como todo lo demás y encima algo viscoso y oscuro manchaba la pantalla de la de Conrado. Sería fluido de la batería o algún tipo de grasa o maquillaje del tocador del pobre joven. Accionó algunos iconos e intentó realizar varias operaciones. El monitor del aparato se veía un poco borroso. Le pareció que no había mucha luz y se acercó a los mandos de la lancha, que se deslizaba silenciosa hacia su destino. Se volvió a secar la frente, esta vez con la otra manga, y le pareció que no servía para mucho, todo estaba húmedo y le resultaba molesto. Bajó la vista y volvió a buscar en sus bolsillos interiores, durante toda la refriega había olvidado el táser y aún debía estar ahí. Era mejor que nada en caso de necesidad. Palpándose el costado izquierdo notó una ligera molestia. Con todos los golpes que se había dado en su huida sería normal que tuviera el cuerpo lleno de cardenales y contusiones. Se masajeó el costado húmedo y al sacar la mano descubrió que estaba cubierta de la misma por-

quería que había encontrado sobre las terminales portátiles. Una sustancia que resultó ser roja, viscosa y con un olor metálico.

Se quedó hipnotizado observando su mano y de repente comenzó a sentirse agotado. La fuerza de la gravedad se hizo insostenible sobre su cuerpo. Estar de pie resultaba del todo inadecuado. Se sentó en el suelo de la barca y continuó accionando la consola de un modo automático. Desde dentro de su cabeza observaba el exterior como si estuviera a metros de distancia. Miraba sus manos moverse torpemente sobre la pantalla de la terminal. Realizando operaciones que alguien ordenaba a aquellas extremidades semejantes a las suyas. En el cielo, un par de estrellas titilaban enviando señales desde un espacio profundo y lejano donde quizá ya se habían apagado. Como se apagaba en aquel momento la mente de Kikori.

## IV

La luz del día se filtra por el ventanal completo, cegándole. Alguien murmura «Treinta por ciento» y el cristal se oscurece. Los ojos de Romeo se acostumbran poco a poco y el bulto de colores que hay en la butaca se transforma en Vic.

—Hola —dice ella en voz baja y con una sonrisa.

Kikori pestañea e intenta sonreír. Hace un esfuerzo inútil para incorporarse en la cama.

—Pensabas que no vendría, lo veo en tu cara.

Ella está encantada de sorprenderle. No hay nada que le guste más en el mundo que esa mirada entre inocente y confundida en los ojos de él.

—¿Cómo...? ¿Dónde estamos? —Logra hilar un par de preguntas. Ella no deja de sonreírle en ningún momento y toma su mano para tranquilizarle.

—No te preocupes por eso. Tu herida del costado tenía una pinta bastante fea, pero no ha sido problema para los médicos. Las gelatinas de nanos son estupendas para estas cosas. He tenido que usar mis contactos para saltar-

nos parte del papeleo. Los disparos por arma de fuego son algo que llama la atención más de la cuenta. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera tiroteado y perseguido alguna guerrilla en medio de un bosque tropical, ¿y tú? —Al segundo intento consigue incorporarse mientras contiene un rictus de dolor.

—No hace falta que te hagas el duro para impresionarme. Ya sé que eres un hombre increíble, Romeo.

—Tienes razón, pensé que no vendrías. No... no podías venir. —La mente de Kikori es aún en parte una nebulosa—. Sé que tenías... cosas importantes que hacer en algún otro sitio.

—No suficientemente importantes. —Se escucha un pitido en el pasillo—. Creo que ahora tiene que venir la enfermera a traerte algo de comer. Solo quería asegurarme de que estabas bien. Debes descansar. No quiero ni imaginarme en qué clase de lío te has metido esta vez. —Ella recoge su bolso y se lo cuelga al hombro. El vestido de flores ondea sobre sus curvas.

—Espera, Victoria. Hay algo que quiero decirte. Yo no puedo... —Kikori traga saliva—. No puedo seguir así más tiempo. No sé qué ha salido mal, pero esto ya no funciona. No puedo continuar fingiendo que nada ha cambiado. Pero yo siempre te... Tú y yo... —Siente una profunda tristeza en su interior que no sabe muy bien de dónde viene exactamente. Como si le hubieran extirpado algo grande por encima del diafragma.

—Lo sé, mi amor. Aunque lo has evitado, sé que en el fondo sabes que nunca he dejado de quererte. —Los labios de ella rozan suavemente los suyos, en el beso que se darían dos personas que llevan toda la vida juntos y han compartido más allá de lo imaginable.

Los ojos de Kikori se nublan y se llenan de lágrimas, tiene que cerrarlos porque no quiere que ella lo vea. El dolor se hace intenso y laceante, ni siquiera puede ver cómo su esposa abandona la habitación. Inspira y se lleva la mano al costado sintiendo que la herida ha debido abrirse de nuevo.

El dolor se hace más intenso, muy intenso, insoportable. Es lo único que existe.

Entonces vuelve a abrir los ojos y los sonidos le llegan entrecortados. Como si acabase de haber una explosión cerca de él y todo estuviera atenuado. La luz tiene una cualidad distinta, es más azulada, como de neón, y no amarillenta. Tampoco viene de una pared transparente, sino de arriba. Pestañea y ve sombras que se perfilan en formas. Personas. Nota cómo le mueven y tiran de él. Su cuerpo se desplaza, pero no es él quien lo gobierna. O quizá sí. Poco a poco va recuperando algunas sensaciones, la mayoría de las cuales desearía que siguieran apagadas. Su carcasa tiembla y se retuerce de dolor, pero se siente ajeno. Es tan intenso que no puede ser suyo. En esta habitación no hay ventanas. Está todo lleno de muebles metálicos, algunos de ellos pintados de blanco. Pero no resultan tan elegantes y asépticos como en la otra habitación de hospital. Debe encontrarse en una sala de curas, aunque por el instrumental que observa y los focos que le iluminan parece un quirófano. Uno bastante anticuado, por cierto. Las voces que escucha se van aclarando y va recuperando el dominio de su cuerpo. El dolor del costado vuelve a fusionarse con su conciencia y le hace chocar con la realidad violentamente. Se siente mareado. Jadea y nota un sudor frío deslizándose por su frente y sus sienes. Pestañea e intenta enfocar lo que hay a su alrededor. Una voz de mujer lo llama.

—¡Kikori! ¡Romeo! ¡Mírame! ¡Me escuchas?! Céntrate, mírame a los ojos y atiende a mi voz. Tienes que centrarte. —A su derecha alguien le habla a voz en grito.

—Parece que le duele mucho... ¿Puedes hacer algo? —Escucha a otra voz deliberando con alguien más a quien no entiende, en una localización indeterminada a su izquierda—. Ya, ya. Sé que no intervienes. Pero es evidente que va a sobrevivir. Si yo tuviera algún opiáceo sintético se lo daría ahora mismo, pero no hay muchas cosas aquí.

Escucha cómo rebuscan en unos cajones. Un murmullo contesta a la voz femenina. A Romeo le suena familiar pero no consigue ubicarla. Todo es muy confuso y por encima de los detalles está el dolor, que lo impregna todo. Viscoso. Inevitable.

—Tranquilo. Todo está controlado. Te hemos puesto una transfusión de sangre y Jules te ha extraído la bala. Ahora tiene que coserte. Esto no es muy moderno que digamos, pero a lo único a lo que hemos tenido acceso es a una clínica veterinaria. Te pondrás bien, ¿de acuerdo? ¿Entiendes lo que te digo? —Charlie hace muchos aspavientos y se atusa el flequillo constantemente, presa de un evidente nerviosismo.

—No le des tantas explicaciones, tía. No creo que haya entendido ni la mitad. Háblale de lo que quieras, pero no esperes que luego se acuerde de nada. Se encuentra en estado de shock. Es normal, ha perdido mucha sangre y le debe doler horrores. —Kikori las mira desde la camilla sin comprender muy bien lo que ocurre a su alrededor. Pestañea con cara de perplejidad y Charlie le limpia la frente con una gasa cada dos por tres. Las manos del detective tiemblan. Está desnudo de cintura para arriba y tremendamente pálido por la pérdida de volumen sanguíneo.

—Bueno, ¿y tú me vas a echar una mano o qué? La adrenalina que he encontrado ha servido para despertarle, pero no le va a quitar el dolor, me temo. Yo no soy anestesista, no me atrevo a darle nada de lo que hay aquí para que se duerma. Igual no despierta y entonces mi hermana me mata. —Jules continúa discutiendo con alguien fuera de la vista de Kikori. —Joder, Jules. Que Romeo te está escuchando. No digas esas cosas. ¡Romeo! ¡Romeo! Ehm... ¿Sabes? Tuviste una idea... Ahm... Una idea increíble cogiendo la terminal del Conrado ese. Al principio me costó descifrar el mensaje que me enviaste con ella. Estaba de los nervios porque de repente tu consola desapareció de mi sistema. No es que te vigile, es que todos los que usáis el Chamaleo pasáis por mis servidores y puedo saber dónde estáis en todo momento. Aunque es confidencial, por supuesto. —Aunque no está nada contenta con su explicación, continúa—. Así que me cagué durante unos segundos y luego me llegó el mensaje ese de un tío que no conocía de nada, completamente indecifrible. Supongo que lo mismo estabas ya un poco tocado, ¿no?

Charlie hablaba atropelladamente y sin parar. Sin saber muy bien qué decir, rellena el silencio con lo primero que encuentra en su

cabeza. Atar cabos de forma figurada le parece un monólogo como otro cualquiera.

—¿Ves, hermana? No es tan difícil. Sigue hablándole así. Tú solamente habla. De cualquier cosa. Total, para lo que va a recordar después. —Jules se volvió hacia su izquierda y terminó de preparar la aguja y el hilo estériles—. Vamos hombre, decidete de una vez —le espetó a alguien que estaba en la cabecera de la camilla.

Kikori no podía dejar de contemplar los ojos de Charlie; eran tan azules y brillaban tanto. Los labios de la chica no dejaban de moverse, igual que su pelo negro y fino. Gesticulaba sin descanso y de vez en cuando reía nerviosamente bajando la mirada. Él no entendía nada de lo que decía. Las palabras llegaban desordenadas a su cabeza. Comprendía algo por el tono de su voz. Estaba nerviosa, como cuando le confiesas algo a alguien y no sabes cómo se lo va a tomar. Pero el contenido del mensaje era un galimatías, un misterio total y absoluto. Miró al otro lado de la camilla y vio a Jules con más claridad. Llevaba unos guantes de látex blancos que le llegaban a la mitad del antebrazo. De vez en cuando se giraba hacia Charlie y le decía cosas. Todo ello con su habitual parsimonia y tranquilidad. A diferencia de su hermana, no parecía alterada en absoluto. Su discurso también resultaba ininteligible para el hombre en la camilla.

—¿Y bien? —Insistió Jules—. Tenemos toda la noche, pero no creo que sea lo mismo si te decides de madrugada. —El retintín de la frase era evidente. Levantó una ceja y estuvo a punto de poner los brazos en jarras para parecer más enfadada. Pero igual no era una buena idea con el material de sutura en las manos.

Un gemido y un chasquido fueron toda la respuesta que recibieron sus peticiones. Al otro lado de la mesa, Charlie no había parado de hablar y casi le faltaba la respiración.

—Y entonces asumimos que te había ocurrido algo. Tuve que entrar en varios sistemas de seguimiento de identidades para rastrear a Conrado. ¿Cómo supiste que él también llevaba implantado un chip ilegal? —Se queda en silencio unos instantes mirándolo con ansiedad—. Oh, claro. Por la viruela de Souza, la estética con nanojellies es una operación ilegal. Qué lis-



to, Romeo. —Sonríe y se sonroja. Seca la frente de Kikori con una gasa ya húmeda, coge aire y continúa con su perorata—. Pude pillar algunas imágenes de las cámaras más cercanas, las de la villa esa en Charme Venice. Menudo sitio. No sé si quiero saber qué demonios hacías allí. Se te ha ido de las manos todo esto. Pero bueno, el caso es que hablé con unas personas que me debían un favor y salimos corriendo de casa. La de mierda que hemos tenido que piratear para llegar hasta aquí. No te lo imaginas. Hacía tiempo que las cosas no se ponían así de tensas. No es lo mismo estar sentada en casa delante del cuántico que dando carreras o secuestrando frecuencias en pleno avión. Te creerás que yo hago esto todos los días, claro, pero la verdad es que el vídeo que me mandaste hizo que mereciera la pena. Hasta que hemos llegado aquí ha sido una barbaridad lo que...

—Ya era hora, bicho. Cuando te pones en plan digno no hay quien te aguante. —Una mancha verde plateada saltó al hombro de Jules—. Charlie, podrías hablarle de nuestro amigo Bob. —La chica mira el borrón verdoso a la izquierda de su cabeza.

—...llegando al puerto, casi sin combustible. Pero ellos te interceptaron y por suerte, como la lancha era del tipo ese que debía estar forrado, los guardacostas no molestaron, debía tener un permiso para nave... ¿Bob? —La hermana mayor se aparta de la cara un mechón mojado por el sudor. Contempla a su hermana nerviosa y expectante—. Supongo que ya da lo mismo, después de lo que ha visto y, sobre todo, de la grabación del anciano con el mono híbrido que nos ha enviado, no hay vuelta atrás. —Se frota la nariz y continúa hablando a la misma velocidad descontrolada.

—Muchos creen que son una creación nuestra que se fue de las manos; ya sabes, como el sida, el ébola o las estaciones meteorológicas CRISAM. Hace años la organización WB desató documentos que relacionaban a los agentes con un programa de investigación trans de los países del bloque asiático. Pero WB resultó no ser independiente, lo que hizo bajar su cotización en bolsa y la credibilidad de la información con la que comerciaba. Yo no sé qué creer. Muchos los temen, yo creo que están aquí para

ayudarnos y nosotros no somos capaces de entender nada. Nunca nos hemos caracterizado por intuir lo que ocurre realmente a nuestro alrededor. No comprendimos la necesidad de controlar el crecimiento de la población, por eso llegamos a vivir en esta mierda de ciudades superpobladas. Tampoco entendimos nada sobre el control del clima, de las cosechas, la manipulación del ADN o la robótica avanzada. Así nos ha ido. Así nos seguirá yendo en el futuro, a menos que los agentes consigan poner orden. —Charlie toma aire y mira con impaciencia a su hermana. Observa la incompreensión en los ojos de Kikori y la malinterpreta—. Ah, sí. Perdona. Los agentes, claro. Es que Jules y yo llevamos meses siguiéndolos y... Los llamamos agentes de la selección natural. La primera vez que vimos uno fue hace ya bastante tiempo, en la época en la que pululaban más por las ciudades. Evitaron que varias ambulancias atendieran a un tipo que había sufrido un accidente. ¿Y recuerdas el incidente de la fábrica de órganos artificiales? Estamos casi convencidas de que fueron ellos los que la sabotearon. —La chica encadena una tras otra las anécdotas que construyen su teoría de la conspiración.

Jules se acerca a la camilla mientras Kikori continua hechizado observando a Charlie. Su hermana no tiene freno cuando coge un tema que le interesa. Sobre el hombro izquierdo de la pequeña hay un pequeño dragón con alas y cola emplumadas. Es la mejor manera de describirlo. Apoya sus patas traseras sobre el antebrazo de la chica, el cuerpo serpentino continúa sobre el brazo y su hombro y allí descansan sus pequeñas patas delanteras. Parecía salido de una tienda de souvenirs chinos. Jules se aproxima más al hombre postrado en la camilla y el dragón estira el cuello, acercando su morro bigotudo a la cara de Kikori. Se arquea un poco alejándose y luego exhala sobre él un vapor amarillento. Jules y Charlie se aprestan a subirse las mascarillas que tienen colgadas del cuello. Kikori, en su confusión, reconoce el olor, el mismo de las palmas de las manos del enorme gorila de La Charme Venice.

Su cuerpo se relaja visiblemente, al igual que su expresión de sufrimiento. El dolor se va amortiguando, alejando, desapareciendo. Permanece

tumbado, boca arriba, captando toda la luminosidad de los tubos fluorescentes del techo. Olvidando a las dos chicas y al pequeño dragón.

## V

Una tarde templada en una realidad sin estaciones deja unos charcos lluviosos. Por encima de ellos salta un hombre bien vestido. Lo hace con dificultades y se sujeta el costado izquierdo como temiendo que algo valiosísimo allí oculto se derrame sobre los pequeños lagos en el suelo. Utiliza el paquete que lleva en una mano como contrapeso sin demasiado éxito. Al quinto charco decide sacrificar los zapatos y caminar chapoteando por la calle.

Las pantallas solares le protegen de los haces de luz que atraviesan las nubes. Las aceras de la zona upper están medio vacías, es temprano y desde que soterraron todo el tráfico no hay mucho movimiento mecánico en el exterior.

Kikori llega al moderno portal y este se abre para él. Las láminas de cristal se apartan dejándole paso y él se apresta a penetrar en el interior. Aquí no hay casilleros para correo. Ni mesa para un hipotético conserje. Un robot aspirador se pasea por la sala intentando pasar desapercibido. Cuando detecta a Kikori, se detiene y se retira a una esquina. Es importante no molestar a los humanos, le dice su programación interna.

Toma el ascensor y sube hasta su planta. La publicidad sonora del ascensor es especialmente enervante esta tarde. Suspira y golpea rítmicamente el suelo con el pie derecho mostrando así su impaciencia. Menos mal que Vic no compró el ático, no habría podido soportar esa cacofonía infame durante más plantas. El ascensor lo libera de su horror musical un par de plantas más arriba. El pasillo se le hace infinito así invadido por los monitores con publicidad que ha aprendido a ignorar.

Pero por fin llega a su puerta, vislumbrando al otro lado su recibidor. El desorden de cajas y ropa amontonada ha desaparecido milagrosamente. La luz se filtra por el muro de cristal al setenta por ciento. En la nevera al-

guien ha dejado un mensaje electrónico que se enciende y se apaga tratando de llamar la atención de Kikori. Este se acerca, deja su huella sobre la superficie lisa del frontal del refrigerador y el rectángulo se expande. Es un videomensaje de la asistente informando de algún detalle nimio e intrascendente sobre la limpieza de la casa. Ordena su reproducción pero lo ignora por completo. Está enfrascado en la apertura del paquete que trae de la calle. En cuanto rasga el papel marrón un gato atigrado en grises se acerca correteando por el pasillo y se enrosca entre sus piernas maullando y ronroneando sin parar.

—Ya voy Roger, ya voy. No puedo abrirlo más rápido y te aseguro que el envoltorio no sabe a lo mismo que lo de dentro.

Desenvuelve unas cuantas latas de comida gatuna. Abre una de ellas y lucha con sus piernas contra el entusiasmo del felino ronroneante. Se desembaraza de la presa peluda para poder verter el contenido del envase en un plato. Sin poder esperar más, el gato sube a la mesa de un salto lanzándose sobre la comida y frotándose con la mano de Kikori a su paso.

—¡Roger! ¡Nooo! A Xi Ying no le va a gustar nada esto. Me dejará otro de sus mensajes en la nevera en los que se queja de que no hace más que encontrarse tus huellas por encima de todas las mesas. —Rasca las orejas de la gata mientras esta engulle la comida casi sin respirar—. Pero al fin y al cabo tú vives aquí y ella no, ¿verdad?

Toma una lata de sucedáneo de cerveza del frigorífico, la abre disfrutando del sonido gaseoso y se sienta en el sofá de piel blanca del salón. Mira hacia el exterior a través del masivo cristal. Piensa en Vic. No puede seguir colgándole el teléfono cada vez que llame. Ha llegado el momento de cerrar ese asunto. Es una decisión que debió haber tomado hace más de un año, pero eso ya no puede deshacerse. Dibuja un gesto hacia receptor visual para que le abra la línea telefónica de la casa.

—Operador telefónico humano. —Espera unos segundos en silencio tras la orden verbal.

—Buenos días señor Kikori, mi nombre es Alba, identificación 345CB32Z, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quería dar de baja un servicio. Concretamente el servicio de... —En realidad no hay duda ninguna dentro de su cabeza, sólo una sombra de nostalgia—. ... Ajuste Pospartida.

—Entiendo, se refiere a la recreación de Victoria de Castro-Kikori ¿Desea dejarlo durmiente? También puedo desactivar la llamada automática y pasarlo al modo «a demanda». Cuando usted llame al número podrá ponerse en contacto con ella, pero dejará de recibir sus llamadas. —Alba inquiera buscando un tono neutro y aséptico.

—No. Quiero darlo de baja. —Roger se sube en el sofá y se acerca con el rabo levantado hacia Kikori, dejando pequeñas huellas sobre la tapicería de piel.

—Como desee, señor. Debo informarle de que si lo da de baja será algo definitivo y luego no podrá reactivarlo, es por ello que le ofrezco las otras opciones que he mencionado. ¿Desea que se las repita?

—Deseo que lo dé de baja ahora mismo, por favor. —El detective contesta tajante, quizá demasiado.

—Bien. Ya he dado la orden. Tiene aún cinco minutos para arrepentirse. ¿Desea alguna gestión más?

—No, gracias.

—Gracias por su llamada, que tenga un buen día.

Kikori observa los rascacielos en silencio. Fija su atención en el pequeño bosque que hay sobre un edificio un par de manzanas más allá de la suya. Mira cómo los árboles se mecen movidos por el viento. Aunque no puede oírlo desde el interior de su casa se imagina el sonido del aire entre las hojas. Las nubes se mueven deprisa y en la calle las farolas oscilan. El viento anuncia tormenta, y él tiene un asiento en primera fila para disfrutar de ella. La de hoy la patrocina TecnoTiny, que acaba de adquirir el nombre de una de las calles principales de la ciudad. Romeo se relaja sobre el asiento, acaricia al gato que acaba de enroscarse sobre sus piernas y bebe un trago de su cerveza. En la lejanía se observan los primeros relámpagos verdosos, emulando el tono del logo de la famosa compañía de industrias robóticas.

Mientras tanto, en la luna Deimos de Marte, un soporte cerebral vivo de recreación pospartida es desconectado. En cinco minutos la falta de aire lo hace inservible. El sistema automático lo licua, lo centrifuga y recicla sus componentes para sustento del resto de soportes.

**FIN**

# RETAZOS DE UN FUTURO INCIERTO

*Por Ricardo García Hernanz*

## Vía Límite

La Vía Límite se extendía a lo largo del ensanche en la zona sur de la ciudad. Era un barrio absorbido por la remodelación de finales de siglo, pero conservando la asimetría y singularidad propias de la arquitectura individual de su época.

La gente se hacinaba en viejos cuartos de paredes enyesadas que se caían a pedazos. No había vigas de acero orgánico aquí, ni plexiglás. Las ventanas estaban cubiertas de los viejos cristales de metacrilato, sucios y desgastados por el uso, que no volverían a ser transparentes nunca más. Los suelos que hubieran sido de madera ya no lo eran, esta se había utilizado como combustible en algún viejo cubo para calentarse y podías estar agradecido si lo grabas que tu casero hiciera funcionar el agua corriente.

La Vía Límite alimentaba a los parias y los orillados, a los trabajadores de nivel cero, a las prostitutas, a la vieja policía corrupta y a los traficantes biotécnicos, la Vía Límite trataba a todos por igual... no hacía distinciones. Y Julie no era una excepción.

Se levantaba a las cuatro de la mañana, viajaba hasta la vieja cafetería del cruce de Armbruster con la 4.<sup>a</sup> y hacía su aburrida y agotadora jornada de 12 horas. Cobraba un sueldo miserable al finalizar la semana e intentaba ahorrar las propinas, que le permitirían darse algún capricho. Como esos zapatos de

charol rojos que había visto en la galería. O esa camiseta de seda natural que llevaba meses mirando en la red.

Hacía tiempo que el ayuntamiento había dado por perdido el barrio. La última medida aprobada por el consejo era la implantación de la tarjeta verde.

Desde las revueltas de 2021, los controles de identidad se habían intensificado, pero a las corporaciones ya no les bastaba con los tatuajes código, los chips de seguimiento ni los registros de biometría. No era a la gente a la que quería controlar, era su dinero, y para ello lo hizo desaparecer. La tarjeta verde funcionaba como una cuenta virtual en la que quedaban registradas todas las transacciones que realizaba un individuo: sueldo, compra, venta, préstamos, un café, un vestido, una propina. Cualquier transacción económica pasaba por sus servidores y quedaba registrada en los bancos de datos de las tarjetas verdes.

Pero era difícil hacer desaparecer los viejos hábitos de las calles y en el mercado negro seguían realizándose transacciones con el viejo y sucio papel moneda. Los expertos en blanqueo cambiaron sus hábitos, trazaron redes de contactos con los exportadores de África y Asia y movían millones de los viejos dólares a la velocidad de la fibra óptica.

Y el centro de todo este entramado era la Vía Límite... y Julie solo quería salir de allí.





HASTA SIEMPRE MAESTRO  
TE ECHAREMOS DE MENOS

MOEBIUS 1936-2012 @11 12



*“Me sentí atraído por la ciencia ficción inspirado por Jean Giraud, Moebius, y sus maravillosas y originales ilustraciones”.*

*Ridley Scott*